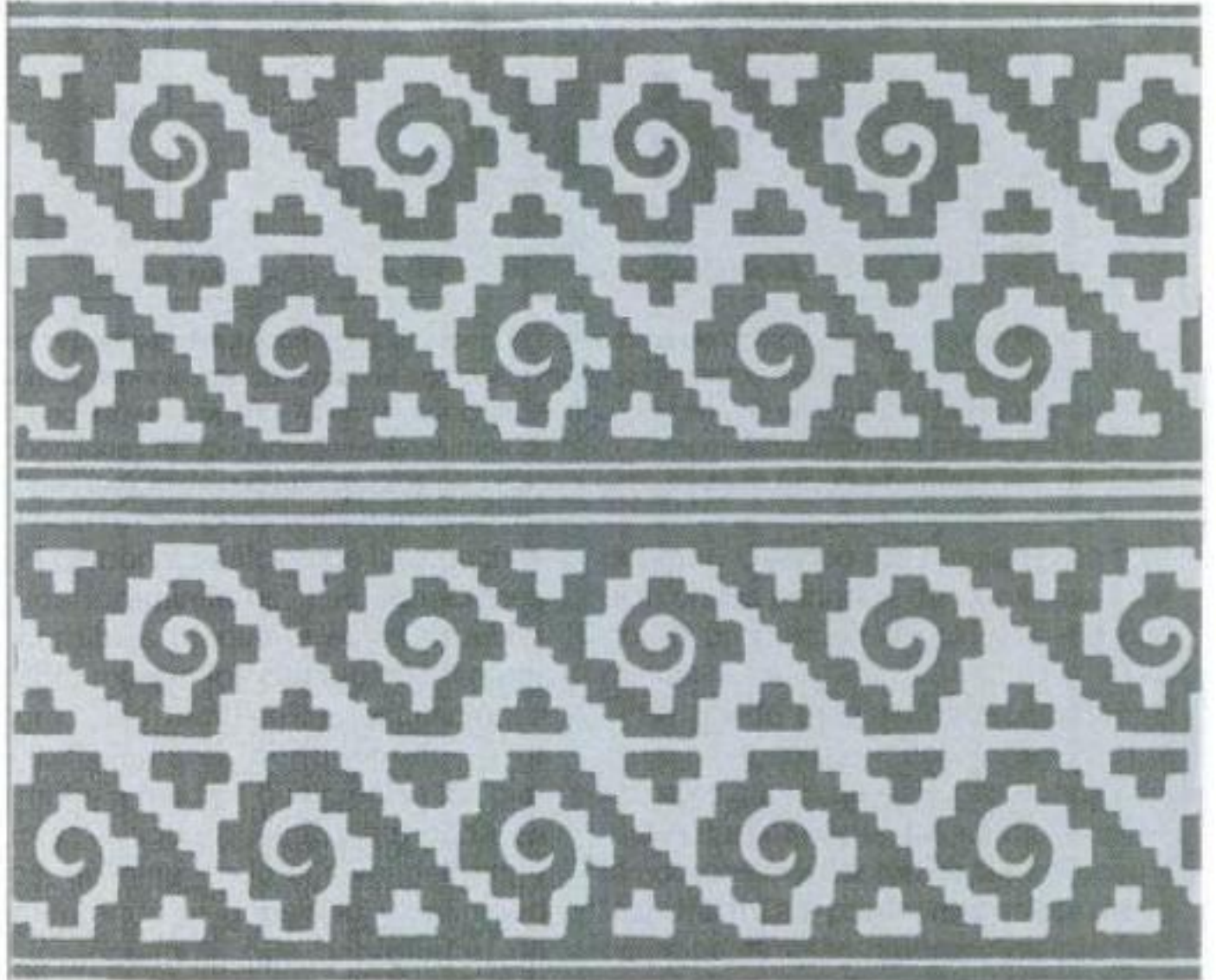


PARTE II

Descubrir la Diversidad de la Experiencia Humana



Parte II: Introducción

En la Parte I se abordaron algunos problemas básicos. Se clarificaron los métodos por los que se puede determinar el marco espacial y temporal del pasado. Necesitamos saber *dónde* y *cuándo* sucedieron las cosas. Este siempre ha sido uno de los objetivos básicos de la arqueología, y lo sigue siendo.

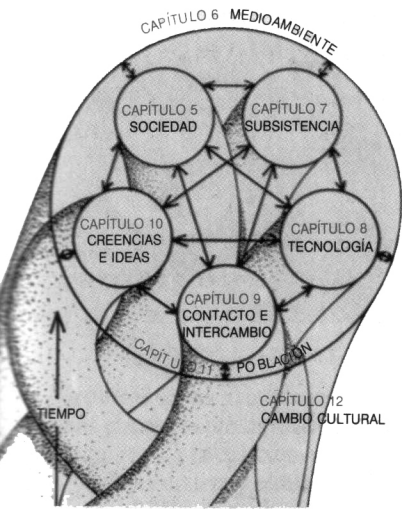
Para la arqueología tradicional era, de hecho, la tarea más importante. Parecía suficiente clasificar los diversos hallazgos en conjuntos diferentes, que a su vez se podían agrupar para constituir culturas arqueológicas, como ya vimos en el Capítulo 3. Para Gordon Childe, y para la mayoría de sus seguidores, parecía verosímil que estas culturas fuesen los vestigios materiales de grupos de personas distintos, de lo que hoy llamamos grupos étnicos —no en el sentido racial, sino en el de grupos humanos con su propio estilo de vida e identidad característica—. Como dijo Childe en un texto de 1929:

“Encontramos ciertos tipos de vestigios, vasijas, herramientas, adornos, sepulcros, formas de viviendas —que aparecen juntos constantemente—. Llamaremos ‘grupo cultural’ o simplemente ‘cultura’ a ese conjunto de rasgos asociados con regularidad. Suponemos que este complejo es la expresión material de lo que hoy denominaríamos un ‘pueblo’.”

Sin embargo, desde los años 60 se ha caído en la cuenta de que este modo convencional de tratar el pasado es limitador. El concepto de cultura arqueológica es simplemente una herramienta de clasificación que no se relaciona necesariamente con ninguna realidad del registro arqueológico. Y, desde luego, hoy se considera que equiparar estas “culturas” hipotéticas a “pueblos” es extremadamente arriesgado. Volveremos sobre este punto en el Capítulo 12.

Lo que los arqueólogos reconocieron finalmente es que el progreso resulta de plantear un tipo distinto de preguntas. Éstas constituyen la base de la organización de la Parte II. Tienen que ver con la naturaleza de la sociedad o cultura y con el modo en que cambian estas sociedades a lo largo del tiempo.

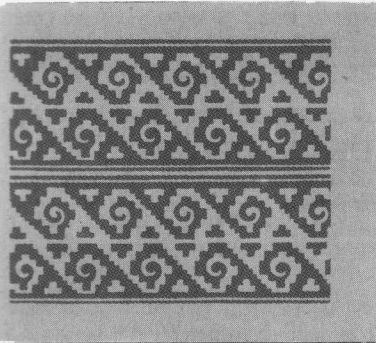
En su forma más simple, se puede considerar una sociedad como una interconexión de varias partes, tal como se indica en el diagrama adjunto. El arqueólogo británico Christopher Hawkes sostenía, en una obra de 1954, que en la arqueología lo más fácil es



Modelo de interrelación entre las partes de un sistema social, que constituye la base de la organización de la Parte II.

determinar la tecnología y la dieta y lo más difícil descubrir la organización social o lo que la gente creía y pensaba. Por tanto, el arqueólogo debería empezar por analizar aspectos muy determinados como la tecnología y la dieta. Nosotros no aceptamos ese razonamiento y, como demostraremos en el Capítulo 5, es fundamental tener antes alguna noción sobre la organización social de la cultura a estudiar con el fin de poder plantear a continuación las preguntas correctas sobre otros aspectos de esta sociedad. Por ejemplo, los grupos organizados en las llamadas bandas, que subsisten mediante la caza y la recolección de alimentos y están en constante movimiento, nunca permanecen en un lugar el tiempo necesario para construir pueblos o ciudades —ni su población es suficiente ni su organización social y económica es lo bastante compleja como para sostener este tipo de comunidades—. Por tanto, no tiene sentido que se esperen encontrar pueblos o ciudades en estas sociedades. Pero igualmente debemos investigar qué *construyen* las bandas a modo de estructuras y conocer qué huellas pueden haber dejado en el registro arqueológico. Los investigadores modernos subestiman, por lo general, las capacidades de las sociedades simples creyendo, por ejemplo —como una vez hicieron la mayoría de los arqueólogos— que el famoso monumento de Stonehenge, en el sur de Inglaterra, sólo podía haber sido construido por unos visitantes más avanzados procedentes de la civilización griega micénica. (Se explica en el Capítulo 5 qué tipo de sociedad, según se sabe ahora, ha sido responsable de la erección de Stonehenge.)

Comenzamos así, en el Capítulo 5, con la pregunta “¿Cómo se organizaban las sociedades?” y pasamos a considerar en el capítulo siguiente el entorno y la dieta, luego cambiaremos a los utensilios y la tecnología, el contacto y el intercambio entre las sociedades, el modo en que pensaba la gente y cómo evolucionó y colonizó el mundo —la antropología biológica y la población—. En el Capítulo 12 nos preguntamos “¿Por qué eran así las cosas?” y “¿Por qué cambiaron?”, éstas, en cierto sentido, son las cuestiones más interesantes de todas. En su *History of American Archaeology*, Gordon Willey y Jeremy Sabloff han sostenido que, en los años 60, la arqueología salió de una etapa ocupada en la clasificación, descripción y función de los objetos y entró en un período explicativo. Sin duda, la explicación se ha convertido para muchos en la meta más importante de la investigación arqueológica.



5

¿Cómo se Organizaban las Sociedades?

Arqueología Social

Las cuestiones sociales son de las más interesantes que nos podemos plantear sobre las sociedades primitivas. Se refieren a los hombres y a las relaciones entre ellos, al ejercicio del poder y a la naturaleza y escala de la organización.

Como sucede a menudo en la arqueología, los datos no hablan por sí solos: tenemos que plantear la preguntas correctas e idear los medios de contestarlas. Aquí radica la diferencia respecto a la antropología social o cultural, en la que el observador puede visitar la sociedad viva y llegar rápidamente a conclusiones sobre sus estructuras sociales y de poder antes de pasar a otros temas, como los aspectos del sistema de parentesco o los pormenores del comportamiento ritual. El arqueólogo social tiene que trabajar sistemáticamente para conocer simplemente los puntos básicos, pero la recompensa es valiosa: la comprensión de la organización social, no sólo de las sociedades actuales o del pasado más reciente (como en la antropología cultural) sino también de las sociedades de muchas épocas diferentes, con todas las posibilidades que ello ofrece para el estudio del cambio. Sólo el arqueólogo puede obtener esta perspectiva y tratar de comprender, a partir de ella, los procesos de cambio a largo plazo.

La primera cuestión a tratar es el tamaño o *escala* de la sociedad. El arqueólogo excavará a menudo un único yacimiento. Pero ¿era una unidad política independiente, como una ciudad-estado griega o maya, o una unidad más simple, como el campamento base de un grupo de cazadores-recolectores? ¿O era, por el contrario, una pequeña pieza de un engranaje mayor, un asentamiento subordinado de un vasto imperio, como el de los incas en Perú? (Cualquier yacimiento que estudiemos tendrá su propia zona de influencia, su propia área de captación para alimentar a su población. Pero uno de nuestros afanes se cifra en ir más allá de esa área local y comprender cómo se articula ese yacimiento con otros. Partiendo de un yacimiento en concreto —que es muchas veces un buen planteamiento a adoptar— surge la cuestión del *dominio*. ¿Era políticamente independiente y autónomo? O, en caso de que formara parte de un sistema

social más amplio, ¿desempeñaba un papel dominante (como la capital de un reino) o subordinado?

Si la escala de la sociedad es una primera cuestión obvia, sin duda la siguiente será su organización interna. ¿Qué tipo de sociedad era? ¿Tenían los individuos que la formaban una posición social más o menos igual? ¿O había, en cambio, diferencias importantes en el *status*, rango y prestigio dentro de la sociedad —quizá clases sociales distintas—? ¿Y qué pasaba con las profesiones: había artesanos especializados? Y si los había, ¿eran controlados dentro de sistemas centralizados, como en algunas de las economías palaciales del Próximo Oriente y Egipto? ¿O era una economía más libre con un intercambio floreciente en el que los mercaderes podían obrar a voluntad en beneficio propio?

Éstas son sólo algunas de las preguntas que queremos responder. Suponiendo que planteemos las cuestiones correctas, los temas que hemos expuesto, y otros muchos, pueden hallar por lo general algún tipo de respuesta en el registro arqueológico.

Cada tipo de sociedad exige distintos tipos de preguntas. Por ejemplo, si nos enfrentamos a un grupo de cazadores-recolectores nómadas, no es probable que tengan una organización centralizada compleja. Y las técnicas de investigación habrán de cambiar radicalmente según la naturaleza de la evidencia. No se puede abordar un campamento de cazadores-recolectores primitivos de Australia del mismo modo que la capital de una provincia de China durante la dinastía Shang. Así, las cuestiones que planteamos y los métodos para resolverlas deben adaptarse al tipo de comunidad al que nos enfrentamos. De esta forma, es imprescindible conocer con certeza, desde un principio, la naturaleza general de esa comunidad, que es el motivo por el cual las cuestiones sociales son las primeras en ser planteadas.

Debido precisamente a que la escala de la sociedad es fundamental para determinar el modo en que funcionan en la práctica muchos aspectos de su organización social, este capítulo aborda, en primer lugar, la sociedades más reducidas y simples, avanzando hacia las más grandes y complejas.

Por este motivo, se discuten ciertos aspectos, como la arqueología de los asentamientos o el estudio de los enterramientos, en el contexto de cada tipo de sociedad. Esto supo-

ne algunas repeticiones en los apartados, pero nos permite afrontar con mayor coherencia los distintos elementos sociales organizados, aproximadamente, a la misma escala.

LA DETERMINACIÓN DE LA NATURALEZA Y ESCALA DE LA SOCIEDAD

El primer paso de la arqueología social es tan obvio que a menudo se pasa por alto. Consiste en preguntar ¿cuál era la escala de la unidad social principal y qué tipo de sociedad era, en sentido general?

Lo obvio no siempre es sencillo y es necesario que nos preguntemos con bastante cuidado qué queremos decir con "la unidad social principal", que denominaremos *entidad política*. Este término no implica en sí mismo ninguna escala o complejidad organizativa concreta. Puede aplicarse tanto a una ciudad-estado como a una banda de cazadores-recolectores, a una aldea agrícola o a un gran imperio. Una entidad política es una unidad social políticamente independiente o autónoma que, en el caso de una sociedad compleja, como un estado, puede englobar muchos elementos menores. De esta forma, en el mundo moderno, el estado nación se puede subdividir en distritos o provincias, cada una de las cuales puede contener muchas ciudades y aldeas. El estado en su conjunto es la entidad política. En el otro extremo de la escala, un grupo reducido de cazadores-recolectores puede tomar sus propias decisiones y no reconocer una autoridad superior: ese grupo también constituye una entidad política. Algunas veces, las comunidades pueden unirse para formar algún tipo de federación y tendremos que preguntarnos si esas comunidades son todavía entidades autónomas o si es ahora la federación el organismo decisorio real. Estos aspectos todavía no son arqueológicos: sin embargo, ilustran lo importante que es estar seguros de lo que queremos saber del pasado.

En relación al trabajo de campo, muchas veces se responde a la pregunta mediante el análisis del *patrón de asentamiento*, tanto en función de la escala y naturaleza de los *yacimientos individuales* como de las relaciones entre ellos. Pero no debemos olvidar que los *documentos escritos*, en las sociedades con escritura, la *tradición oral* y la *etnoarqueología* —el estudio de las sociedades actuales desde el punto de vista arqueológico— pueden ser igual de valiosos para evaluar la naturaleza y escala de la sociedad a analizar.

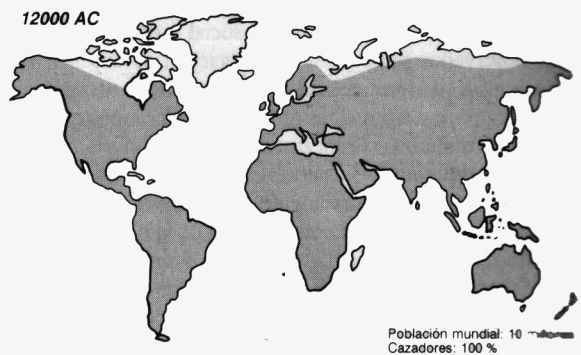
Sin embargo, necesitamos tener antes un marco de referencia, una clasificación hipotética de las sociedades con la que contrastar nuestras ideas.

Clasificación de las Sociedades

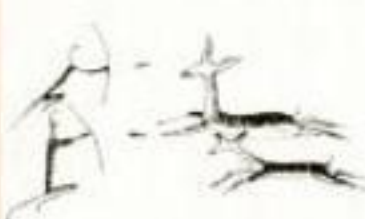




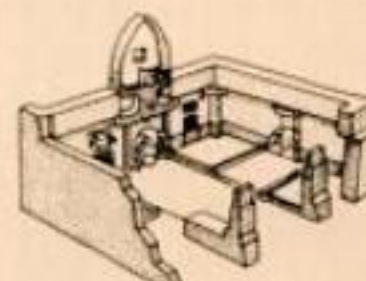


El antropólogo americano Elman Service creó una clasificación cuatripartita de las sociedades que muchos arqueó-

logos han considerado útil. Se vinculan a estas sociedades unos tipos concretos de yacimientos y patrones de asentamiento.

Bandas. Son sociedades a pequeña escala de cazadores y recolectores, por lo general de menos de 100 personas, que se trasladan estacionalmente para explotar los recursos alimenticios silvestres (sin domesticar). La mayor parte de los grupos de cazadores-recolectores que sobreviven hoy en día son de este tipo, como los Hazda de Tanzania o los San del sur de África. Los miembros de las bandas son, generalmente, parientes vinculados por matrimonio o descendencia. Las bandas carecen de dirigentes oficiales, de forma



(Sobre estas líneas) Antes de la introducción de la agricultura, todas las sociedades humanas eran bandas de cazadores-recolectores. Hoy en día apenas existen bandas. (Derecha) Clasificación de las sociedades.

	BANDA	SOCIEDAD SEGMENTARIA	JEFATURA	ESTADO
				
	<i>Cazadores San, Suráfrica</i>	<i>Hombre arando, Valcamonica, N. de Italia</i>	<i>Jinete, Vaso de Gundestrup</i>	<i>Ejército de terracota, tumba del primer emperador de China</i>
TOTAL DE MIEMBROS	Menos de 100	Hasta unos pocos miles	De más de 5.000 a 20.000	Más de 20.000, generalmente
ORGANIZACIÓN SOCIAL	Igualitarias Liderazgo informal	Sociedad segmentaria Asociaciones pantribales Razias de grupos pequeños	Jerarquía basada en el parentesco bajo un líder hereditario Guerreros de status elevado	Jerarquía basada en clases bajo un rey o emperador Ejércitos
ORGANIZACIÓN ECONÓMICA	Cazadores-recolectores itinerantes	Agricultores sedentarios Pastores	Acumulación y redistribución central Cierta especialización artesanal	Burocracia centralizada Con base tributaria Impuestos Leyes
PATRÓN DE ASENTAMIENTO	Campamentos provisionales	Poblados permanentes	Núcleos fortificados Centros rituales	Urbana: ciudades, pueblos Defensa fronteriza Carreteras
ORGANIZACIÓN RELIGIOSA	Chamanes	Ancianos en funciones religiosas Rituales cíclicos	Jefe hereditario con funciones religiosas	Clase sacerdotal Religión panteísta o monoteísta
ARQUITECTURA	Refugios provisionales	Cabañas permanentes Túmulos funerarios Santuarios	Monumentos de gran tamaño	Palacios, templos y otros edificios públicos
				
	<i>Tiendas de piel del Paleolítico, Siberia</i>	<i>Santuario neolítico, Catal Hüyük, Turquía</i>	<i>Stonehenge, Inglaterra -forma definitiva</i>	<i>Castillo, Chichén Itzá, México</i>
EJEMPLOS ARQUEOLÓGICOS	Todas las sociedades paleolíticas, incluyendo las paleoindias	Todos los agricultores primitivos (Neolíticos/ Arcaicos)	Muchas sociedades metalúrgicas primitivas y formativas Indios del Mississippi, EE.UU. Reinos africanos menores	Todas las civilizaciones antiguas, p. ej., en Mesoamérica, Perú, Próximo Oriente, India y China; Grecia y Roma
EJEMPLOS MODERNOS	Esquimales Bosquimanos del Kalahari Aborígenes australianos	Pueblos, suroeste de los EE.UU. Montañeses de Nueva Guinea Nuer y Dinka en el África Or.	Indios de la Costa Noroeste, EE.UU. Jefaturas polinesias del siglo XVII en Tonga, Tahití y Hawaii	Todos los estados modernos

que no hay acusadas diferencias económicas o de *status* entre sus miembros.

Dado que las bandas se componen de grupos nómadas de cazadores-recolectores, sus yacimientos consisten sobre todo en campamentos de ocupación estacional y otros centros más pequeños y especializados. Entre estos últimos están los cazaderos —lugares donde se matan y a menudo se despiezan grandes mamíferos— y los talleres, en los que se fabrican útiles o se realizan otras actividades específicas. El campamento base de uno de estos grupos puede proporcionar datos sobre viviendas o refugios de menor importancia, así como los desechos de ocupación.

Durante el Paleolítico (hace más de 12.000 años), la mayoría de los yacimientos arqueológicos parecen coincidir con una u otra de estas categorías —campamentos, cazaderos, talleres— y los arqueólogos suelen trabajar partiendo del supuesto de que la mayor parte de las sociedades paleolíticas se organizaban en bandas.

La etnoarqueología (ver más adelante) ha dedicado gran atención al estudio de las bandas actuales de cazadores-recolectores, proporcionando perspectivas nuevas sobre el pasado más remoto.

Tribus. Por lo general, son mayores que las bandas, pero raras veces tienen más que unos pocos miles de miembros y su dieta o subsistencia se basa, en gran medida, en plantas cultivadas y animales domesticados. En su forma más típica, son agricultores sedentarios, pero también pueden ser pastores nómadas con una economía itinerante muy distinta, basada en la explotación intensiva del ganado. Suelen ser sociedades compuestas por muchas comunidades, cada una de las cuales se integra en la sociedad principal mediante lazos de parentesco. Aunque algunas tribus tienen funcionarios e incluso una “capital” o sede del gobierno, estos burócratas carecen de la base económica necesaria para hacer un uso efectivo del poder.

El patrón típico de asentamiento de la tribu es el de granjas o aldeas agrícolas estables. Normalmente, ningún asentamiento domina a ningún otro de la región. En cambio, el arqueólogo encuentra evidencias de casas aisladas de ocupación permanente (patrón de asentamiento *disperso*) o de aldeas estables (patrón de *agrupamiento*). Estas aldeas se pueden componer de casas independientes, como las de los primeros agricultores del valle del Danubio en Europa, en torno al 4500 AC. O pueden ser racimos de edificios contiguos —las llamadas construcciones *aglomeradas*, como por ejemplo los pueblos del Suroeste Americano y la primitiva aldea agrícola de Çatal Hüyük, en torno al 7000 AC, en la actual Turquía.

Jefaturas. Funcionan con base en el principio del rango —las diferencias de nivel social entre las personas—. Los distintos linajes (un linaje es un grupo que se declara descendiente de un antepasado común) se clasifican según una

escala de prestigio, y un jefe gobierna al superior y, por tanto, a la sociedad en su conjunto. El prestigio y el rango se determinan según el grado de relación con el jefe y no hay una auténtica estratificación en clases. El papel del jefe es fundamental.

A menudo existe una especialización local en productos artesanales y los excedentes de éstos y de los alimentos se entregan al jefe como obligación. Éste los utiliza para sostener a sus partidarios y puede redistribuirlos entre sus súbditos. La jefatura, por lo general, tiene un centro de poder, a menudo con templos, residencias del jefe y sus seguidores y artesanos especializados. Las jefaturas varían enormemente en su tamaño, pero la escala suele ir de 5.000 a 20.000 personas.

Uno de los rasgos característicos de la jefatura es la existencia de un centro ritual y ceremonial permanente que actúa como foco de toda la entidad política. No es un centro urbano permanente (como una ciudad) con una burocracia estable, como podemos encontrar en las sociedades estatales. Pero las jefaturas ofrecen indicios de que algunos yacimientos eran más importantes que otros (jerarquía de yacimientos), como veremos más adelante en este mismo capítulo. Algunos ejemplos son Moundville, en Alabama, EE.UU., que floreció en torno al 1000-1500 DC, y los monumentos del Neolítico final de Wessex, en el sur de Gran Bretaña, incluyendo el famoso centro ceremonial de Stonehenge (ver cuadro, páginas siguientes).

El rango personal característico de las jefaturas es visible en otros aspectos además de en el patrón de asentamiento: por ejemplo, en los ricos ajueres funerarios que se incluyen muchas veces en los enterramientos de los jefes fallecidos.

Estados Primitivos. Éstos conservan muchos de los rasgos de la jefatura, pero el dirigente (quizá un rey o a veces una reina) tiene autoridad explícita para crear leyes y hacerlas cumplir mediante el uso de un ejército permanente. La sociedad ya no depende totalmente de los vínculos de parentesco: ahora se estratifica en clases diferentes. Los trabajadores agrícolas o siervos y los habitantes más pobres de las ciudades componen las clases más bajas, los artesanos especializados están por encima y los sacerdotes y parientes del gobernante todavía más. Muchas veces, las funciones del dirigente están separadas de las del sacerdote: el palacio se distingue del templo. La sociedad es considerada como un territorio poseído por el linaje principal y poblado por arrendatarios que tienen la obligación de pagar impuestos. La capital aloja una administración burocrática de funcionarios; uno de sus objetivos principales consiste en recaudar las rentas públicas (a menudo en forma de impuestos y peajes) y distribuir las al gobierno, al ejército y a los artesanos especializados. Muchos estados primitivos crearon sistemas redistributivos complejos para sostener estos servicios esenciales.

Los estados primitivos presentan, por lo general, un patrón de asentamiento urbano característico, en el que las

ciudades desempeñan un papel fundamental. Normalmente, la ciudad es un gran núcleo poblacional (muchas veces con más de 5.000 habitantes) con edificios públicos importantes, que incluyen templos y locales de trabajo de la burocracia administrativa. A menudo existe una jerarquía de asentamientos muy acusada, con la capital como centro principal y con núcleos secundarios o regionales, como aldeas locales.

Esta sencilla tipología social, expuesta por Elman Service y elaborada por William Sanders y Joseph Marino, es criticable y no debe ser utilizada irreflexivamente. Algunos investigadores consideran que el concepto de tribu es bastante vago y prefieren hablar de "sociedades segmentarias". El término "tribu", que implica una agrupación amplia de unidades más pequeñas, conlleva la asunción de que estas comunidades comparten una identidad étnica común y conciencia de sí mismas, pero hoy sabemos que, por lo general, no es así. La expresión "sociedad segmentaria" se refiere a un grupo autónomo y relativamente pequeño, por lo común de agricultores, que toma sus propias decisiones: en algunos casos pueden unirse a otras sociedades segmentarias similares para constituir una unidad étnica mayor o "tribu", en otros casos no. En el índice de este capítulo nos referiremos por tanto a *sociedades segmentarias* en lugar de a "tribus".

Sin duda, sería erróneo sobrevalorar la importancia de los cuatro tipos de sociedades arriba expuestos, o pasar demasiado tiempo preocupándonos a causa de si un grupo debería ser clasificado en una categoría mejor que en otra. También sería equivocado dar por sentado que las sociedades pasan inevitablemente, de uno u otro modo, de bandas a sociedades segmentarias o de jefaturas a estados. Uno de los retos de la arqueología consiste en tratar de explicar por qué unas sociedades se hicieron más complejas y otras no; retomaremos el crucial tema de la interpretación en el Capítulo 12.

Sin embargo, si pretendemos hablar de las sociedades primitivas debemos utilizar palabras y, por tanto, conceptos. Las categorías de Service constituyen un buen marco de trabajo que ayuda a organizar nuestras ideas. Sin embargo, no nos deben desviar de aquello que estamos buscando en realidad: los cambios en las distintas instituciones de una sociedad a lo largo del tiempo —bien sea en la esfera social, la organización de la búsqueda de alimentos, la tecnología, el contacto e intercambio o la vida espiritual—. La arqueología tiene la ventaja inestimable de ser capaz de estudiar los procesos de cambio durante miles de años y son estos procesos los que tratamos de aislar. Felizmente, existen diferencias lo suficientemente marcadas entre las sociedades simples y las complejas como para que encontremos modos de hacerlo. Como vimos antes en la descripción de los cuatro tipos de sociedades de Service, las complejas presentan, en particular, una creciente especialización en, o separación entre, los distintos aspectos de su cultura. En ellas, los

individuos ya no compaginan, según se dice, las tareas de obtención de alimentos, fabricación de útiles o ejecución de ritos religiosos, sino que se convierten en especialistas de una u otra de estas tareas, como granjeros, artesanos o sacerdotes de dedicación plena. Por ejemplo, a medida que se desarrolla la tecnología, un grupo de individuos puede adquirir un dominio particular de la alfarería o la metalurgia, y se convertirán en *artesanos especializados* a tiempo completo, que ocupan zonas diferentes de una ciudad o pueblo y que, de este modo, dejan huellas distintas que ha de descubrir el arqueólogo. Del mismo modo, a medida que se desarrolla la agricultura y crece la población, se obtendrán más alimentos de una determinada superficie de tierra (la producción *se intensificará*) mediante la introducción del arado o la irrigación. Cuando tiene lugar esta intensificación y especialización, también surge la tendencia a que algunos individuos se enriquezcan y posean más autoridad que otros —se incrementan las diferencias en el *status* y *rango* social.

Estos son los métodos de búsqueda de estos procesos de especialización, intensificación y jerarquización social crecientes, que nos ayudan a identificar la existencia de sociedades más complejas en el registro arqueológico —el término sociedades se aplica aquí, por comodidad, a las jefaturas y estados—. Para las bandas o las sociedades segmentarias son necesarios otros métodos si las queremos identificar arqueológicamente, como se verá en un apartado posterior.

Escala de la Sociedad

Teniendo en cuenta esta información general previa, podemos idear una estrategia para responder a la primera cuestión básica: ¿cuál es la escala de la sociedad? Se puede obtener una respuesta a partir de la comprensión del patrón de asentamiento y ésta sólo puede proceder de la prospección (ver más adelante).

Sin embargo, para una primera aproximación puede resultar innecesario un proyecto de campo detallado. Si, por ejemplo, nos ocupamos de restos arqueológicos con más de 12.000 años de antigüedad, entonces nos enfrentamos a una sociedad del Paleolítico. Según los datos actuales, casi todas las sociedades conocidas de ese enorme período de tiempo —que abarca cientos de miles de años— se componían de cazadores-recolectores itinerantes, que ocupaban campamentos de forma estacional y transitoria. Por otra parte, donde encontremos indicios de un asentamiento permanente, esto indicará una sociedad segmentaria de aldeas agrícolas o algo más complejo.

En el otro extremo de la escala, si hay centros urbanos importantes, la sociedad equivaldrá probablemente a un estado. Los núcleos más modestos o los centros ceremonia-

les sin asentamiento urbano pueden indicar una jefatura. Aplicar estos términos clasificatorios constituye un valioso primer paso en el análisis social, a condición de que recordemos de nuevo que sólo son categorías muy generales creadas para ayudarnos a formular métodos apropiados al estudio de las sociedades en cuestión.

Si no hay duda de que nos enfrentamos a una sociedad con una economía itinerante (es decir, cazadores-recolectores o tal vez nómadas), habrá que utilizar técnicas de prospección muy intensivas, debido a que las huellas que dejan estos grupos suelen ser muy escasas. Si, por el contrario, son comunidades sedentarias, se requiere un estudio de campo más sencillo que tendrá como primer objetivo la creación de una *jerarquía de asentamientos*.

La Prospección

Las técnicas de prospección de campo se explicaron ya en el Capítulo 3. Pueden tener distintos objetivos: en este caso nuestra meta es descubrir la jerarquía de asentamientos. Nos interesa sobre todo localizar los centros importantes (ya que nos ocupamos de la organización) y establecer la naturaleza de los yacimientos más modestos. Esto supone una doble estrategia de muestreo. En cuanto a la prospección intensiva, puede bastar con un examen superficial sistemático de transectos cuidadosamente elegidos, aunque lo ideal sería la prospección completa de toda la zona. Una estrategia de muestreo aleatorio estratificado —como ya explicamos en el Capítulo 3—, que tenga en cuenta las distintas áreas medioambientales de la región, proporcionará datos adecuados de los yacimientos menores. Sin embargo, un muestreo aleatorio de este tipo podría, por sí solo, llevar a conclusiones erróneas y ser propenso a lo que Kent Flannery llamó “el efecto Teotihuacán”. Teotihuacán es el mayor yacimiento urbano del valle de México y floreció en el primer milenio DC (ver cuadro Capítulo 3). Un muestreo aleatorio estratificado en exclusiva podría pasar por alto fácilmente un centro de este tipo y con ello arruinaría cualquier análisis social efectivo.

Por lo tanto, el otro objetivo de la estrategia debe ser la búsqueda del centro. Deben idearse los medios para hallar los restos del núcleo más amplio de la región y localizar todos los centros menores posibles. Afortunadamente, si era un yacimiento urbano o tenía edificios públicos monumentales, se hará evidente incluso en una prospección no intensiva, con tal que se logre una buena visión de conjunto de toda el área. En la mayoría de los casos, la población local ya conocerá la existencia de un centro destacado de este tipo, o incluso estará registrado en la literatura arqueológica o anticuaría disponible. Deben examinarse todas estas fuentes, incluyendo los textos de antiguos visitantes de la

zona, para elevar al máximo las posibilidades de encontrar centros importantes.

Los centros importantes suelen tener los monumentos más impresionantes y los artefactos más vistosos, de forma que es imprescindible visitar todos los monumentos notables de la época e investigar las circunstancias de cualquier hallazgo especialmente valioso en la región. Donde sea necesario, también hay toda una serie de métodos de teledetección, como los descritos en el Capítulo 3.

Patrones de Asentamiento

Cualquier prospección se traducirá en un mapa de las áreas prospectadas intensivamente y en un inventario de los yacimientos descubiertos, junto con los detalles de cada uno, que incluyen el tamaño, el ámbito cronológico (que se puede determinar a partir de los restos superficiales, como la cerámica) y los vestigios arquitectónicos. El objetivo será entonces realizar una clasificación de los yacimientos en función de esta información. Entre las posibles categorías están el Centro Regional, Centro Local, Aldea Agrupada, Aldea Dispersa y Caserío.

El primer uso que haremos de la información sobre el patrón de asentamiento será en la identificación de los territorios sociales y políticos que rodean a los centros, con el fin de establecer la organización política del paisaje. Aquí, muchos enfoques arqueológicos dan gran importancia a la Teoría del Lugar Central (ver más adelante) que consideramos un tanto limitada. Parte de la idea de que los yacimientos de una región dada se dividirán con facilidad en una serie de categorías según las variaciones en su tamaño. Todos los centros primarios pertenecerán a una categoría, todos los secundarios a la siguiente, etc. Esta técnica no puede hacer frente al caso real de que los centros secundarios de una región sean, en ocasiones, mayores que los primarios de

Yacimiento número Ch-LT-41

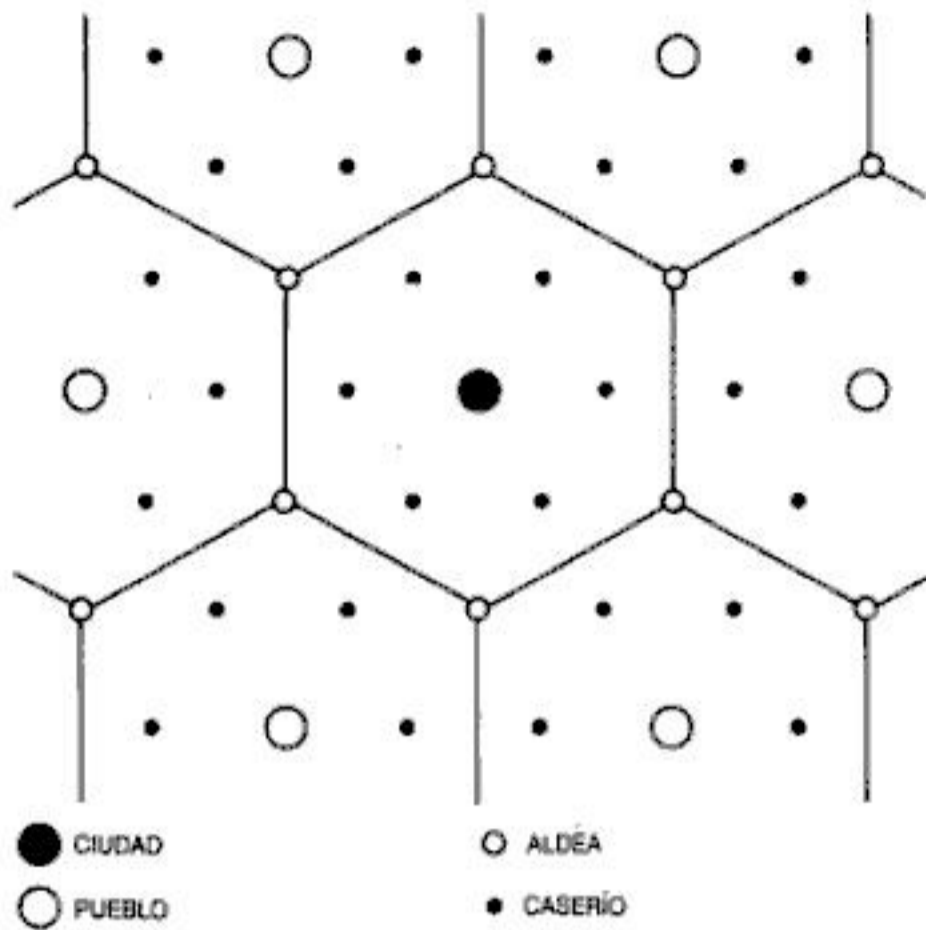
Marco natural: 2.450 metros, en la Falda Inferior. Situado en un terreno de suave pendiente. Capa superficial de suelo de profundidad escasa a media. Erosión moderada.

Utilización actual: Cultivo de secano

Restos arqueológicos: Cerámica superficial escasa en un área de 0,8 hectáreas. Sin restos de construcciones. Mezclada con material azteca más pesado (Ch-Az-102). También aparecen vestigios de cerámica del Formativo Tardío.

Clasificación: Caserío pequeño, de 5 a 10 personas.

Un ejemplo de descripción formal de un yacimiento procedente del catálogo creado en la prospección de la Cuenca de México por Jeffrey Parsons y su equipo.



Teoría del Lugar Central: en un paisaje llano, sin ríos ni variaciones en los recursos, un lugar central (ciudad o pueblo) dominará un territorio hexagonal con centros secundarios (aldeas o caseríos) distanciados regularmente a su alrededor.

otra. Trabajos más recientes han encontrado un modo de superar esta dificultad (la regla rango-tamaño) pero ahora nos ocuparemos, en primer lugar, de los métodos anteriores.

Teoría del Lugar Central. Esta teoría fue creada por el geógrafo alemán Walter Christaller en los años 30 para explicar el espaciamiento y funciones de las ciudades y pueblos del sur de la Alemania actual. Sostenía que en un paisaje uniforme —sin montañas, ríos ni variaciones en la distribución de los suelos y recursos— el patrón espacial del asentamiento sería totalmente regular. Los lugares o asentamientos centrales (los pueblos y ciudades) del mismo tamaño y naturaleza serían equidistantes entre sí y estarían rodeados por una constelación de núcleos secundarios con sus propios satélites más pequeños. Bajo estas condiciones ideales, los territorios “controlados” por cada centro tendrían forma hexagonal y el conjunto de los distintos niveles daría lugar a una compleja red de asentamientos.

Por supuesto, estas condiciones ideales no se producen de forma natural, pero todavía es bastante posible detectar el funcionamiento de la Teoría del Lugar Central en la distribución de las ciudades y pueblos antiguos y modernos. El rasgo básico es que cada centro principal estará a cierta distancia de sus vecinos y rodeado de un anillo de asentamientos más pequeños en un patrón dispuesto jerárquicamente. Desde el punto de vista político y económico, el centro principal proporcionará ciertos bienes y servicios a su área circundante y exigirá otros a cambio. Incluso en un área tan poco uniforme como Mesopotamia (el actual Irak),

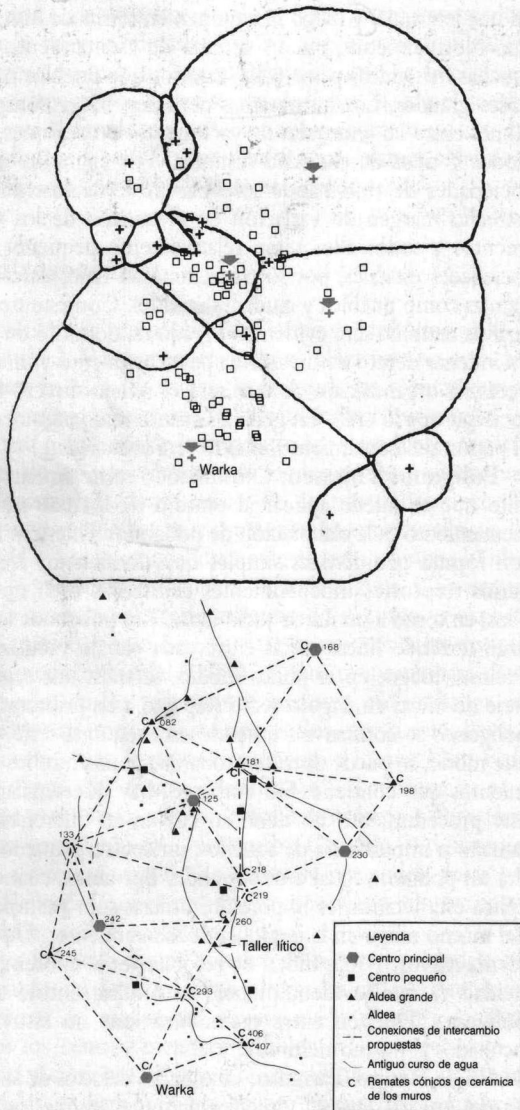
la Teoría del Lugar Central tiene sus aplicaciones (ver cuadro siguiente).

Jerarquía de Yacimientos. A pesar de las reservas que hemos manifestado respecto a la Teoría del Lugar Central, el análisis del tamaño de los asentamientos es una aproximación útil. En los estudios arqueológicos, se suelen clasificar los yacimientos en categorías según su tamaño (es decir, en una jerarquía) y luego se exponen en forma de histograma. Normalmente, en un sistema de asentamiento hay muchas más aldeas pequeñas y caseríos que pueblos o ciudades grandes. Los histogramas permiten hacer comparaciones entre las jerarquías de yacimientos en regiones, períodos y tipos de sociedad distintos. Por ejemplo, en las sociedades de tipo banda sólo habrá, generalmente, un estrecho margen de variación en el tamaño de los yacimientos y todos ellos serán relativamente pequeños. Las sociedades estatales, por su parte, tendrán tanto caseríos y granjas como pueblos y ciudades grandes. Con este tipo de análisis también será evidente el grado de dominio de cada yacimiento dentro de un sistema de asentamiento y, muchas veces, la organización de éste será el reflejo directo de la sociedad que lo creó. En general, cuanto más jerárquico sea el patrón de asentamiento, más lo será la sociedad.

Polígonos Thiessen. Otro método relativamente sencillo que se puede aplicar al estudio de los patrones de asentamiento es la elaboración de polígonos Thiessen. Estos son formas geométricas simples que dividen un área en varios territorios independientes centrados, cada uno de ellos, en torno a un único yacimiento. Los polígonos se realizan trazando líneas rectas entre cada par de yacimientos vecinos, luego, en el punto medio, se traza una segunda serie de líneas en ángulo recto respecto a las primeras. Los polígonos se construyen uniendo esta segunda serie y, de este modo, se puede distribuir toda una zona entre los yacimientos que contiene. Sin embargo, hay que señalar que este procedimiento no tiene en cuenta las diferencias de tamaño o importancia de aquéllos; un centro pequeño tendrá un polígono igual a uno grande. Por tanto, cuando se aplica esta técnica, es importante utilizar sólo yacimientos del mismo rango en la jerarquía de asentamientos. Un problema mayor, y más difícil de resolver, es la contemporaneidad ya que, evidentemente, no tendrá sentido trazar polígonos Thiessen entre yacimientos que no estuviesen ocupados al mismo tiempo.

Regla Rango-Tamaño. Uno de los defectos de la Teoría del Lugar Central y de otros enfoques es que los yacimientos que ocupan el mismo nivel en una jerarquía de asentamientos podrían tener tamaños distintos. De esta forma, la capital de un estado en la periferia de un área de distribución podría ser menor que una ciudad secundaria del centro. Ahora somos capaces de hacer frente a esto utilizando la técnica de la regla rango-tamaño. Su objetivo es asignar

territorios a los centros según su escala. Para ello, parte de la base de que un núcleo grande dominará a uno pequeño si están muy cerca el uno del otro. En ese caso, llamado de *dominación*, el territorio del yacimiento menor es simplemente absorbido por el del mayor durante su estudio: políticamente, el yacimiento menor carece de existencia autó-

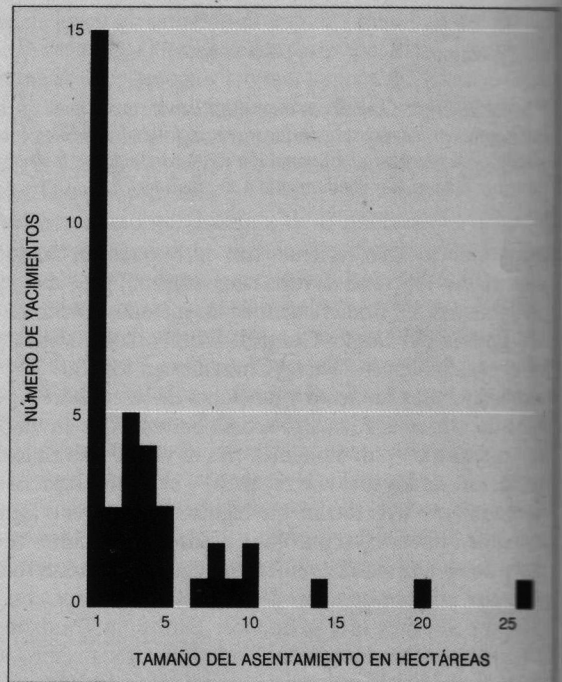


(Parte superior) Territorios según la regla rango-tamaño del período Uruk Final, en la región de Warka, Mesopotamia. Las flechas señalan cuatro centros que parecen ser autónomos. Comparar con la jerarquía de Greg Johnson (sobre estas líneas) para la misma región. Obsérvese cómo cuatro de los cinco "centros principales" se corresponden con los centros autónomos de la regla rango-tamaño.

PATRONES DE ASENTAMIENTO EN MESOPOTAMIA



El trabajo de Gregory Johnson en la región mesopotámica de Diyala, al este de Bagdad, en el Irak actual, constituye una buena ilustración del modo en que se puede aplicar la Teoría del Lugar Central a los resultados de una prospección arqueológica. Se conocen 39 asentamientos del período Protodinástico (en torno al 2800 BC) en esta zona.



Jerarquía de yacimientos de los 39 asentamientos de la región de Diyala, representada en forma de histograma. Como suele suceder en estas jerarquizaciones, el número de yacimientos disminuye a medida que aumenta su tamaño. Normalmente en un sistema de asentamiento hay muchas más aldeas pequeñas y caseríos que pueblos o ciudades grandes. Un análisis de este tipo debe partir de ciertos supuestos —por ejemplo, que la evidencia para los yacimientos de cada categoría se haya conservado de modo uniforme, lo que no siempre sucede.

oscilando sus tamaños entre las 25 hectáreas y apenas la décima parte de una hectárea y sobre esta base Johnson los dividió en cinco categorías: pueblos grandes, pueblos, aldeas grandes, aldeas pequeñas y caseríos.

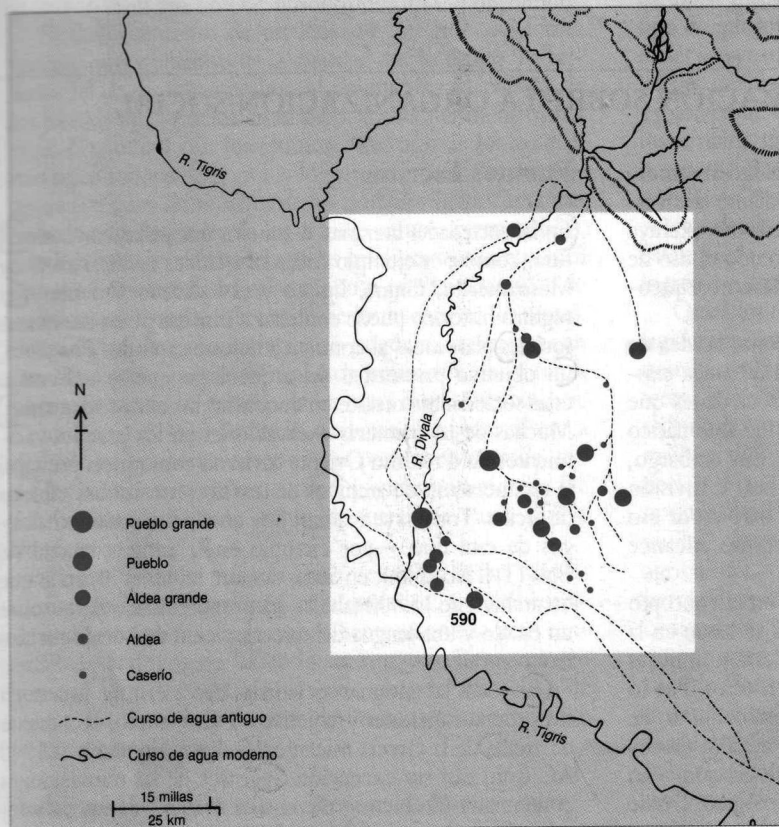
La distribución de los yacimientos llevó a pensar que había cuatro células reticulares que representaban, cada una de ellas, la red de asentamientos agrupados en torno a un centro de primer orden o lugar central. En teoría, cada célula tendría en su centro un pueblo grande, un pueblo en cada una de sus cuatro esquinas y aldeas grandes a medio camino entre los pueblos,

así como entre éstos y los pueblos grandes. Las aldeas pequeñas y los caseríos completaban el patrón, dando lugar a un modelo de asentamiento que podía ser comparado con el patrón real que mostraba la prospección de Diyala. Entonces se podrían identificar y explicar las discrepancias.

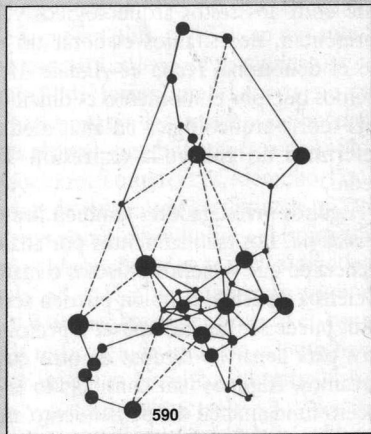
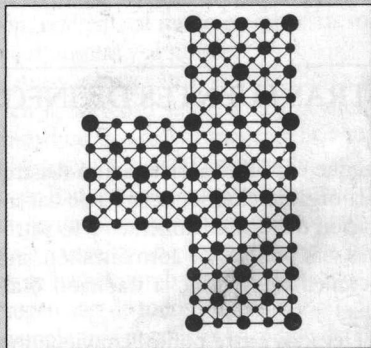
Precisamente, lo más interesante son las discrepancias respecto al patrón teórico. Johnson se encontró con que la maximización de la tierra utilizable (que habría implicado la existencia de los asentamientos espaciados) era menos significativa que la red fluvial de transportes a la hora de determinar la

situación de las poblaciones. Siguiendo los cursos de agua —vías de comunicación— entre los mayores núcleos, se situaban asentamientos de tamaño cada vez menor.

De esta forma, el modelo reticular pudo encajar con la evidencia de Diyala sólo tras una considerable modificación. Varios de los centros secundarios y primarios previstos no existían, mientras que otros eran más pequeños de lo esperado. Por tanto, aunque indudablemente el ensayo valía la pena, se pusieron de manifiesto las dificultades de aplicar la Teoría del Lugar Central a un caso arqueológico real.



Patrón de asentamientos del Protodinástico en la región irakí de Diyala, basado en la prospección llevada a cabo originariamente por Robert Adams.



Derivación de la retícula de asentamientos propuesta para la región de Diyala, desde las cuatro células reticulares regulares y teóricas (arriba) al patrón final (sobre estas líneas), que parecía encajar mejor con la localización real de los asentamientos sobre el terreno.

noma e independiente. Este tipo de enfoque supera la limitación del método de polígonos Thiessen, en el que los territorios se asignaban sin tener en cuenta el tamaño del centro y en el que no hay lugares dominantes ni subordinados.

En la regla rango-tamaño, se considera que la magnitud de cada centro es directamente proporcional a su área de influencia. La influencia de cada centro se manifiesta con una forma similar a una campana o a una tienda en forma acampanada: cuanto mayor sea el tamaño del núcleo, mayor será la campana. Se considera que un centro es subordinado si su campana entra por completo dentro de la de un centro mayor. Si sobresale, tendrá su propia existencia autónoma como centro de una unidad política.

Aunque la regla rango-tamaño no puede ofrecer más que una simple aproximación a la realidad, permite construir mapas políticos hipotéticos a partir de los datos adecuados de la prospección (ver ilustración de la p. 168).

Mediante métodos como éstos, se puede utilizar la información procedente de la prospección de asentamientos para crear lo que es en realidad un mapa político y administrativo, si bien estos mapas se sustentarán siempre en ciertos supuestos básicos que no se pueden demostrar con facilidad. Aunque los ejemplos expuestos en el cuadro anterior se han tomado de estudios de sociedades estatales, es posible aplicar técnicas similares a los patrones de asentamiento de sociedades menos complejas, como las del Neolítico del sur de Gran Bretaña (ver cuadro posterior, El Wessex Primitivo). En la Edad del Hierro del sur de Gran Bretaña, surgieron sociedades organizadas jerárquicamente, con fortines destacados que controlaban los territorios tribales. Un estudio pionero realizado por David Clarke interpretó la posición social del yacimiento de la Edad del Hierro de Glastonbury (ver cuadro, Capítulo 1) en estos términos, como componente de un territorio dominado por un centro fortificado de este tipo.

OTRAS FUENTES DE INFORMACIÓN SOBRE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

Aunque el primer acercamiento del arqueólogo al estudio de la organización social se ha de hacer mediante la investigación de los asentamientos y su patrón, esto no excluye otras vías posibles de aproximación, incluyendo el uso de documentos escritos, la tradición oral y la etnoarqueología.

Llegados a este punto, conviene mencionar la idea de Lewis Binford de que, si queremos salvar la distancia existente entre los restos arqueológicos y las sociedades que representan, necesitamos elaborar un corpus sistemático que él denomina *Teoría de Alcance Medio*. Sin embargo, creemos que por el momento es difícil justificar la división de la teoría arqueológica en alta, media y baja y por eso preferimos no aplicar la expresión *Teoría de Alcance Medio*.

Algunos investigadores también insisten en el concepto de *analogía*. Los razonamientos por analogía se basan en la creencia de que si ciertos procesos o materiales son similares en ciertos aspectos, también pueden serlo en otros. Por lo tanto, puede ser posible utilizar aspectos de un conjunto de datos para llenar las lagunas de otro cuyos detalles desconozcamos. Algunos han considerado la analogía como un aspecto fundamental del pensamiento arqueológico. Desde nuestro punto de vista, este énfasis se centra en el lugar equivocado. Es cierto que los arqueólogos utilizan la información procedente del estudio de una sociedad (sea viva o desaparecida) para que le ayude a comprender otras sociedades que le pueden interesar, pero esto suele ser propio de observaciones y comparaciones generales, más que de analogías detalladas y concretas.

Fuentes Escritas

En las sociedades literarias —aquellas que utilizaban la escritura, como por ejemplo todas las grandes civilizaciones de Mesoamérica, China, Egipto y el Próximo Oriente— el registro histórico puede contestar a muchas de las cuestiones sociales planteadas al comienzo de este capítulo. Por tanto, un objetivo primordial del arqueólogo que se enfrenta a estas sociedades consiste en encontrar los textos adecuados. Muchas de las primeras excavaciones en los grandes yacimientos del Próximo Oriente tuvieron como meta principal la recuperación de archivos de textos escritos sobre tabletas de arcilla. Todavía se realizan hoy en día importantes hallazgos de este tipo —por ejemplo en la antigua ciudad de Ebla (Tell Mardikh), en Siria, durante los años 70, en la que un archivo de 15.000 tablillas ha proporcionado datos sobre un estado y una lengua del tercer milenio AC desconocidos hasta entonces.

En todas las antiguas sociedades con escritura, ésta tenía sus propias funciones y objetivos. Por ejemplo, las tabletas de arcilla de la Grecia micénica, fechadas en torno al 1200 AC, son, casi sin excepción, registros de las transacciones comerciales (de bienes que entran o salen) de los palacios micénicos. Esto nos da una idea de muchos aspectos de la economía micénica y una perspectiva de la organización artesanal (a través de los nombres de los distintos tipos de artesanos), y nos proporciona los nombres de los cargos estatales. Pero en éste, como en otros casos, pueden ser importantes los accidentes de conservación. Pudo ser que los micénicos escribieran sobre arcilla sólo sus archivos

comerciales y que utilizasen otros materiales perecederos para los textos literarios o históricos que no han llegado hasta nosotros. Sin duda es cierto que en las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma han sobrevivido, sobre todo, los decretos oficiales inscritos en mármol. Los frágiles rollos de papiro —el predecesor del papel actual— con valiosos textos literarios, por lo general, sólo han permanecido intactos en el aire seco de Egipto o sepultados bajo la ceniza volcánica que cubrió Pompeya (ver cuadro, Capítulo 1).

Una fuente escrita importante que no se debe pasar por alto es la moneda. Los hallazgos de monedas proporcionan datos económicos interesantes sobre el comercio (Capítulo 9), pero al tiempo las propias inscripciones también nos informan sobre la autoridad que las puso en circulación —bien sea una ciudad-estado (como en la Grecia antigua) o un dirigente único (como en la Roma imperial, o como los monarcas de la Europa medieval).

El desciframiento de un lenguaje antiguo transforma nuestros conocimientos de la sociedad que lo utilizó. La brillante labor de Champollion al desentrañar el código de los jeroglíficos egipcios en el siglo XIX ya fue mencionada en el Capítulo 1. En los últimos años, uno de los avances más significativos de la arqueología mesoamericana ha venido de la lectura de muchos de los símbolos (glifos) inscritos en las estelas de piedra de los grandes centros ceremoniales. Se había dado por sentado que las inscripciones mayas eran únicamente de carácter calendárico o que trataban sólo de cuestiones religiosas, sobre todo de los hechos de los dioses. Pero ahora, las inscripciones se pueden interpretar, en muchos casos, en relación a acontecimientos históricos, principalmente a las hazañas de los reyes mayas (ver cuadros, Capítulos 4 y 10). También podemos empezar ahora a deducir los posibles territorios que pertenecían a cada uno de los centros mayas (ver cuadro, páginas posteriores). De este modo, la historia maya ha entrado en una nueva dimensión.

Como ejemplo más concreto del valor de las fuentes escritas en la reconstrucción de la sociedad, será útil considerar Mesopotamia, en la que se han conservado gran cantidad de archivos de las antiguas Sumer y Babilonia (en torno al 3000-1600 AC), sobre todo en forma de tablillas de arcilla. Los usos de la escritura en Mesopotamia se pueden resumir como sigue:

Información registrada para su utilización posterior	Propósitos administrativos Codificación de la ley Formulación de una tradición sagrada Anales Fines eruditos
Información de comunicación	Cartas Edictos reales

habitual

Notificaciones públicas
Textos para escribas en aprendizaje

Comunicación con los dioses

Textos sagrados, amuletos, etc.

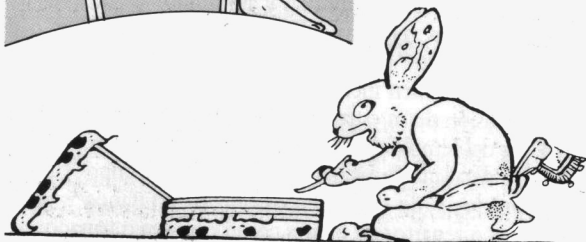
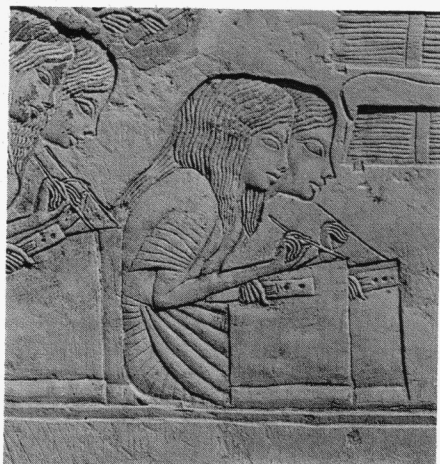
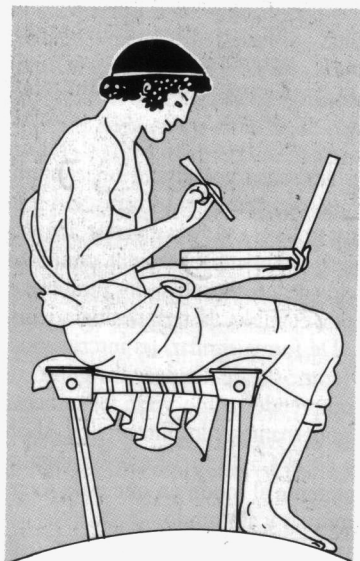
La lista de los reyes sumerios constituye un ejemplo excelente de los anales que registraban la información para uso futuro. Resulta muy útil para el investigador actual a efectos de la datación, pero también proporciona perspectivas sociales sobre el modo en que concebían los sumerios el ejercicio del poder —por ejemplo, la terminología jerárquica que utilizaban—. De forma similar, las inscripciones de las estatuas reales (como la de Gudea, dirigente de Lagash) nos ayudan a comprender cómo veían los sumerios las relaciones entre sus gobernantes y los inmortales. Abordaremos en más detalle en el Capítulo 10 este importante tipo de información, referente al modo en que estas sociedades se pensaban a sí mismas y al mundo.

Las tablillas relativas a los centros organizadores o de explotación, que en la sociedad sumeria eran a menudo los templos, tienen incluso una mayor trascendencia para la comprensión de su estructura social. Por ejemplo, las 1.600 tablillas del templo de Bau en Tello proporcionan una perspectiva detallada de las transacciones en los campos sagrados catalogados y de sus cosechas, de los artesanos y de los ingresos o repartos de bienes como cereales o ganado.

Quizá los más sugerentes de todos sean las compilaciones legislativas, cuyo ejemplo más notable es el código de Hammurabi, de Babilonia, escrito en lengua acadia (y en caracteres cuneiformes) en torno al 1750 AC. El soberano aparece en la cima de la piedra (ilus. p. 173), en pie ante Shamash, el dios de la justicia. Las leyes se promulgaron, como declara Hammurabi, “de forma que el fuerte no pueda oprimir al débil y para proteger los derechos de huérfanos y viudas”. Estas leyes abarcan muchos aspectos de la vida —agricultura, transacciones comerciales, derecho familiar, herencia, condiciones de empleo de los distintos artesanos y castigos para crímenes como el adulterio y el homicidio.

Por interesante e informativo que sea, el código legislativo de Hammurabi no es fácil de interpretar y subraya la necesidad de que el arqueólogo reconstruya el contexto social que llevó a la redacción de un texto. Como ha señalado el investigador británico Nicholas Postgate, el código no está completo y parece abarcar sólo los aspectos del derecho que resultaban problemáticos. Además, Hammurabi había conquistado hacia poco varias ciudades-estado rivales y, por tanto, el código fue creado probablemente para ayudar a la integración de los nuevos territorios en su imperio.

Sin duda, las fuentes escritas contribuyen en gran medida a nuestro conocimiento de la sociedad en cuestión,



La diversidad de las evidencias históricas. (Izquierda, parte superior) En las antiguas civilizaciones se otorgaba un status elevado a los escribas. Entre los mayas, un dios conejo (izquierda) es representado como un escriba en un vaso pintado del siglo VIII DC. Un escriba de la Grecia clásica (arriba, a la izquierda) pintado en un cuenco del siglo V AC. Escribas militares egipcios (arriba, centro) registran sobre rollos de papiro la rendición de los enemigos del Egipto del Imperio Nuevo —un relieve de Saqqara—. Los incas (arriba, a la derecha) no tenían un sistema de escritura propiamente dicho, pero registraban sus cuentas y otras transacciones utilizando cuerdas anudadas llamadas quipus.



Tablillas de barro y monedas. (Izquierda) Algunas de las 15.000 tablillas de arcilla descubiertas en el Palacio Real de Ebla (Tell Mardikh, en la Siria actual), fechadas a fines del tercer milenio AC. Las tablillas formaban parte de los archivos del estado, registrando más de 140 años de la historia de Ebla. Originariamente eran almacenadas en estanterías de madera, que fueron destruidas cuando se saqueó el palacio. (Debajo) Tesorillo de monedas árabes encontrado en Gotland, Suecia, perteneciente a la época vikinga (siglos VIII/IX DC). Las inscripciones de las monedas pueden dar información no sólo sobre la fecha (Capítulo 4) y el comercio (Capítulo 9), sino también sobre la autoridad que las emitió.





Inscripciones. (Sobre estas líneas) El famoso código legislativo del rey Hammurabi de Babilonia, 1570 AC aprox. Las leyes se grabaron en 49 columnas verticales sobre una estela de diorita negra de 2,25 m de altura. En este detalle el rey aparece frente a la figura sedente de Shamash, dios de la justicia. Ver también texto principal, p. 171.

Documentos altomedievales. (Debajo) Un rey anglosajón y su consejo, representados en un manuscrito del siglo XI DC. Los documentos históricos exigen una cuidadosa interpretación, al igual que buena parte de la evidencia arqueológica.



Sellos e impresiones. (Arriba) Impresión desarrollada de un sello cilíndrico del 500 AC aproximadamente, que representa al rey persa Darío en su carro cazando leones. La inscripción está en escritura cuneiforme, como el código de Hammurabi (izquierda). La escena pretende expresar la autoridad, fuerza y status dominante del monarca. Estos sellos se utilizaban para indicar la propiedad o la autenticidad. Se han recuperado varios millares en los yacimientos mesopotámicos.

Tradición oral. (Debajo) Escena del poema épico hindú Ramayana, en el tapiz de un templo de fines del siglo XVIII DC de Matura, India. La historia narra las proezas de un gran soberano (Rama) en su intento de rescatar a su consorte, llevada a Sri-Lanka por un rey demonio. Esta leyenda puede tener su origen en las migraciones hacia el sur de los pueblos hindúes después del 800 AC pero —refiriéndonos siempre a la tradición oral— la dificultad surge al tratar de distinguir la historia del mito.



pero no se deben aceptar literalmente sin un sentido crítico, ni se debe olvidar la parcialidad debida a las circunstancias de conservación y al uso concreto de la escritura en una sociedad. El gran peligro del registro histórico es que puede imponer su propia visión, de forma que no sólo proporcione las respuestas a nuestras preguntas sino que sutilmente determine además la naturaleza de nuestras cuestiones e incluso de nuestros conceptos y terminología. Un buen ejemplo es el problema de la monarquía en la Inglaterra anglosajona. La mayoría de los antropólogos e historiadores se inclinaron a pensar en un "rey" como el dirigente de una sociedad estatal. De modo que cuando los primeros archivos de la Inglaterra anglosajona, *La Crónica Anglosajona*, que adquirió su forma definitiva en el 1155 DC aproximadamente, hablan de reyes en torno al año 500 DC, resulta fácil que el historiador piense en reyes y estados para aquella época. Pero la arqueología indica con solidez que no surgió un estado auténtico hasta la época del rey Offa de Mercia, en torno al 780 DC, o quizás del rey Alfredo de Wessex, en el 871 DC. Queda bastante claro que los "reyes" primitivos eran, por lo general, figuras menos significativas que algunos de los soberanos de África o Polinesia de fechas más recientes y a los que los antropólogos denominan "jefes".

Así, si el arqueólogo va a utilizar el registro histórico junto con los restos materiales, es fundamental que las preguntas se formulen con precisión y que se defina claramente el vocabulario ya desde un principio.)

La Tradición Oral

En las sociedades sin escritura, la tradición oral puede conservar muchas veces valiosa información sobre el pasado, incluso el más remoto—en los poemas, himnos o refranes transmitidos de palabra de generación en generación—. Constituyen un buen ejemplo los himnos del *Rigveda*, los antiguos textos religiosos de la India en lengua arcaica, que se conservaron oralmente durante cientos de años antes de que los sacerdotes los pusieran por escrito a mediados del primer milenio DC. De modo parecido, los cantos épicos de la Guerra de Troya, registrados por Homero en torno al siglo VIII AC, pudieron haberse conservado oralmente durante varios siglos antes de ese momento, y muchos investigadores opinan que muestran una imagen del mundo micénico del siglo XII o XIII AC.

Sin duda, los poemas épicos como la *Iliada* y la *Odisea* de Homero proporcionan perspectivas importantes sobre la organización social. Pero, como en gran parte de la tradición oral, el auténtico problema reside en demostrar a qué período hacen referencia—para juzgar su antigüedad o hasta qué punto son reflejo de un mundo mucho más

reciente—. Sin embargo, en Polinesia, África y otras regiones que sólo poseen escritura desde hace poco tiempo, el primer paso lógico en la investigación de la organización social de siglos pasados es el examen de la tradición oral.

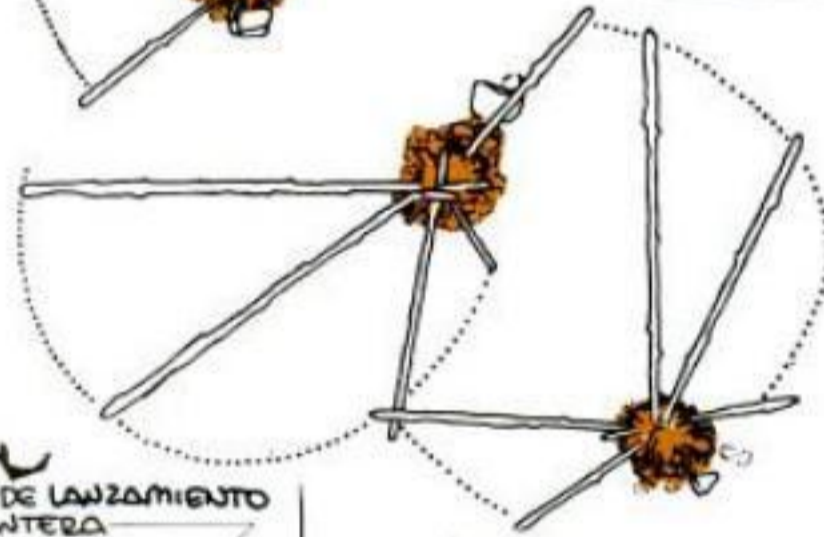
La Etnoarqueología

El método fundamental de análisis para el arqueólogo social es la etnoarqueología. Implica el estudio tanto del uso y significado actual de los artefactos, edificios y estructuras de las sociedades vivas en cuestión, como del modo en que estos objetos materiales entraron a formar parte del registro arqueológico—qué les sucedió cuando fueron desechados o (en el caso de los edificios y estructuras) cuando fueron derribados o abandonados—. Por lo tanto, es una aproximación *indirecta* a la comprensión de cualquier sociedad del pasado.)

La idea de observar las sociedades vivas como una ayuda para la interpretación del pasado no es nueva. En el siglo XIX y a comienzos del XX, los arqueólogos europeos se inspiraron muchas veces en los trabajos realizados por los etnógrafos en las sociedades de África o Australia. Pero los llamados "paralelos etnográficos" que resultaron—en los que, a menudo, los arqueólogos vinculaban simple y llanamente a las sociedades del pasado con las modernas—tendieron a ahogar más que a promover el nuevo concepto. En los Estados Unidos, los arqueólogos se enfrentaron desde el comienzo con la realidad viva de las complejas sociedades de los indios americanos, que les llevaron a pensar más seriamente en el modo en que se podía utilizar la etnografía en apoyo de la interpretación arqueológica. Sin embargo, la auténtica etnoarqueología sólo es, en realidad, una creación de los últimos 20 o 25 años. La diferencia fundamental es que ahora son los propios arqueólogos, en lugar de los etnógrafos o antropólogos, los que llevan a cabo la investigación de las sociedades vivas.

Un buen ejemplo es el trabajo de Lewis Binford entre los esquimales Nunamiut, un grupo de cazadores-recolectores de Alaska. En los años 60, Binford trataba de interpretar los yacimientos arqueológicos del Paleolítico Medio francés (el Musteriense, hace 100.000-40.000 años). Se dio cuenta de que sólo podría llegar a comprender los mecanismos que habían producido el registro arqueológico musteriense—casi sin duda el resultado de una economía de cazadores-recolectores itinerantes—estudiando el modo en que los cazadores-recolectores *actuales* utilizaban y tiraban los huesos y herramientas, o se trasladaban de un lugar a otro. Entre 1969 y 1973 convivió intermitentemente con los Nunamiut y observó su comportamiento. Por ejemplo, estudió el modo en que los hombres producían y tiraban los desechos de huesos en un campamento de caza estacional (el yacimiento de Mask, en el Paso de Anaktu-

Etnoarqueología: el trabajo de Lewis Binford. (Derecha) A partir de sus observaciones entre los esquimales Nunamiut actuales de Alaska, Binford elaboró este patrón de disposición de los huesos en torno a una hoguera al aire libre. Los fragmentos pequeños de hueso se depositan en una "zona de caída" alrededor del hombre, mientras que los trozos grandes son arrojados delante y detrás de él en dos "zonas de lanzamiento". (Centro) En el yacimiento paleolítico de Pincevent, Francia, que data de hace unos 15.000 años, el excavador Leroi-Gourhan interpretó que los tres hogares eran la evidencia de una compleja tienda de piel (reconstrucción, centro derecha). (Debajo) Binford aplicó su "modelo de hoguera al aire libre" a los tres hogares de Pincevent y dedujo de la distribución de los huesos que este modelo encajaba con los datos mejor que el de Leroi-Gourhan: es decir, que los hogares estaban situados en el exterior, no dentro de una tienda. (Debajo, derecha) Disposición semicircular típica en torno a una hoguera al aire libre, como muestran los bosquimanos Nharo de Ganzi, Botswana, 1969 aprox.

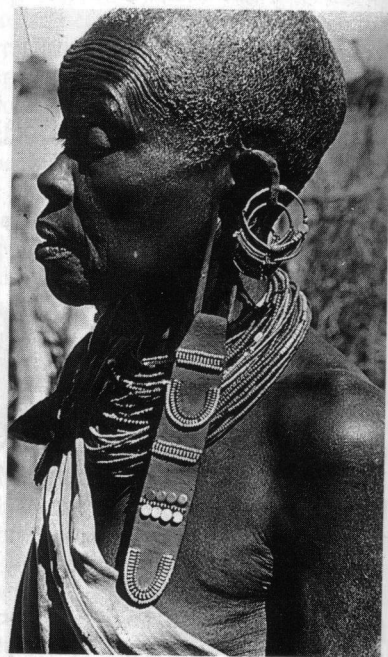
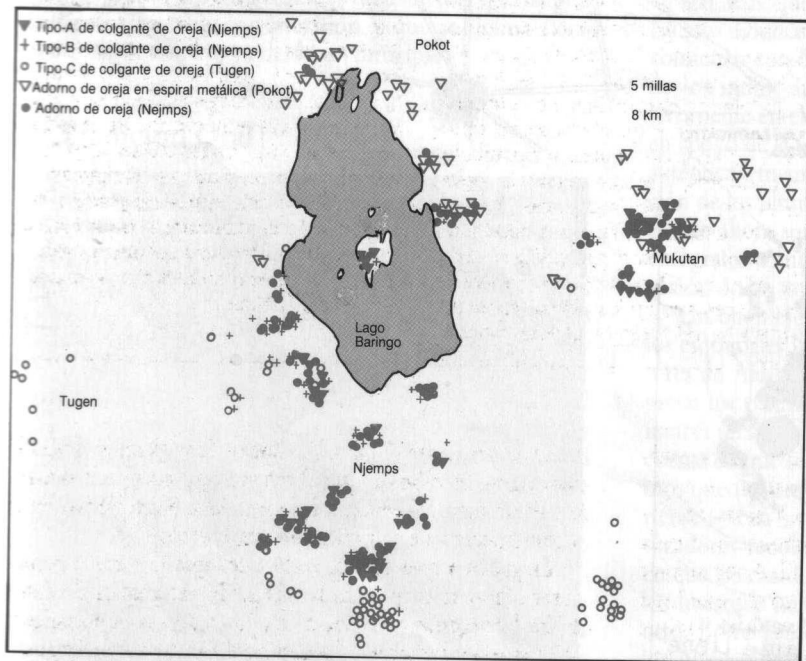


vuk, en Alaska). Observó que, cuando se sentaban en torno a una hoguera y preparaban el hueso para extraerle el tuétano, había una “zona de caída” en la que quedaban los fragmentos pequeños de hueso al romperse. Los trozos mayores, que eran arrojados por los hombres, formaban “zonas de lanzamiento” delante y detrás de ellos.

Estas observaciones en apariencia triviales son la verdadera esencia de la etnoarqueología. Puede que los Nunamut no proporcionasen un “paralelismo etnográfico” exacto para las sociedades musterienses, pero Binford se dio cuenta de que había ciertas acciones o funciones que probablemente eran comunes a todos los cazadores-recolectores, debido a que —como en el caso de la preparación del hueso— las dicta el proceder más conveniente cuando se está sentado en torno a un fuego. Por tanto, los fragmentos de hueso desechados dan lugar a un patrón característico alrededor de una hoguera que el arqueólogo ha de encontrar e interpretar. A partir de este tipo de análisis, se ha demostrado que es posible hacer un cálculo aproximado de cuánta gente componía el grupo y en qué época del año se utilizaba el campamento. Estas son cuestiones que conciernen a nuestra comprensión de la organización social (incluyendo el tamaño) de los grupos de cazadores-recolectores.

Con ayuda de sus observaciones en el yacimiento de Mask, Binford pudo reinterpretar el plano del yacimiento paleolítico francés de Pincevent, ocupado durante la última Era Glaciar, hace unos 15.000 años. El excavador, André Leroi-Gourhan, interpretó los restos señalando que había una compleja tienda de piel que cubría tres hogares. Binford había observado en el yacimiento de Mask que, cuando cambiaba la dirección del viento, la gente sentada al aire libre en torno a un hogar se giraba y hacía una nueva hoguera a favor del viento para evitar el humo. La distribución de los desechos que rodeaban a los hogares de Pincevent sugirió a Binford que dos de ellos eran el resultado de una situación de este tipo, sucediendo el uno al otro al variar la dirección del viento y cambiar la posición de un trabajador sentado. Además, afirmó que este tipo de comportamiento sólo se produce en las hogueras al aire libre y que, por tanto, es improbable la reconstrucción de una tienda de cubrición propuesta por el excavador.

La etnoarqueología no se limita a hacer observaciones a escala local. El arqueólogo británico Ian Hodder, en su estudio de los adornos auriculares femeninos utilizados por distintas tribus de la región del lago Baringo en Kenia, llevó a cabo un análisis regional para investigar hasta qué punto se utilizaba la cultura material (en este caso, el adorno perso-



Etnoarqueología: el trabajo de Ian Hodder. En la región del lago Baringo, en Kenia, África Oriental, Hodder estudió los adornos de orejas femeninos utilizados por las tribus Tugen (derecha), Njemps y Pokot y mostró en un mapa cómo se utilizaban estos adornos para afirmar las diferencias tribales. Otros rasgos de la cultura material (p. ej., vasijas o herramientas) presentarían un patrón espacial distinto.

LENGUAJE Y ETNICIDAD

La etnicidad (es decir, la existencia de grupos étnicos, incluyendo los tribales) es difícil de reconocer a partir del registro arqueológico. Por ejemplo, se ha criticado la propuesta, sugerida por François Bordes, de que las facies musterienses representaban agrupaciones sociales distintas (ver explicación del Capítulo 10); y se ha cuestionado el concepto de que algunos rasgos, como la decoración de la cerámica, sean un signo automático de filiación étnica. Éste es un campo en el que, sólo ahora la etnoarqueología comienza a hacer algunos progresos.

Sin embargo, en los últimos años se ha abandonado en gran medida un campo que en su tiempo fue demasiado utilizado por los arqueólogos: el estudio del lenguaje. No hay duda de que los grupos étnicos se relacionan muy a menudo con áreas idiomáticas y que las fronteras étnicas y lingüísticas coinciden muchas veces. Pero también habría que recordar que las sociedades humanas pueden existir sin filiaciones étnicas o tribales: no hay una necesidad real de dividir el mundo social en grupos de personas distintas con un nombre.

No debe confundirse la etnicidad con la raza, que, en tanto exista (Capítulo 11) será un atributo físico, no social. La *etnia*, el grupo étnico, puede ser definida como "un conjunto estable de personas establecidas históricamente en un territorio dado, que comparten peculiaridades culturales y lingüísticas relativamente estables y que, además, reconocen su unidad y diferencias expresadas en un nombre autoimpuesto (etnónimo)" (Dragadze 1980, 162).

Las lenguas del mundo pueden ser divididas en grupos lingüísticos diferentes. Por lo general, se acepta que los distintos idiomas de un determinado grupo (p. ej., el hebreo y el árabe en el semítico) se relacionan genéticamente: tienen un origen común, al menos hasta cierto punto. Este supuesto origen común no siempre es fácil de explicar en términos sociales. Por ejemplo, las llamadas lenguas indoeuropeas son un viejo enigma. Casi todos los idiomas de Europa (y ahora de sus antiguas colonias, incluyendo la mayoría de los habitantes de América, Australia y Nueva Zelanda) se relacionan entre sí, así como con las lenguas de Irán, el norte de la India y Pakistán. Sin embargo, el trasfondo histórico es muy discutido.

Parece probable que, en algunos casos, la escala del área en la que se llegó a hablar una lengua influyera a la hora de fijar la dimensión del grupo étnico que se formaría más tarde. Por ejemplo, en la Grecia de los siglos VII y VI AC, la realidad política se componía de pequeñas ciudades-estado independientes (y de algunas áreas tribales importantes). Pero en la amplia región en la que se hablaba el griego ya existía una conciencia de que sus habitantes eran helenos (es decir, griegos). Sólo se permitía a los griegos competir en los grandes juegos panhelénicos que se celebraban cada 4 años en honor a

Zeus en Olimpia. No fue hasta más tarde, con la expansión de Atenas en el siglo V AC y luego con las conquistas de Filipo de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno en el siglo siguiente, que todo el territorio ocupado por los griegos se convirtió en una nación única. La lengua es un componente importante de la etnicidad.

En Mesoamérica, Joyce Marcus ha hecho uso de la evidencia lingüística para analizar el desarrollo de las culturas Zapoteca y Mixteca. Indica que sus lenguas pertenecen a la familia Otomangua y parte de la base de que esta relación implica un origen común. Marcus y Kent Flannery, en su importante libro *The Cloud People* (1983), tratan de reconstruir en el tiempo "la evolución divergente de los zapotecas y mixtecas desde una cultura ancestral común, así como su evolución general en niveles sucesivos de desarrollo sociopolítico" (Flannery y Marcus, 1983, 9). Detectan en ciertos elementos compartidos por ambas culturas el antepasado común que indican los argumentos lingüísticos.

Utilizando la glotocronología (Capítulo 4), Marcus sugiere una fecha del 3700 AC para el comienzo de la divergencia entre zapotecas y mixtecas; luego trata de correlacionarla con los hallazgos arqueológicos. Se puede cuestionar si es posible utilizar la glotocronología de un modo tan sumamente exacto. Pero esta crítica no disminuye en absoluto la importancia de la introducción de las lenguas zapoteca y mixteca en el análisis de la evolución social de ambas culturas.

nal) para expresar diferencias tribales. En parte como resultado de este trabajo, los arqueólogos ya no dan por sentado que es tarea fácil tomar los conjuntos arqueológicos y agruparlos en "culturas" regionales y luego suponer que cada "cultura" así formada representa una unidad social (ver Capítulo 12). De hecho, un procedimiento de este tipo podría funcionar bastante bien con los adornos de orejas que estudió Hodder, porque el pueblo en cuestión decidió utilizar este aspecto para afirmar su personalidad tribal. Pero, como demostró Hodder, si tomásemos otros elementos de la cultura material, como vasijas o herramientas, no se seguiría

necesariamente el mismo modelo. Este ejemplo ilustra la importante lección de que el arqueólogo no puede utilizar la cultura material de un modo simplista o irreflexivo en la reconstrucción de supuestos grupos étnicos.

Llegados a este punto, resulta apropiado pasar a considerar cómo se emprende la búsqueda sistemática de datos sobre la organización social en los restos arqueológicos, utilizando las técnicas y fuentes de información ya expuestas. Nos parece útil examinar las bandas en primer lugar, luego las sociedades segmentarias y, finalmente, las jefaturas y estados.

TÉCNICAS DE ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES DE TIPO BANDA

En estas sociedades, la organización económica y, en gran medida, la política sólo existen a nivel local —no hay centros administrativos permanentes—. Se puede investigar de varios modos la naturaleza de estas sociedades.

La Investigación de las Actividades dentro de un Yacimiento

Una vez identificados varios yacimientos empleando los métodos expuestos en el Capítulo 3, la primera aproximación consiste en concentrarse en un yacimiento individual, investigando la variabilidad *dentro* de él. (La arqueología espacial se abordará en el próximo apartado.) El objetivo es comprender la naturaleza de las actividades que se realizaron en él y del grupo social que lo utilizó.

El enfoque más adecuado es el que se adapta a la naturaleza del yacimiento. En el Capítulo 3 se definió éste como un lugar de actividad humana, indicada generalmente por una concentración de artefactos y materiales desechados. Por tanto, debemos ser conscientes de que, en los yacimientos de las comunidades sedentarias (normalmente, productores de alimentos que viven en estructuras permanentes), los vestigios tienen un carácter distinto que en los campamentos provisionales de las comunidades itinerantes, bien sean de cazadores-recolectores o de pastores nómadas. Las comunidades sedentarias serán abordadas en un apartado posterior, pero en éste, nuestro interés se centra en los grupos itinerantes, sobre todo de cazadores-recolectores del Paleolítico. En este caso, la escala temporal es tan amplia que se debe tener en cuenta el efecto de los procesos geológicos en los yacimientos.

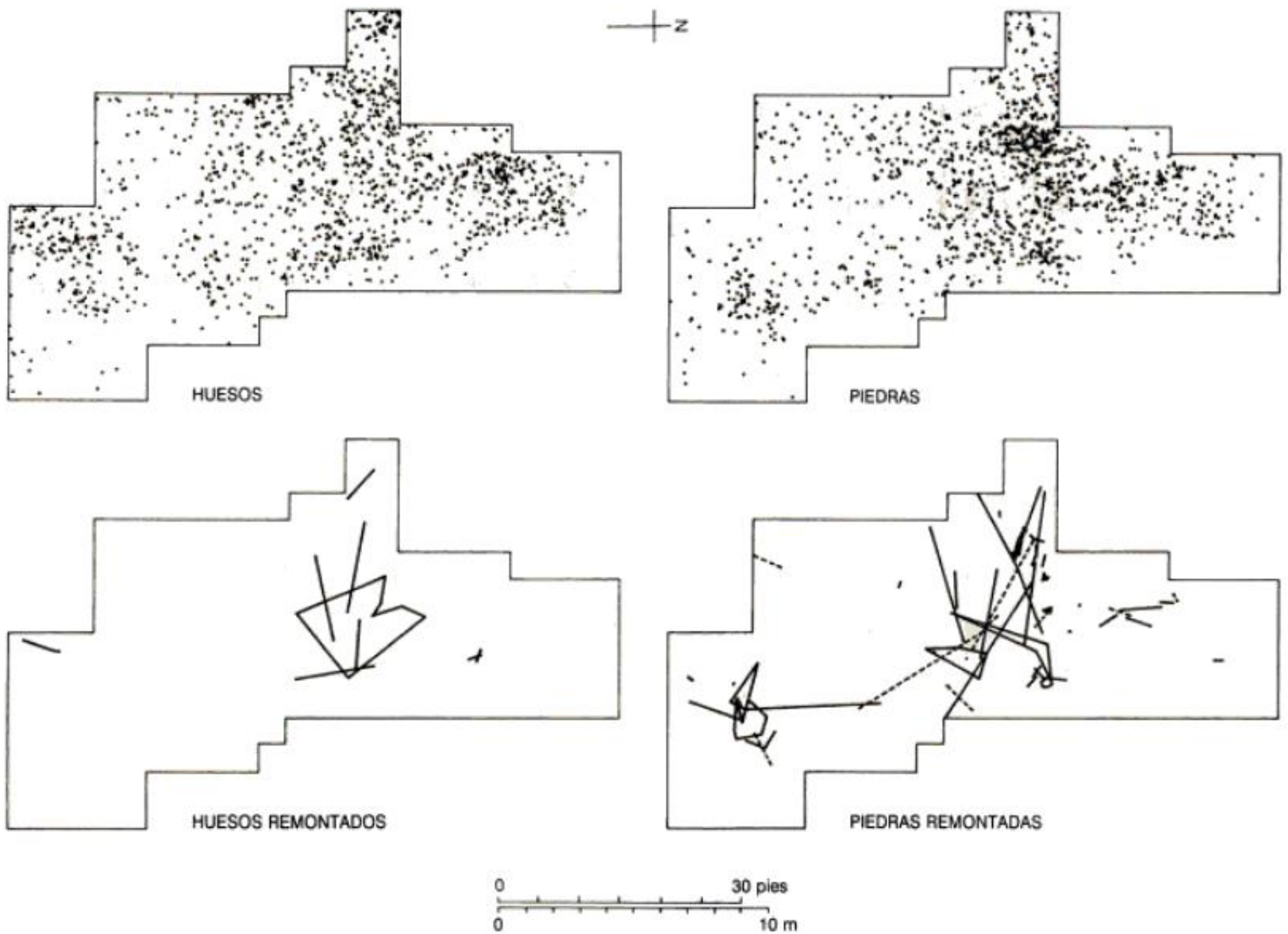
Se puede hacer una distinción dentro de las comunidades itinerantes entre los *yacimientos en cueva* y los *yacimientos al aire libre*. En las cuevas, la extensión espacial de la ocupación humana se define en gran medida por los desechos dispersos dentro de la propia cueva y en su exterior inmediato. Los depósitos ocupacionales tienden a ser profundos, lo que indica por lo general una actividad humana intermitente durante miles o decenas de miles de años. Por este motivo es vital excavar e interpretar correctamente la estratigrafía del yacimiento —los niveles superpuestos—. Es necesario un control meticuloso, que incluye el registro tridimensional de la situación de cada objeto (artefacto o hueso) y la criba o tamizado de toda la tierra para recuperar los fragmentos pequeños. Se pueden aplicar observaciones similares a los yacimientos al aire libre, salvo que en éstos hay que tener presente el hecho de que los depósitos de

ocupación —sin la protección que proporciona una cueva— pueden haber sufrido una erosión mayor.

Si resulta posible distinguir fases individuales y breves de ocupación humana en un yacimiento, entonces se puede observar la distribución de los artefactos y fragmentos de hueso dentro y en torno a las estructuras y construcciones (fondos de cabañas, restos de hogares) para ver si aparece algún patrón coherente. El modo en que se abandonan estos desechos puede arrojar luz sobre el comportamiento del pequeño grupo de personas que ocupó el yacimiento en aquel momento. Es aquí donde la etnografía ha resultado de gran valor. La investigación de Lewis Binford entre los esquimales Nunamiut, antes descrita, ha demostrado, por ejemplo, que los cazadores-recolectores desechan el hueso de un modo característico alrededor de una hoguera. El comportamiento humano documentado entre los Nunamiut actuales nos ayuda, por lo tanto, a comprender el probable comportamiento que dio lugar a dispersiones de huesos similares en torno a los hogares de los yacimientos paleolíticos.

Muchas veces no es posible distinguir fases concretas y breves de ocupación y, en vez de ello, el arqueólogo recupera datos relativos a actividades reiteradas en el mismo yacimiento durante mucho tiempo. También puede surgir la duda inicial de si la distribución observada es el resultado de la actividad humana en ese punto (*in situ*) o si una corriente de agua ha transportado y redepositado los materiales. En algunos casos, la distribución observada, sobre todo de los restos de huesos, puede ser consecuencia de la actividad de animales predadores, no del hombre. Estas cuestiones se relacionan con los procesos postdeposicionales, que expusimos en el Capítulo 2.

El estudio de estas cuestiones requiere de sofisticadas estrategias de muestreo y de un análisis muy cuidadoso. La labor del equipo de Glynn Isaac en los yacimientos del Paleolítico Inferior de Koobi Fora, en la costa oriental del lago Turkana, Kenia, nos da una idea de cuáles son las técnicas de análisis y recuperación implicadas: lo esencial era un procedimiento de excavación muy controlado con el registro meticuloso de las coordenadas de cada fragmento de hueso o piedra recuperado, en las áreas elegidas para un muestreo detallado. El primer paso del análisis fue hallar las densidades de los hallazgos. Un problema importante era determinar si el conjunto estaba en posición primaria, *in situ*, o secundaria, como resultado de un movimiento debido al agua de un río o lago. El estudio de la orientación de los largos huesos de las extremidades resultó de ayuda en Koobi Fora: si el agua en movimiento había depositado o alterado los huesos, era probable que éstos presentasen la



Investigación de Glynn Isaac en el yacimiento del Paleolítico Inferior de Koobi Fora, Kenia, África Oriental. (Parte superior) Posición de los huesos y artefactos líticos localizados en el yacimiento FxJj 50. (Parte inferior) Líneas de unión de los huesos y piedras que pudieron ser remontados y que quizá indiquen las áreas de actividad donde se abrieron los huesos para extraer la médula y se talló la piedra.

misma orientación. En este caso se vio que la mayor parte de los huesos estaba *in situ*, con sólo un pequeño grado de alteración postdeposicional.

El equipo de Isaac también fue capaz de volver a unir algunos fragmentos de hueso. El área ocupada por éstos podía servir para delimitar las zonas en las que los homínidos abrían huesos para extraer el tuétano —las llamadas *áreas de actividad*—. (Se deben aplicar distintas técnicas para tratar de determinar si fue realmente el hombre, y no los animales predadores, el que había abierto los huesos. Este especializado e importante campo de estudio —llamado tafonomía— se explicará con más detalle en el Capítulo 6.)

También resultó ser provechoso un análisis similar de la reconstrucción de artefactos líticos. Se interpretó el entramado de las líneas de remontado como un indicador de las áreas de actividad donde se habían tallado las piezas. De este

modo, se consiguió que el yacimiento proporcionase información relevante sobre actividades humanas específicas.

Surgieron problemas interpretativos más generales en el estudio de campamentos concretos de comunidades actuales de cazadores-recolectores. Una de las cuestiones es el cálculo de población a partir de la superficie del campamento. Se han propuesto varios modelos y han sido comparados con ejemplos etnográficos de los cazadores-recolectores Kung San del desierto de Kalahari. Otro aspecto es la relación (en términos de parentesco) entre los individuos y el espacio en los campamentos de estos grupos: estudios recientes han demostrado la existencia de una estrecha relación entre la lejanía del parentesco y la distancia entre las cabañas. Ambas cuestiones se abordarán en el cuadro siguiente.

En la actualidad, éstos son campos todavía bastante especulativos, pero están siendo investigados sistemáticamente.

Estamos seguros de que estas deducciones llegarán a formar parte del repertorio del arqueólogo paleolítico.

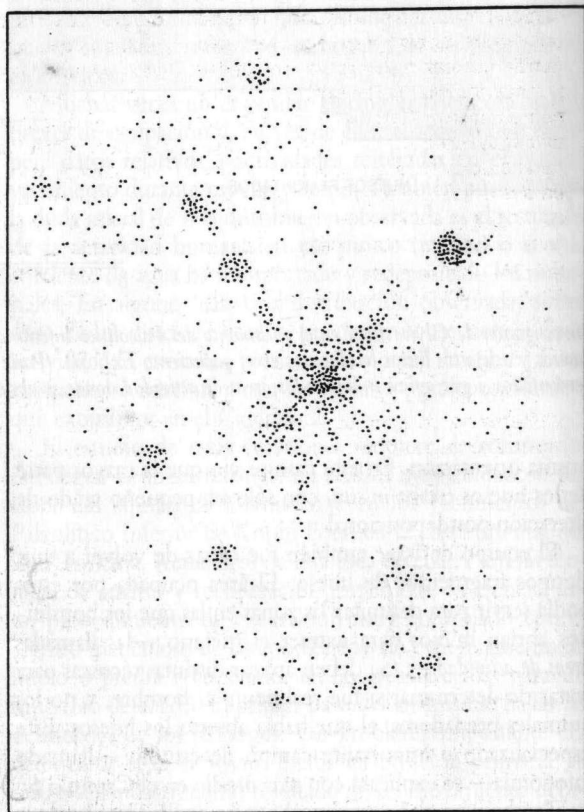
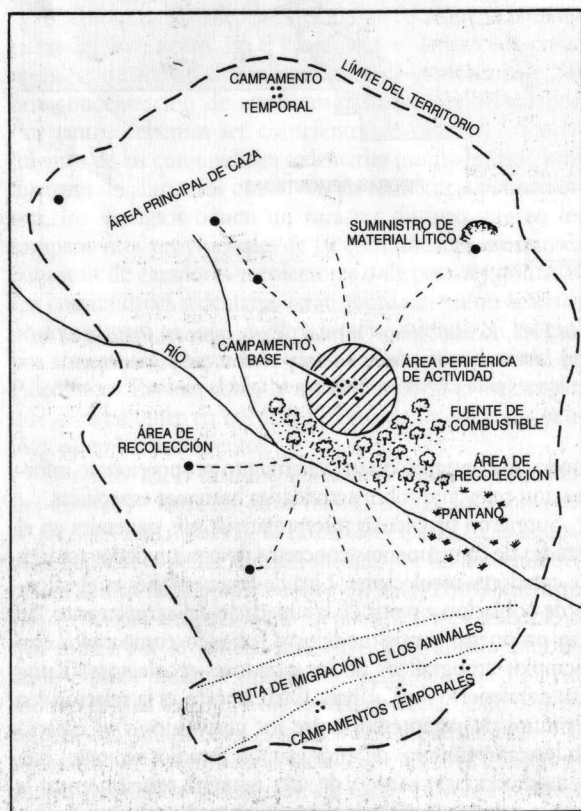
La Investigación del Territorio en las Sociedades Itinerantes

El estudio detallado de un yacimiento concreto no puede revelar, para un grupo itinerante, más que un aspecto del comportamiento social. Para una perspectiva más amplia es necesario tener en consideración todo el territorio en el que actuaba el grupo o banda y la relación entre los yacimientos.

Una vez más, la etnoarqueología ha ayudado a establecer un marco de análisis, de forma que se puede pensar en función de un espacio doméstico anual (es decir, todo el territorio cubierto por el grupo en el curso de un año) y de tipos específicos de yacimientos dentro de él, como un campamento base (para una estación concreta), campamen-

tos transitorios, puestos de caza, cazaderos, escondrijos de almacenaje, etc. Estos aspectos son básicos para la arqueología de los cazadores-recolectores y resulta esencial una perspectiva regional si se pretende obtener una imagen del ciclo vital del grupo y de su comportamiento. En términos arqueológicos, esto significa que, además de los yacimientos convencionales (con una gran concentración de artefactos), es necesario buscar dispersiones de artefactos poco densas, que tal vez consistan en uno o dos objetos por cada 10 m² prospectados (a menudo se denomina a esta labor arqueología sin yacimiento —ver Capítulo 3—). También se debe analizar todo el entorno regional (Capítulo 6) y su posible uso humano por los cazadores-recolectores.

El trabajo del antropólogo británico Robert Foley en la región de Amboselia, al sur de Kenia constituye un buen ejemplo de arqueología espacial. Recogió y registró unos 8.431 útiles líticos en 257 puntos muestreados dentro de un área de 600 km². Con estos datos pudo calcular el porcentaje de abandono de útiles líticos en distintas zonas medio-



Modelo de Robert Foley (izquierda) para las actividades dentro del territorio anual de una banda de cazadores-recolectores y las dispersiones de artefactos (derecha) resultantes de las mismas. Nótese cómo los artefactos aparecen entre los campamentos temporales y el campamento base, así como en su interior. El territorio tendría unos 30 km de norte a sur en un medio tropical, pero será mucho mayor en latitudes más altas.

ESPACIO Y DENSIDAD EN CAMPAMENTOS DE CAZADORES-RECOLECTORES

Una pregunta importante que podemos plantear sobre cualquier asentamiento es el tamaño de su población. La interpretación del trabajo etnográfico realizado por John Yellen entre los cazadores-recolectores Kung San del desierto del Kalahari, al sur de África, muestra cómo se puede abordar el problema.

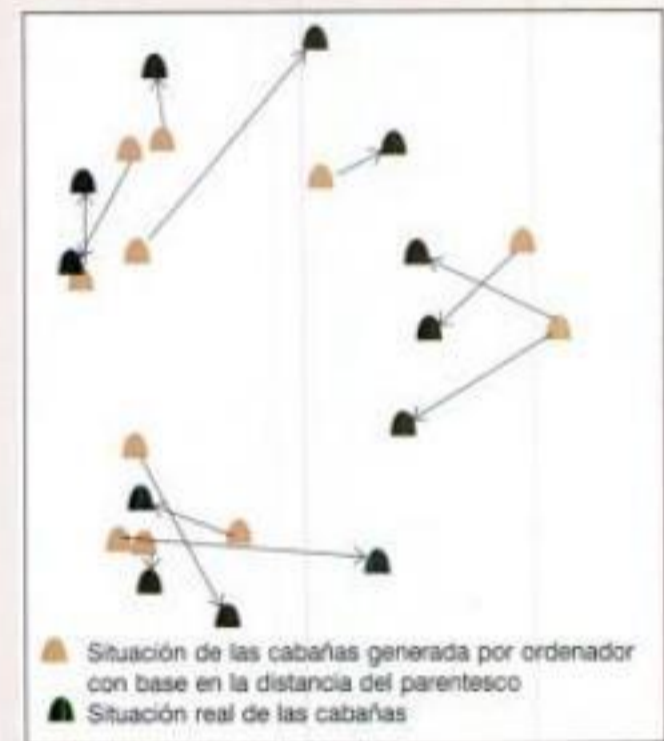
En la estación seca, Yellen había observado que se establecían grandes campamentos comunes para toda la banda, que oscila entre los 35 y los 60 individuos. En la estación lluviosa, cuando la banda se dispersaba, los campamentos eran ocupados durante sólo unos pocos días por una sola familia nuclear o por varias vinculadas por matrimonio. Yellen observó que los campamentos Kung se componían de un círculo de cabañas, cada una de las cuales constituía un espacio privado para una sola persona, con un refugio, un hogar y un área de actividad en torno a éste, orientada hacia el interior del área central. Yellen señaló que existía una íntima relación entre el área del campamento (determinada marcando una línea alrededor del perímetro del círculo de cabañas) y su población.

El arqueólogo de Cambridge Todd Whitelaw ha señalado que esta relación general entre el área del campamento y su población no tiene en cuenta todos los factores que incluyen el espaciado entre las cabañas y las diferencias entre los campamentos de la estación seca y los de la lluviosa. Observó que las cabañas y las hogueras que pertenecen a los miembros de la misma familia extensa están cerca unas de otras y analizó hasta qué punto coincide la distancia social entre parientes con la distancia física entre cabañas (medida en torno al perímetro del campamento). Utilizando los datos de los dos años (1968-69) en que Yellen había observado la estructura de los campamentos de la estación seca, obtuvo una buena correlación entre la proximidad del parentesco

co y la de las cabañas. A continuación, utilizando la información relativa a la distancia de parentesco en dos campamentos de los San, aunque sin recurrir en esta etapa a ningún dato previo sobre el lugar en que se situaban las cabañas, trazó un plano teórico mediante un programa informático de escala multidimensional no métrica (MDSAL). Este método se puede utilizar para elaborar una estructura espacial empleando únicamente información sobre la distancia relativa entre unidades.

La situación de las cabañas generada por el ordenador, con base en el modelo de un campamento de la estación seca, se muestra en el diagrama superior derecho. Para su comparación, el diagrama de la derecha presenta la situación real de las cabañas. Las flechas van de las posiciones del ordenador a las reales. El rasgo principal es que, en la mayoría de los casos, son bastante cortas; el modelo proporcionó una aproximación bastante precisa al plano real del campamento, recurriendo tan sólo a datos sobre la distancia del parentesco.

Éste es un buen ejemplo del modo en que el trabajo etnográfico puede enriquecer nuestros conocimientos generales de un problema, en este caso, la estructura de los asentamientos de los cazadores-recolectores.



Situación de las cabañas en un campamento San de la estación seca. (Parte superior) Modelo de Todd Whitelaw sobre su posición teniendo en cuenta tan sólo los datos sobre las relaciones sociales, utilizando un programa informático MDSAL. (Sobre estas líneas) Las posiciones del MDSAL comparadas con las reales. **Campamento de los cazadores-recolectores San, 1927.**



ambientales y de vegetación e interpretar los patrones de distribución en función de la estrategia y movimiento de los grupos de cazadores-recolectores. En un estudio posterior elaboró un modelo general de la distribución de los instrumentos líticos basado en varios análisis de bandas de cazadores-recolectores en distintas partes del mundo. Una de las conclusiones fue que se podía esperar que una única banda de unas 25 personas desechase hasta 163.000 artefactos den-

tro de su territorio en el curso de un solo año. Estos artefactos estarían distribuidos por todo el territorio, pero con concentraciones significativas en los campamentos base y en los temporales. Sin embargo, según este modelo, el arqueólogo que trabajase en un único yacimiento sólo encontraría un pequeño porcentaje del conjunto anual de artefactos y sería primordial que se interpretasen los conjuntos de un único yacimiento como partes de un patrón más amplio.

TÉCNICAS DE ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES SEGMENTARIAS

Las sociedades segmentarias operan a mayor escala que las bandas. Por lo general, se componen de agricultores establecidos en aldeas —comunidades sedentarias permanentes—. Por lo tanto, el asentamiento es el aspecto de estas sociedades más adecuado para una primera investigación. Sin embargo, como veremos, los cementerios, monumentos y la especialización artesanal patentes en estas sociedades también son campos útiles de estudio.

La Investigación de los Asentamientos en las Sociedades Segmentarias

Aunque el caso ideal de análisis es un asentamiento totalmente excavado de un único período, esto no siempre es posible. Sin embargo, se puede obtener mucha información a partir de la prospección intensiva de los vestigios superficiales y de los sondeos. El primer objetivo es investigar la estructura del yacimiento y las funciones de las distintas áreas identificadas. Un asentamiento permanente engloba un abanico de funciones más amplio que un campamento temporal de cazadores-recolectores. Sin embargo, no se debe considerar al yacimiento aisladamente: como en el caso de los cazadores-recolectores, es necesario examinar la explotación del territorio como un todo. Uno de los medios para conseguirlo es el llamado análisis del área de captación, explicado en el Capítulo 6.

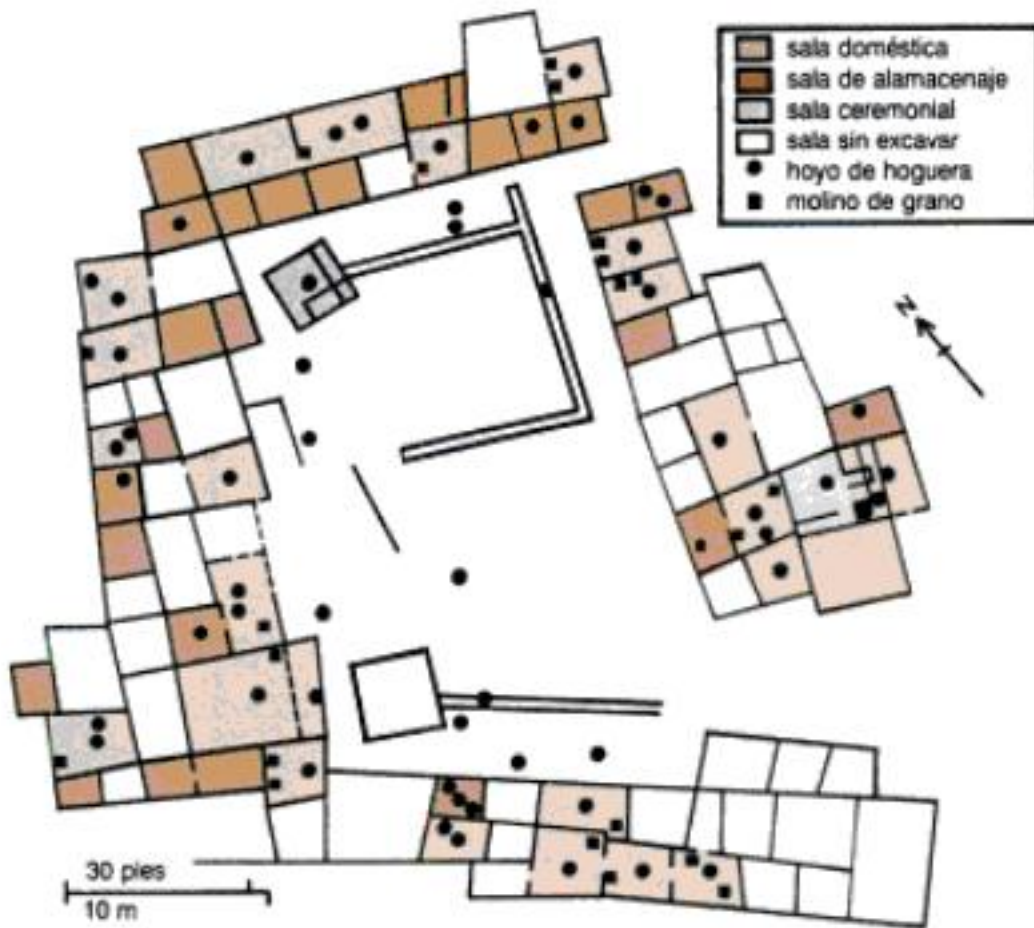
Una prospección intensiva de la superficie del yacimiento puede proporcionar datos valiosos sobre la variedad de los depósitos sepultados. Ésta fue la técnica empleada por Lewis Binford en 1963 en Hatchery West, un núcleo de ocupación del Woodland Final (en torno al 250-800 DC) en Illinois. Después de que un granjero de la zona hubiese arado la capa superficial del yacimiento y de que las lluvias la hubieran lavado, sacando a la luz los artefactos, se recogieron los materiales superficiales de cada 6 m². Los mapas de distribución resultantes dieron útiles indicaciones de la estructura del yacimiento. Había depósitos de desechos (basureros) con una alta densidad de fragmentos de cerámi-

ca y, entre ellos, había viviendas en zonas con una baja densidad de fragmentos. El patrón que revelaron los mapas de distribución se comprobó mediante una excavación.

Éste era un caso propicio, en el que la profundidad del suelo era escasa y había una estrecha relación entre la dispersión superficial y las estructuras subyacentes. Las técnicas de teledetección también pueden servir de ayuda en el descubrimiento de las estructuras del yacimiento, en especial la fotografía aérea (Capítulo 3). La teledetección puede ser un útil paso previo a la excavación. En el yacimiento del Neolítico Final de Divostin, Yugoslavia, Alan McPherron pudo utilizar el magnetómetro de protones para localizar los suelos de arcilla cocida de las casas de la aldea y, de este modo, trazar un plano aproximado antes de que comenzase la excavación. Muchas veces, sin embargo, las condiciones no son propicias para aplicar estos métodos. Además, es posible que el yacimiento en cuestión sea mucho mayor que Hatchery West (que tenía menos de 2 ha) y que abunden los materiales de superficie, sobre todo la cerámica. Para estos yacimientos puede ser necesario un método de prospección de muestreo, como el muestreo aleatorio estratificado (Capítulo 3). En un yacimiento grande, también se precisará de un muestreo en la excavación. La utilización de unidades pequeñas tiene inconvenientes: permite que se excave una mayor variedad de zonas diferentes del yacimiento, pero no consigue descubrir muchas de las construcciones en cuestión (casas, etc.). En otras palabras, una buena excavación en área es insustituible.

Para un análisis eficaz de la comunidad en su conjunto, es necesario excavar totalmente algunas construcciones y muestrear intensivamente el resto para obtener una idea de la variedad de las distintas estructuras (¿son unidades domésticas homogéneas o hay construcciones más especializadas?).

En general, el asentamiento será aglomerado o disperso. Un asentamiento aglomerado se compone de una o varias unidades amplias (agrupaciones) con muchas habitaciones. Una pauta de asentamiento disperso tiene casas separadas e independientes, por lo común de menor tamaño. En el caso de las construcciones aglomeradas existe el problema



Pueblo de Broken K, Arizona: la investigación vinculó con las actividades domésticas las habitaciones que contenían hoyos de hogares y molinos de grano; las salas menores con el almacenaje; y dos habitaciones con los suelos a nivel más bajo que el terreno con el ceremonial.

inicial de detectar las unidades sociales repetidas (p.ej. familias u hogares) y las funciones de las habitaciones.

En un famoso análisis, publicado en 1970, sobre el asentamiento aglomerado del Pueblo de Broken K, Arizona, en el Suroeste Americano, James Hill llevó a cabo un estudio detallado de las funciones de este yacimiento del siglo XIII. Primero asoció los distintos tipos de artefactos a las diversas habitaciones. Luego, en un estudio etnográfico de los indios Pueblo actuales, identificó, para la época moderna, tres tipos diferentes de habitaciones —domésticas (cocina, comedor, dormitorio, etc.), de almacenaje y ceremoniales— y diferencias entre las salas utilizadas por los hombres y por las mujeres. Partiendo de estos datos etnográficos, sacó 16 conclusiones que contrastó con la evidencia arqueológica, con el fin de descubrir si se podían identificar o no los tres tipos de habitaciones y las diferencias masculino/femenino en el propio Pueblo de Broken K. Su comprobación llevó a pensar que, en efecto, la disposición de los artefactos señalaba la existencia de distinciones similares en Broken K.

En los últimos años ha habido críticas a las conclusiones de Hill. Las nuevas investigaciones sugieren que la arquitectura Pueblo podía ser un indicador más adecuado de la función de las habitaciones en la prehistoria que los artefactos encontrados en ellas. Además, la analogía entre las diferencias masculino/femenino modernas y prehistóricas no se demuestra satisfactoriamente. El análisis de las necrópolis (ver más adelante) puede proporcionar una correlación más adecuada entre el sexo y tipos artefactuales específicos. Pero el plantea-

miento de Hill fue novedoso e interesante y sus métodos muy explícitos y, por tanto, abiertos a la valoración crítica de otros investigadores (el Capítulo 12 analiza esta cuestión en más detalle). William Longacre llevó a cabo una investigación similar, casi al mismo tiempo, en el cercano yacimiento de Carter Ranch, en Arizona, cuyos resultados también han sido criticados recientemente. Hasta cierto punto, una investigación etnoarqueológica detallada, como la de Ian Hodder, expuesta en un apartado anterior, puede resolver estos problemas de método —concretamente, el modo de correlacionar los datos etnográficos con los arqueológicos.

Otro ejemplo ilustrativo del estudio del asentamiento lo constituye la interpretación del yacimiento del Minoico Inicial (en torno al 2300 AC) de Myrtos, en el sur de Creta. El excavador, Peter Warren, había sugerido que era una comunidad centralizada con cierto grado de especialización artesanal (ver más adelante). El informe que publicó era tan minucioso que permitió a Whitelaw proponer algo diferente —que había una organización doméstica (familiar) de la producción más que una especialización artesanal—. Mediante el estudio cuidadoso de las funciones de las habitaciones (a partir de los restos y las estructuras encontradas en ellas) y de su disposición espacial, pudo demostrar que el asentamiento se componía de 5 o 6 grupos familiares compuestos probablemente, cada uno de ellos, por 4-6 individuos. Cada grupo poseía zonas de cocina, almacenaje, trabajo y áreas domésticas mixtas —no había evidencia de centralización o manufactura especializada.

El estudio de las comunidades sedentarias es mucho más sencillo cuando se pueden identificar las distintas casas desde un principio. En los años 30, Gordon Childe excavó la aldea neolítica, extraordinariamente conservada, de Skara Brae, en las islas Orcadas, al norte de Escocia. Descubrió un asentamiento, ahora fechado en torno al 3000 AC, en el que las instalaciones interiores, que estaban hechas de piedra (p. ej., lechos y alacenas) todavía existían. En estos casos, el estudio de la comunidad y el cálculo de su población son mucho más fáciles.

El Estudio del Rango a Partir de Enterramientos Individuales

En la arqueología, el individuo aparece muy pocas veces. El descubrimiento de restos físicos de seres humanos —esqueletos o cenizas— junto con artefactos depositados en la tumba ofrecen una de las perspectivas más reveladoras del individuo y su nivel social. El examen de los restos óseos por un antropólogo físico (Capítulo 11) revelará muy a menudo el sexo y la edad de fallecimiento de cada individuo y posiblemente cualquier deficiencia de la dieta u otras características patoló-

gicas. Los enterramientos colectivos (aquellos de más de una persona) pueden ser difíciles de interpretar, porque no siempre está claro qué ajuar funerario acompaña a cada fallecido. Por tanto, será de los enterramientos individuales de donde podremos esperar conseguir más información.

En las sociedades segmentarias, y en otras con una diferenciación relativamente limitada, un análisis detallado del ajuar funerario puede proporcionar mucha información sobre las disparidades en el nivel social. Hay que tener en cuenta que aquello que está sepultado con el muerto no es simplemente el equivalente exacto al *status* o a los bienes materiales que poseía o utilizaba en vida. Los enterramientos son hechos por individuos vivos que los utilizan para expresar e influir en las relaciones con otros hombres también vivos, así como para simbolizar o servir a los muertos. Sin embargo, existe muchas veces un vínculo entre el papel y el rango en vida del difunto y el modo en que se depositan los restos y se acompañan de artefactos.

El análisis tratará de determinar qué diferencias se establecen entre hombres y mujeres en el enterramiento y juzgar si esas diferencias conllevan distinciones según la riqueza o lo elevado del *status*. El otro factor común vinculado al rango o al *status* es la edad y es obvia la posibilidad de que las diferencias de edad se reflejen de modo sistemático en el tratamiento de los muertos. En sociedades relativamente igualitarias, se suele encontrar habitualmente el *status* adquirido —es decir, el rango conseguido por méritos del propio individuo (p. ej., en la caza) durante su vida— que se refleja, muchas veces, en la práctica funeraria. Pero el arqueólogo debe preguntar, con base en la evidencia de que dispone, si se está ante un caso de *status* adquirido o si, por el contrario, se trata de un *status* atribuido por nacimiento. Distinguir entre uno y otro no es fácil. Un criterio útil consiste en investigar si en algunas ocasiones se dedican a los niños ajuar funerarios valiosos y otros indicios de interés preferente. Si es así, puede existir un sistema de rango hereditario, ya que no es probable que el niño haya alcanzado ese *status*, por méritos propios, a una edad tan temprana.

Una vez fechadas las tumbas de la necrópolis, el primer

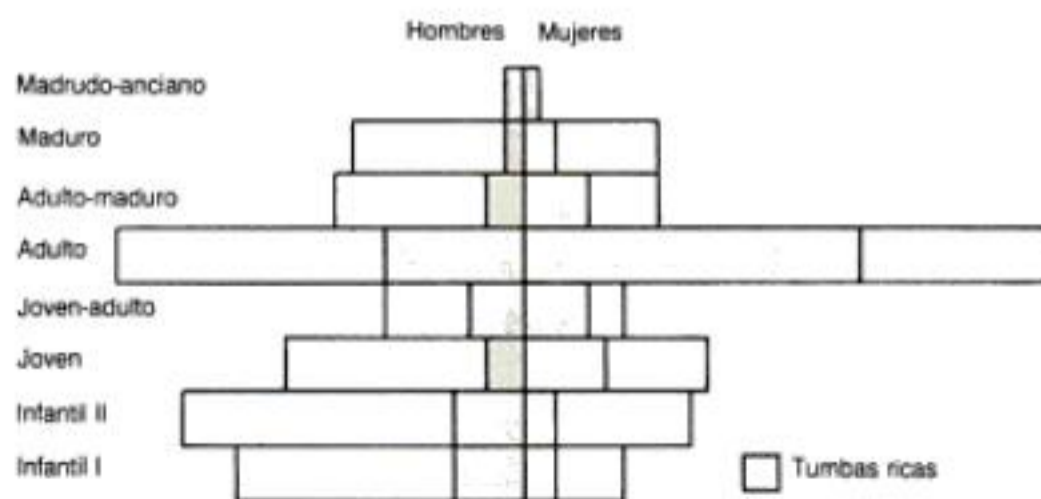
paso consiste simplemente, en la mayoría de los casos, en trazar una distribución de frecuencias (un histograma) del número de tipos de artefactos de cada tumba. Sin embargo, para un análisis más profundo, resulta más interesante buscar algunos indicios más concretos de la riqueza y el *status*, de forma que se dé más importancia a los objetos valiosos y menos a los comunes. Inmediatamente surge el problema de la identificación del valor (ya que no sabemos de antemano qué valor se atribuía a los objetos en la época en cuestión). Este importante tema se expondrá con más detalle en los Capítulos 9 y 10. Desde el punto de vista social, resulta útil el trabajo de la arqueóloga británica Susan Shennan. En un estudio innovador de los enterramientos de la necrópolis calcolítica de Branč, en Checoslovaquia, asignó puntos según una escala de “unidades de riqueza”, partiendo de la base de que los objetos valiosos eran aquellos que tardaban mucho tiempo en fabricarse o estaban hechos con materiales traídos de muy lejos o difíciles de obtener. Esto le permitió elaborar un diagrama de la estructura de la riqueza de la necrópolis en relación a la edad y al sexo. Algunos individuos, en particular las mujeres, tenían ajuar mucho más elaborados que otros. Llegó a la conclusión de que había una familia o familias dirigentes y que el *status* tendía a ser hereditario por línea paterna, posiblemente, las mujeres obtendrían sus valiosos artefactos sólo por matrimonio.

Se pueden aplicar sofisticadas técnicas cuantitativas al análisis de la distribución de los artefactos en un cementerio, incluyendo el análisis factorial y el de conglomerados (ver cuadro).

El rango no se refleja únicamente en los ajuar, sino en la totalidad del enterramiento. Algunos investigadores, entre ellos Joseph A. Tainter, han ideado un enfoque más sofisticado, que trata de utilizar una gama de variables mucho más amplia. Por ejemplo, en el estudio de los 512 sepulcros del Woodland Medio (en torno al 150 AC-400 DC), de dos grupos de túmulos en el valle inferior del río Illinois, Tainter escogió 18 variables que podían aparecer o no en cada enterramiento. Aplicó el análisis de conglomerados para investigar las relaciones entre los enterramientos y llegó a la conclusión de que había grupos sociales diferentes. Vale la pena citar las variables utilizadas, ya que pueden aplicarse a casos muy distintos:

Listado de Variables para Enterramientos

- 1 Sin cremación/cremación
- 2 Articulado/no articulado
- 3 Extendido/no extendido
- 4 Paredes de tierra/paredes de troncos
- 5 Rampas/sin rampas
- 6 Superficial/no superficial
- 7 Cubierto de troncos/no cubierto de troncos
- 8 Cubierto de losas/no cubierto de losas



Branč, Checoslovaquia: distribución de los enterramientos según el sexo y la edad.

ANÁLISIS FACTORIAL Y ANÁLISIS DE CONGLOMERADOS

Estas dos técnicas son métodos estadísticos multivariantes utilizados para hallar la ordenación de los datos arqueológicos. Su semejanza reside en que ambos son aplicados a conjuntos de artefactos, ordenándolos en función de sus tipos (algunas veces denominados variables). El análisis factorial busca las variaciones entre los tipos de un mismo conjunto. El análisis de conglomerados identifica las semejanzas y diferencias en conjuntos completos, como los ajuares funerarios de las distintas tumbas de una necrópolis.

Análisis Factorial

La información estadística necesaria para un análisis factorial es una matriz de coeficientes de correlación. (Estos coeficientes expresan, en una escala que va de -1 a +1, el grado de correlación entre dos variables; deben obtenerse para cada par de variables consideradas en el estudio.) El concepto clave es el de varianza, que puede ser de tres tipos: varianza común (que se correlaciona con otras variables), varianza única (que no lo hace) y varianza de error (debida a errores de muestreo, cálculo, etc.).

Parte del supuesto de que una serie de variables correlacionadas entre sí posee factores comunes y que la puntuación de cada variable individual se puede representar de modo más eficaz en función a esos factores de referencia. El objetivo del análisis factorial se cifra en identificar estos factores.

James Hill aplicó el análisis factorial al estudio de la asociación de tipos cerámicos en las distintas habitaciones del Pueblo de Broken K (ver texto principal, páginas anteriores), así como Lewis y Sally Binford para analizar la tipología lítica del Paleolítico Medio del suroeste de Francia.

Análisis de Conglomerados

El análisis de conglomerados toma unidades o conjuntos y los clasifica en función de las similitudes entre ellos, de forma que los más parecidos son agrupados (es decir, aglomerados). La

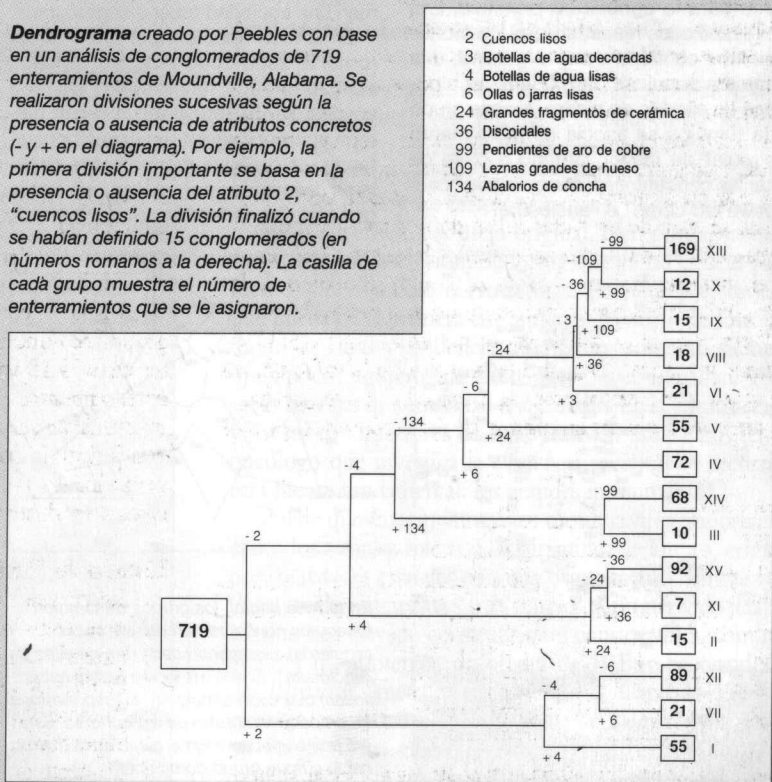
similitud se establece en términos de la aparición o no aparición en los conjuntos de tipos artefactuales concretos. Si los conjuntos poseen los mismos tipos y éstos aparecen más o menos en la misma cantidad, obviamente son muy similares y se aglomeran muy estrechamente.

La técnica se utiliza con gran frecuencia en el estudio de necrópolis para investigar la estructura social en función de los ajuares que acompañan a los muertos. En este caso, los ajuares catalogados en las tumbas representan los conjuntos concretos a agrupar. Luego, se pueden examinar los distintos conglomerados para ver qué artefactos desempeñan un papel predominante para llevar a cabo el agrupamiento. En particular, se puede observar si la edad y el sexo de los

muestrados se correlacionan estrechamente con el grupo conseguido con base únicamente en los ajuares. También se puede representar en un plano de la necrópolis la aparición de las tumbas de cada tipo, para ver si éstos, definidos en función de los ajuares, se reflejan en la ordenación espacial del cementerio.

John O'Shea ha utilizado con éxito el análisis de conglomerados en las necrópolis de época histórica de los Pawnee, Arikara y los indios de las Llanuras de Omaha, así como Christopher Peebles en Moundville, Alabama. El diagrama adjunto muestra el conglomerado logrado por Peebles. El último cuadro de este capítulo (Análisis Social en Moundville) pasa a considerar cómo dedujo a partir de él informaciones sobre la organización social.

Dendrograma creado por Peebles con base en un análisis de conglomerados de 719 enterramientos de Moundville, Alabama. Se realizaron divisiones sucesivas según la presencia o ausencia de atributos concretos (- y + en el diagrama). Por ejemplo, la primera división importante se basa en la presencia o ausencia del atributo 2, "cuencos lisos". La división finalizó cuando se habían definido 15 conglomerados (en números romanos a la derecha). La casilla de cada grupo muestra el número de enterramientos que se le asignaron.



EL WESSEX PRIMITIVO

El Wessex prehistórico (los condados de Wiltshire, Dorset, Hampshire y Berkshire, en el sur de Inglaterra) conserva una valiosa colección de monumentos importantes del Neolítico, aunque pocos restos de asentamientos. Pese a ello, el análisis de la escala y distribución de los monumentos permite reconstruir aspectos importantes de la organización social y ejemplifica un enfoque del estudio de las antiguas relaciones sociales.

En la **fase inicial** de la construcción de monumentos (el Neolítico inicial, en torno al 4000-3000 AC), los más frecuentes son los grandes túmulos funerarios de tierra, denominados túmulos alargados, que alcanzan hasta 70 m de longitud. Se encuentran sobre todo en las tierras calizas de Wessex, donde los suelos ligeros resultaban adecuados para la agricultura primitiva. Las excavaciones muestran que los monumentos contienen, por lo general, una cámara sepulcral de madera: en algunos de ellos es de piedra. A cada grupo de túmulos se asocia un monumento circular de mayor tamaño a base de zanjas concéntricas, denominado "causewayed camp" o "enclosure".

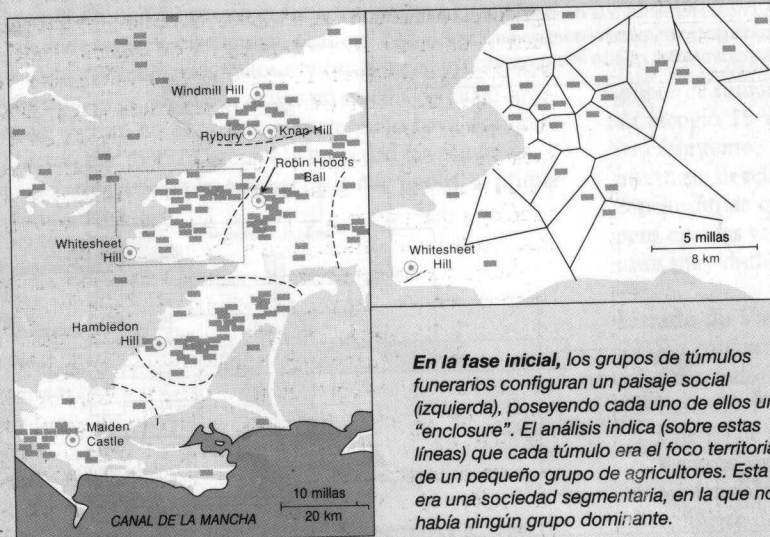
El análisis de la distribución espacial y el tamaño de los túmulos alargados sugiere una posible interpretación. Las líneas trazadas entre ellos dividen el paisaje en varios territorios probables, casi del mismo tamaño. Cada uno de los monumentos parece haber sido el punto focal de la actividad social y el lugar de enterramiento de la comunidad agrícola que habitaba el territorio local. Un grupo de 20 personas habría necesitado unos 50 días de trabajo para construir un túmulo alargado.

En la primera fase constructiva, hay pocos indicios de jerarquización de yacimientos o individuos: era una sociedad igualitaria. Los grandes "enclosures" pueden haber servido de centro ritual y lugar de reuniones periódicas del grupo mayor representado por un conjunto de túmulos alargados. (Las 100.000 horas de trabajo necesarias para construir uno de aquéllos se podrían conseguir con 250 personas que trabajasen durante 40 días.) Esta habría sido lo que los antropólogos llaman una sociedad tribal o segmentaria.

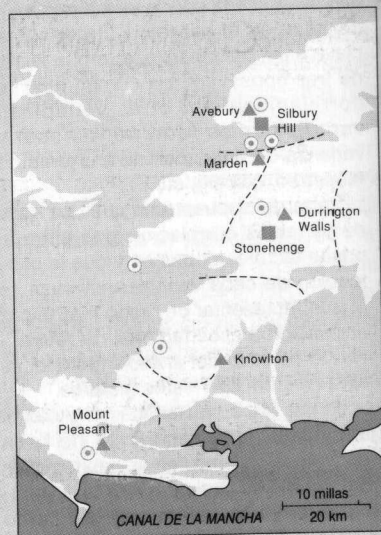
En la **fase final** (el Neolítico final, en torno al 3000-2000 AC), los túmulos alargados y los "enclosures" cayeron en desuso. Sustituyendo a estos últimos aparecen recintos rituales consistentes en grandes monumentos circulares delimitados por una zanja y, por lo general, un terraplén en su interior,

denominados "hengés". La construcción de cada uno de ellos habría requerido del orden de un millón de horas de trabajo. La inversión de esfuerzo hace pensar en la movilización de los recursos de todo un territorio. Serían necesarias unas 300 personas trabajando con dedicación exclusiva durante, al menos, un año: se les debían suministrar los alimentos, a no ser que el proceso se llevase a cabo durante un largo período de tiempo. Este factor, así como la existencia de los propios centros rituales, indica que ahora podemos hablar de una jefatura. El dirigente que controla el lugar central sería un individuo de alto rango: un jefe.

Durante este período (2800 AC, aprox.) se construyó el enorme túmulo de tierra de Silbury Hill. Según su excavador, exigió 18 millones de horas de trabajo y se terminó en 2 años. Unos pocos siglos más tarde (en torno al 2100 AC) el gran monumento de Stonehenge adquirió su forma definitiva, con un círculo de piedras que repre-



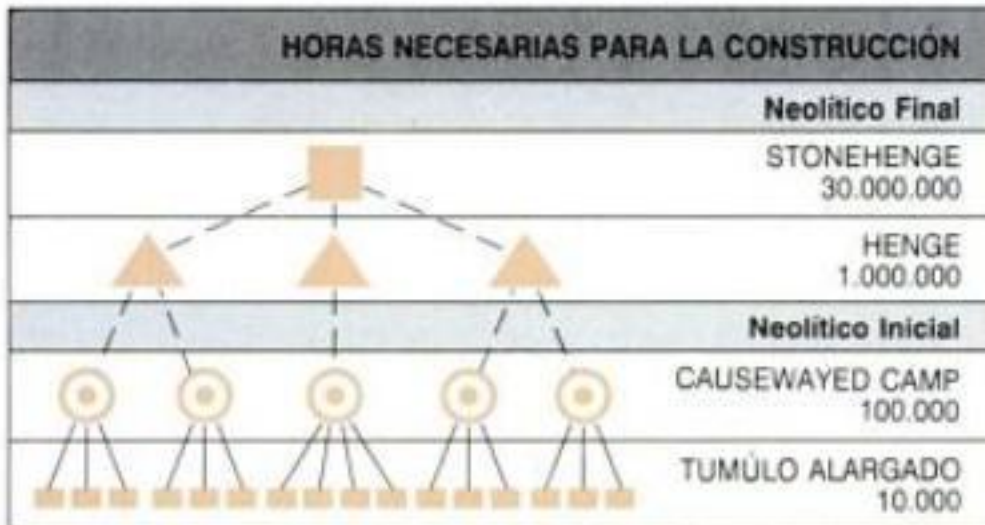
En la fase inicial, los grupos de túmulos funerarios configuran un paisaje social (izquierda), poseyendo cada uno de ellos un "enclosure". El análisis indica (sobre estas líneas) que cada túmulo era el foco territorial de un pequeño grupo de agricultores. Esta era una sociedad segmentaria, en la que no había ningún grupo dominante.



En la fase final, los "enclosures" fueron sustituidos por grandes monumentos tipo "henge". Su escala apunta a una organización centralizada y probablemente, por tanto, a una jefatura. En este momento se construyeron los dos grandes monumentos de Stonehenge y Silbury Hill.

senta una inversión de trabajo aún mayor, si se tiene en cuenta el transporte de las mismas. Esto puede implicar la existencia de un jefe supremo capaz de organizar una mano de obra procedente de toda la región de Wessex.

Aunque los enterramientos con ajuar valiosos, que reflejen directamente la riqueza de individuos destacados, no aparecen hasta la fase siguiente, la Edad del Bronce Inicial, el análisis de la organización espacial de los monumentos y el estudio de la inversión de esfuerzo realizada por sus constructores nos permiten sacar conclusiones sobre la organización social de la época.



El análisis del tamaño de los monumentos de Wessex en función de las horas de trabajo necesarias para su construcción hace pensar en la aparición de una jerarquía en la fase final, que podría reflejar un desarrollo de las relaciones sociales y el surgimiento de una sociedad estratificada. Stonehenge, erigido en este momento, es el mayor de los monumentos de Wessex. En el Neolítico inicial, la escala de los monumentos corresponde a una sociedad igualitaria y segmentaria.

- 9 Losas en la tumba/sin losas
- 10 Enterrado en posición central/no enterrado en posición central
- 11 Supino/no supino
- 12 Individual/múltiple
- 13 Con ocre/sin ocre
- 14 Diversos huesos de animales/ninguno
- 15 Con hematites/sin hematites
- 16 Artículos sociotécnicos importados (indicadores del *status*, p. ej., una corona real)
- 17 Artículos sociotécnicos de producción local
- 18 Artículos técnicos (objetos utilitarios, p. ej., herramientas)

Esta lista de variables ilustra otro aspecto importante: de lo que se trata es de estudiar la estructura social en su conjunto, no sólo la posición personal. En la vida y, en algunos casos, en la muerte, el individuo posee toda una serie de funciones y de *status* que tratamos de detectar y comprender. Jerarquizar a los individuos en un simple orden lineal en función de una variable o combinación de ellas puede considerarse como una simplificación excesiva.

Labores Colectivas y Actividad Comunal

Las sociedades segmentarias no siempre sepultaban a los individuos en necrópolis: por tanto, el arqueólogo no puede contar con la presencia de esta fuente de información. De forma similar, los núcleos de asentamiento pueden ser difíciles de localizar y sus restos ser escasos. Pudo haberse destruido la superficie del suelo original, bien por la actividad agrícola o por la erosión, de forma que ya no existan pavimentos de viviendas o estructuras. Por ejemplo, todo lo que queda de la primera fase agrícola del norte de Europa a modo de casas y evidencias domésticas son, casi siempre, unos pocos agujeros de poste (donde se asentaban en el suelo las vigas que sostenían la estructura de la construcción) y los niveles inferiores de basureros. En estos casos, el arqueólogo que investiga la evidencia social debe recurrir a otra fuente fundamental: los grandes monumentos.

Puede que imaginemos estos monumentos importantes, como los templos mayas o las pirámides de Egipto, erigidos por sociedades estatales con una organización centralizada. Pero muchas sociedades más simples, a un nivel de jefatura o tribu, han elevado construcciones considerables, como los grandes monumentos de piedra de la Europa occidental (los llamados "megalitos", ver cuadro, Capítulo 12) o las gigantescas estatuas pétreas de la isla de Pascua, en el Océano Pacífico. En efecto, algunos monumentos, como las figuras de la isla de Pascua, han sido interpretados en el pasado, erróneamente, como un signo inequívoco de "civi-

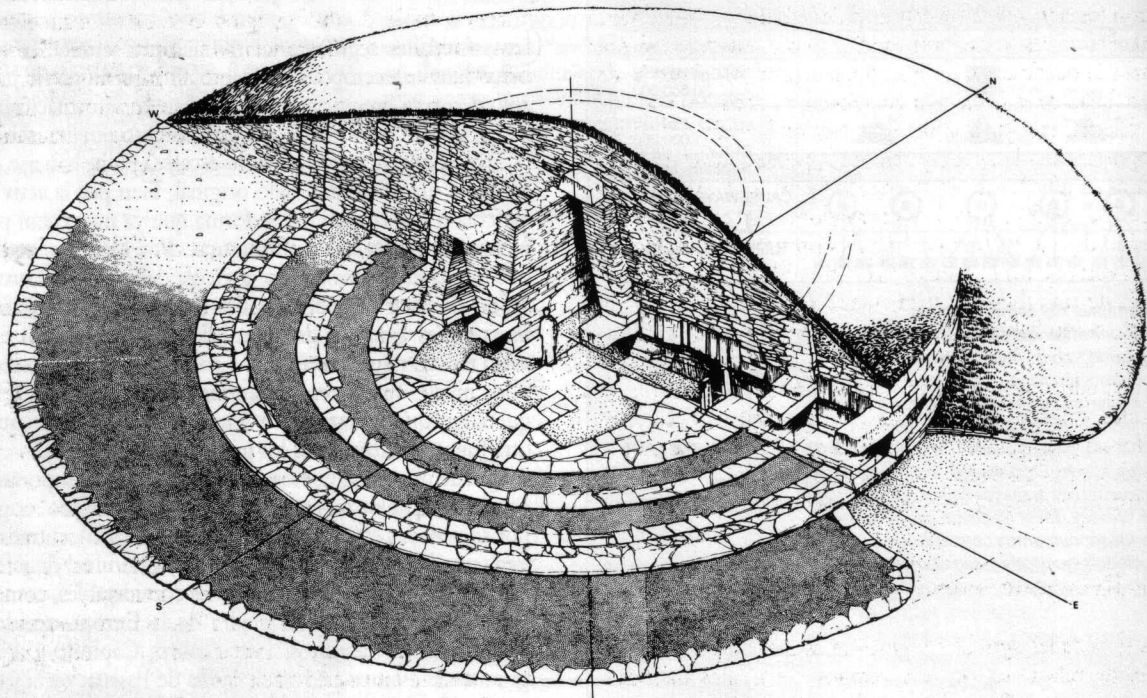
lización". Cuando la sociedad indígena no presenta otras características de "civilización", se han formulado explicaciones fantásticas que incluyen migraciones a gran distancia, continentes desaparecidos o incluso visitantes del espacio exterior. Estas frívolas hipótesis serán examinadas de nuevo en los Capítulos 12 y 14. Para nuestros fines acudiremos, por el contrario, a las técnicas que aplican los arqueólogos cuando buscan información social en esos monumentos, concretamente dentro de las sociedades segmentarias. Incluyen cuestiones sobre el tamaño o escala de los monumentos; su distribución espacial en el paisaje; e indicios del *status* de los individuos sepultados en algunos de ellos.

¿Cuánto Trabajo se Invertió en los Monumentos?

Para empezar, se debe investigar la escala del monumento en relación a la cantidad de horas que tardó en ser construido, utilizando los datos no sólo de la propia estructura, sino del tipo de arqueología experimental descrito en los Capítulos 2 y 8. Como se explica en el cuadro (pp. 186, 187), en la región de Wessex, en el sur de Inglaterra, parece que la construcción de los monumentos más grandes (los grandes recintos formados por terraplenes o "causewayed enclosures") del Neolítico Inicial exigió unas 10.000 horas de trabajo —dentro de las posibilidades de 250 personas que trabajen juntas unas 6 semanas—. Esto no

indica un nivel muy complejo de organización y se podría postular una sociedad segmentaria, tribal. Pero en el Neolítico Final, uno de los mayores monumentos, el gran túmulo de Silbury Hill, requirió de 18 millones de horas y su excavación demostró que se había invertido una cantidad de tiempo no mayor de 2 años. La mano de obra pudo haber sido del orden de 3.000 individuos durante ese período, lo que parece indicar un tipo de movilización de recursos propio de una sociedad de jefatura, más centralizada.

¿Cómo se Distribuyen los Monumentos en el Paisaje? También resulta útil analizar la distribución espacial de los monumentos en relación a otros o a asentamientos y restos sepulcrales. Por ejemplo, cada uno de los túmulos funerarios (túmulos alargados) del sur de Gran Bretaña, en torno al 3500-2800 AC, representó unas 5.000-10.000 horas de trabajo. Se puede analizar su distribución en regiones bien definidas trazando polígonos Thiessen en torno a ellos (ver páginas anteriores), y examinando el uso de la tierra, por ejemplo la vinculación de los túmulos alargados con las áreas de suelos ligeros de creta más adecuados para la agricultura primitiva. Se ha sugerido que cada uno de los túmulos era el punto focal del territorio de un grupo humano establecido en él de forma permanente —un centro simbólico de la comunidad.



Quanterness, islas Orcadas: reconstrucción de una cámara funeraria fechada en torno al 3300 AC. Los enterramientos descubiertos en su interior implican que fue el producto de una sociedad segmentaria, no de una jerárquica, a pesar de la complejidad de su arquitectura.

El propio acto de establecer un área fija para la deposición continuada de los muertos implica un elemento de permanencia. El arqueólogo americano Arthur Saxe ha sugerido que en aquellos grupos en los que el proclamarse descendiente de un antepasado muerto legitima el derecho al uso de la tierra habrá áreas formales reservadas exclusivamente a la colocación de los difuntos. Según esto, el enterramiento colectivo en tumbas monumentales no es sólo un reflejo de las creencias religiosas: tiene un significado social real. La mayoría de las tumbas megalíticas de la Europa occidental podrían, de este modo, ser consideradas como marcos territoriales de sociedades segmentarias, ya que la distribución espacial no parece indicar un nivel mayor de organización. Este y otros conceptos sobre los megalitos se discutirán más extensamente en el Capítulo 12.

¿Qué Individuos se Asocian a los Monumentos?

Para terminar, es necesario investigar la relación existente entre los individuos y los monumentos. Cuando éste se vincula a un individuo destacado, podría indicar que esa persona era de rango elevado y llevar, por tanto, a pensar en una sociedad centralizada. Éste no será el caso de un monumento asociado a múltiples enterramientos de individuos de *status* aparentemente similar. Por ejemplo, en la tumba de cámara de Quanterness, en las islas Orcadas, junto a la costa norte de Escocia, y fechada en torno al 3300 AC, se encontraron los restos de gran cantidad de individuos, quizá hasta 390. Hombres y mujeres estaban representados casi por igual y la distribución de edad podía reproducir el patrón de mortalidad de la población en general; es decir, que la edad de fallecimiento de la gente sepultada en la tumba podía ser proporcional a la del conjunto de la población (el 46 % de menos de 20 años, el 47 % entre 20 y 30 años y sólo el 7 % superaba los 30 años). Los excavadores llegaron a la conclusión de que ésta era una tumba disponible por igual para la mayoría de los sectores de la comunidad y era representativa de una sociedad segmentaria más que de una jerárquica, como había hecho pensar en un principio la sofisticación de su arquitectura.

Se podrían aplicar observaciones similares a monumentos rituales, distintos de las tumbas, que pueden proporcionar, de forma parecida, nuevas perspectivas sobre la organización social. Como también pueden indicar otras obras colectivas importantes, bien sean agrícolas o defensivas.

Las Relaciones entre Sociedades Segmentarias

Las sociedades agrícolas segmentarias mantienen toda una serie de relaciones con sus vecinos —vínculos matrimoniales, asociaciones de intercambio, etc.—. El primer paso para investigar arqueológicamente estos vínculos consiste en buscar los centros rituales que sirvieron para las reuniones

periódicas de varios grupos. Luego, se pueden estudiar los lugares de procedencia de los artefactos encontrados en estos centros (la técnica se explica en el Capítulo 9), para indicar el alcance geográfico de la red de contactos representada en cada uno de ellos.

Algunos de los monumentos públicos más importantes del sur de Gran Bretaña, mencionados en el apartado anterior, parecen haber sido centros rituales de este tipo. En concreto, los recintos a base de terraplenes del Neolítico Inicial han sido interpretados como centros de reunión —focos de atención rituales y sociales para los grupos tribales de los territorios en los que se sitúan y también para las reuniones periódicas importantes con participantes procedentes de una región mucho mayor—. Las hachas de piedra de esos yacimientos proceden de fuentes muy lejanas, indicando lo amplia que era la base de las interconexiones sociales en aquella etapa de la prehistoria.

Las semejanzas y diferencias en el estilo y forma de ciertos tipos de artefactos —por ejemplo, la cerámica decorada— pueden ser una pista importante de las interacciones existentes entre las sociedades. Sin embargo, como vimos en un apartado anterior, Ian Hodder ha demostrado que aunque se utilicen algunos elementos de la cultura material para afirmar las distinciones tribales, otros no siguen esta pauta. En la actualidad, los arqueólogos no han encontrado un modo fiable de distinguir en el registro arqueológico estos símbolos de diferenciación étnica y de “leerlos” correctamente —por ejemplo, para distinguirlos de los símbolos de rango o de algunas otras especializaciones o simples modas decorativas—. Las convenciones de la comunicación se estudian con más detalle en el Capítulo 10.

Técnicas Agrícolas y Artesanos Especializados

En las sociedades segmentarias, la existencia de aldeas estables, necrópolis, monumentos públicos y centros rituales indica una complejidad social mayor que en las sociedades de banda. Un medio para tratar de determinar el modo en que las sociedades comienzan a mostrar una complejidad aún mayor es a base de observar las técnicas agrícolas y la aparición de artesanos especializados. Aquí nos ocuparemos de las implicaciones sociales: en los Capítulos 7 y 8 se explica con más detalle el modo en que los arqueólogos examinan los aspectos dietéticos de la agricultura y las cuestiones tecnológicas de la producción artesanal, respectivamente. El tema del Capítulo 9 será la creciente necesidad de las comunidades de intercambiar bienes, a medida que se incrementa la producción artesanal.

A la vez que el modo de vida agrícola enraizaba en distintas partes del mundo, hace menos de 10.000 años, aparecen evidencias en muchas áreas de una intensificación gra-

dual de la producción alimentaria, manifestada por la introducción del arado, la construcción de terrazas y la irrigación, el uso de tierras de peor calidad a medida que van escaseando las tierras fértiles y la explotación por vez primera de los llamados “productos secundarios”, como la leche y la lana (la carne de los animales sería el “producto primario”). En los Capítulos 6 y 7 se explica cómo puede identificar el arqueólogo estas evidencias. Lo que señalaremos aquí es que todos éstos son avances que exigen una enorme inversión de esfuerzo humano —son técnicas de trabajo intensivo— y nuevos y diversos tipos de conocimientos. Por ejemplo, el arado permite cultivar una tierra de baja calidad antes improductiva, pero precisa de más tiempo y esfuerzo que cultivar una tierra de buena calidad sin él. Además, se pueden considerar todas estas actividades para calcular la cantidad probable de horas y fuerza de trabajo requeridas. Al igual que en los monumentos públicos, un aumento realmente significativo del trabajo invertido (por ejemplo, en la introducción de la irrigación) haría pensar en una organización más centralizada de la mano de obra, que tal vez señalaría la transición de un tipo de sociedad segmentaria, no jerarquizada, a otro mucho más centralizado, como una jefatura.

Si recurrimos ahora a la *especialización artesanal* como fuente de información social, podemos hacer una distinción útil entre las sociedades segmentarias y las centralizadas. En las primeras, la producción artesanal se organiza, sobre todo, a nivel familiar —lo que el antropólogo americano Marshall

Sahlins ha denominado en su obra *Economía de la Edad de Piedra* (1972) el Modo Doméstico de Producción—. Por otra parte, en las sociedades más centralizadas, como las jefaturas y estados, aunque la unidad familiar puede desempeñar todavía un papel importante, gran parte de la producción se organizará a un nivel mayor y más centralizado. Esta distinción resulta útil a nivel práctico en la prospección y excavación. Incluso las aldeas pequeñas de las sociedades segmentarias mostrarán signos de producción artesanal familiar en forma de hornos de cerámica o tal vez escorias resultantes de la metalurgia. Pero sólo en las sociedades centralizadas aparecen ciudades y pueblos con ciertos barrios dedicados casi exclusivamente a la artesanía especializada. Por ejemplo, en la gran metrópolis del primer milenio DC de Teotihuacán, tuvo lugar una producción especializada de objetos de obsidiana, un cristal volcánico, en determinadas zonas de la ciudad.

Las canteras y minas para la extracción de materia prima destinada a la producción artesanal se desarrollaron junto con los propios oficios y son otro indicador de intensificación económica y de transición hacia una organización social centralizada. Por ejemplo, las canteras de sílex de los primeros agricultores de Gran Bretaña, en torno al 4000 AC, exigían una organización menos especializada que la mina de sílex posterior de Grimes Graves, en el este de Gran Bretaña (2500 AC, aproximadamente), con sus 350 pozos de hasta 9 m de profundidad y su compleja red de galerías subterráneas.

TÉCNICAS DE ESTUDIO DE LAS JEFATURAS Y ESTADOS

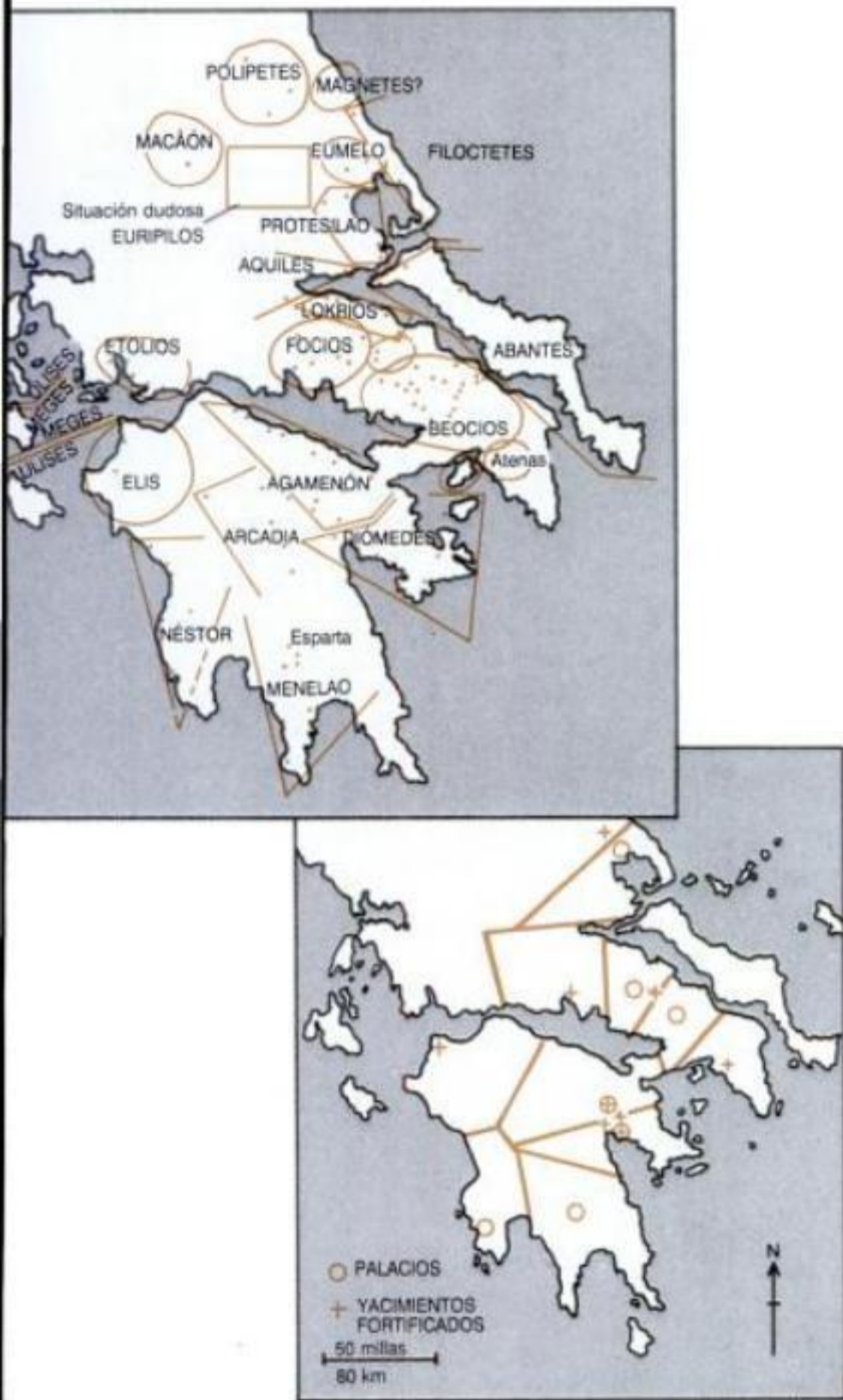
La mayoría de las técnicas de análisis adecuadas para las sociedades segmentarias siguen siendo válidas en el estudio de las jefaturas y estados centralizados, que contienen la mayor parte de las formas sociales y modelos de interacción que aparecen en las sociedades más simples. La investigación de la familia y el grado de diferenciación en la aldea rural son igual de importantes; así como el cálculo del grado de intensificación de la agricultura. Pero habrá que aplicar técnicas de estudio adicionales debido a la centralización de la sociedad, la jerarquía de yacimientos y a las estrategias de organización y comunicación que caracterizan a las jefaturas y estados. Una vez más, lo que nos interesa es la naturaleza de estas estrategias y no sólo la clasificación de la sociedad dentro de un tipo u otro.

Identificación de Centros Primarios

Las técnicas de estudio de los patrones de asentamiento ya se han expuesto en este capítulo. Como hemos dicho, el

primer paso, una vez obtenidos los resultados de la prospección, consiste en estudiar el tamaño del yacimiento, bien en términos absolutos o en función de las distancias entre los centros principales para determinar cuáles son dominantes y cuáles subordinados. Esto lleva a la elaboración de un mapa que identifique los principales centros independientes y la extensión del territorio que los circunda.

Sin embargo, la exclusiva confianza en el tamaño puede dar lugar a errores, es necesario buscar otros indicadores de cuáles eran los centros primarios. El mejor modo es tratar de descubrir cómo se veía a sí misma y a sus territorios la sociedad en cuestión. Podría parecer una tarea imposible a no ser que recordásemos que en la mayoría de las sociedades estatales existe algún tipo de documento escrito. Ya hemos señalado su inmenso valor para el arqueólogo. Hay que insistir en su utilidad, no tanto para comprender lo que la gente creía y pensaba —ése es el tema del Capítulo 10— como para proporcionarnos datos relativos a cuáles eran los centros principales. Las fuentes escritas pueden



La Grecia del Bronce Final: el mapa elaborado según la *Iliada* de Homero (parte superior) coincide en gran medida con el mapa territorial (parte inferior) basado únicamente en datos arqueológicos.

mencionar diversos lugares, identificando su posición jerárquica. Por tanto, la tarea del arqueólogo consiste en encontrar esas menciones, por lo general con el descubrimiento de una inscripción concreta que mencione el nombre del yacimiento oportuno —por ejemplo, podríamos esperar la aparición de una inscripción de este tipo en cualquier ciudad importante del Imperio Romano—. En los últimos años, el desciframiento de los jeroglíficos mayas ha revelado nuevas evidencias de este tipo (ver cuadro).

Sin embargo, en ciertos casos, los textos no proporcionan indicaciones directas y explícitas de la jerarquía de los yaci-

LOS TERRITORIOS MAYA



Los mayas clásicos de las tierras bajas en el primer milenio DC, erigieron grandes estelas de piedra en los centros principales para registrar, entre otras cosas, los acontecimientos de su historia dinástica. Uno de estos monumentos, la Estela A de la ciudad de Copán, fechada en el 731 DC, presenta “glifos emblemáticos” que designan a cuatro ciudades mayas: Copán, Tikal, Calakmul y Palenque. Parece que éstos eran los centros hegemónicos, controlando cada uno un vasto territorio. La presencia en estas regiones de una jerarquía cuádruple de asentamientos lo demuestra. El asentamiento inferior o de cuarto nivel presenta en sus estelas el glifo emblemático del centro del tercer nivel al que está sometido, éste menciona al del segundo nivel y éste, a su vez, muestra el glifo del centro supremo. Joyce Marcus, americana, ha reconstruido la distribución de los distintos glifos en estos centros y elaborado un mapa que señala los territorios políticos del momento. Durante los años en torno al 731 DC, también había dos unidades compuestas por centros secundarios y de nivel inferior: las regiones de Yaxchilán y de Petexbatún, que también se convirtieron en estados regionales.



Copán



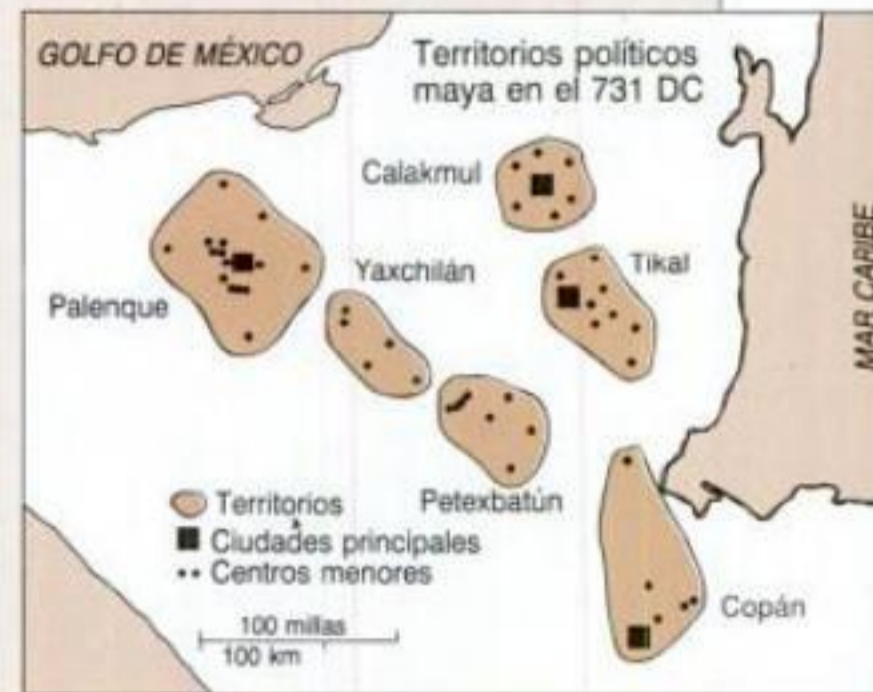
Tikal



Calakmul



Palenque



La Estela A de Copán (izquierda) y los glifos emblemáticos (parte superior izquierda) encontrados en ella, que mencionan cuatro ciudades mayas —que ayudaron a crear el mapa de los territorios políticos maya, en torno al 731 DC.



ESCALA MULTIDIMENSIONAL (MDSCAL)

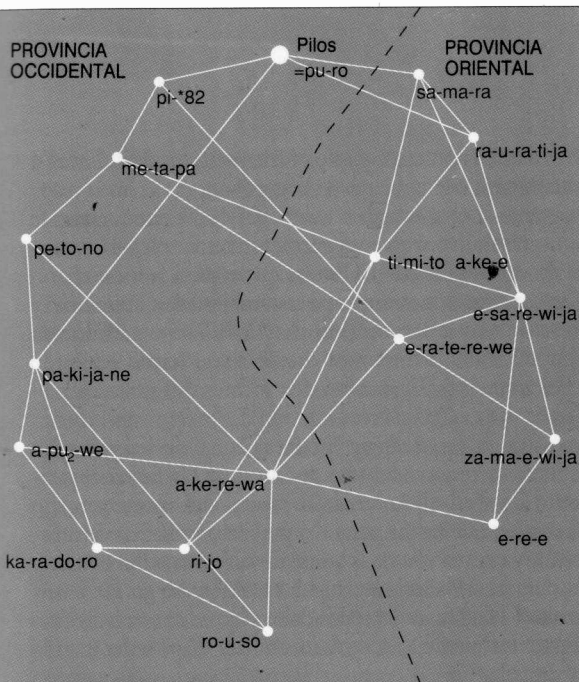
La escala multidimensional (MDSCAL) es una técnica estadística multivariante que, al igual que el análisis factorial y el de conglomerados, trata de simplificar la información compleja. El objetivo es desarrollar una estructura espacial a partir de datos numéricos. El punto de partida es una serie de unidades y algún tipo de cálculo o estimación de la distancia entre ellas (a menudo, en función de la similaridad y diferenciación, en la que una diferencia importante se trata casi del mismo modo que una gran distancia). El método permite conseguir la mejor ordenación (por lo general en dos dimensiones) de las diver-

sas unidades según sus semejanzas o diferencias. Un aspecto interesante de este método es que no necesita predicciones totalmente cuantitativas de las semejanzas y diferencias: basta saber, para cada unidad, cuál es la más próxima, luego la siguiente y así sucesivamente. Por esta razón, se denominan algunas veces a este método escala multidimensional no métrica. El inglés John Cherry hizo un uso ingenioso de este enfoque que puede servir de ejemplo. Se trataba de reconstruir de algún modo la geografía del reino micénico de Pilos, en Grecia (1200 AC, aprox.). Los datos del programa informático

	a-ke-re-wa	a-pu ₂ -we	e-ra-te-re-we	e-re-e	e-sa-re-wi-ja	ka-ra-do-ro	me-ta-pa	pa-ki-ja-pi	pe-to-no	pi-*82	pu-ro	ra-u-ra-ti-ja	ri-jo	ro-u-so	sa-ma-ra	ti-mi-to a-ke-e	za-ma-e-wi-ja
a-ke-re-wa		1	1	1	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1	0	1	0
a-pu ₂ -we			0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0
e-ra-te-re-we				0	1	0	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
e-re-e					1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
e-sa-re-wi-ja						0	0	0	0	0	1	0	0	1	1	1	
ka-ra-do-ro							0	1	0	0	0	1	1	0	0	0	
me-ta-pa								0	1	1	0	0	0	0	1	0	
pa-ki-ja-pi									1	0	1	0	0	1	0	0	
pe-to-no										0	0	0	0	0	0	0	
pi-*82											1	0	0	0	0	0	
pu-ro (= Pilos)												1	0	0	1	0	
ra-u-ra-ti-ja													1	0	1	0	
ri-jo														0	0	1	0
ro-u-so															0	0	0
sa-ma-ra																1	0
ti-mi-to a-ke-e																	0
za-ma-e-wi-ja																	

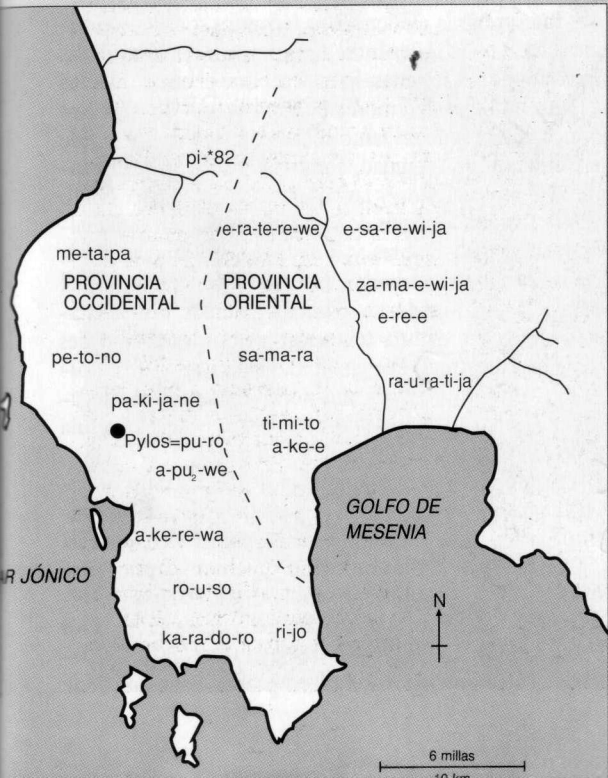
Tabla ("matriz de incidencia") que expone 17 de las ciudades registradas en las tablillas halladas en Pilos y cuyos nombres aparecen conjuntamente en la misma tablilla (1=vínculo indicado; 0=sin vínculo).

procedían casi por completo de los archivos del palacio registrados en las tablillas de arcilla encontradas en Pilos. Las tablillas, que mencionan numerosos topónimos, no proporcionan ninguna información geográfica directa, aunque contienen suficientes indicios sobre la situación aproximada de algunos lugares como para haber permitido realizar mapas hipotéticos. El planteamiento de Cherry implicaba un supuesto interesante: que si dos o más topónimos aparecían en la misma tablilla, probablemente estaban próximos el uno al otro. De este modo, estudió la frecuencia con la que se registraban en las tabletas ciertos topónimos y luego creó una tabla (o "matriz de incidencia") que mostraba su concurrencia en tablillas individuales. El ordenador comenzó a trabajar y dio como resultado una configuración espacial basada en estos datos. Teniendo en cuenta que el mapa MDSCAL muestra las relaciones más que las distancias, Cherry pudo comparar su configuración con las posiciones de los mismos yacimientos, sugeridas por otros investigadores, en un mapa geográfico real del área en cuestión. Aunque los resultados siguen siendo hipotéticos en esta fase y han de ser contrastados con nuevos descubrimientos de campo, existen ciertas similitudes interesantes entre el mapa MDSCAL y el geográfico. El ordenador fue capaz de dividir las ciudades entre las dos provincias del reino. También confirmó gran parte de la disposición de norte a sur de las ciudades de la provincia oriental, Pilos aparte. Así, tanto en el mapa MDSCAL como en el geográfico, pi-*82 es la ciudad más septentrional, seguida de me-ta-pa, etc. Pilos aparece inesperadamente en la parte superior del mapa MDSCAL, debido probablemente a que, como "capital" del reino, sus interacciones eran de un tipo diferente al de las ciudades satélites. Sin embargo, el aspecto esencial es que Cherry utilizó la información relativa a las relaciones entre pares de unidades (en este caso, de lugares mencionados en las tablillas) para crear una configuración espacial ordenada de esas unidades. Ésta es la esencia de la escala multidimensional no métrica.



Resultado del MDSAL o mapa creado a partir de la información de la matriz de incidencia, que muestra las relaciones generales entre las ciudades más que sus distancias. El ordenador ha reproducido con éxito la división de las ciudades en dos provincias, con una disposición de norte a sur en la provincia occidental similar a la del mapa geográfico.

Mapa geográfico del territorio de Pilos, con las ciudades situadas de forma aproximada por John Chadwick con base en evidencias arqueológicas convencionales, entre otras. La línea de puntos señala la división conocida del reino en dos provincias.



mientos. Pero, en ocasiones, se pueden utilizar los topónimos de los archivos para elaborar un mapa hipotético mediante la escala multidimensional —una técnica informática que reconstruye la distribución espacial a partir de datos numéricos—. Parte de la base de que los nombres que aparecen juntos con gran frecuencia en el registro escrito son los de los lugares más próximos entre sí. El arqueólogo británico John Cherry ha elaborado un mapa de este tipo de los territorios del antiguo estado micénico de Pilos, en Grecia (en torno al 1200 AC) (ver cuadro de la página siguiente).

A veces, se pueden utilizar incluso los mitos y leyendas de modo sistemático para elaborar una imagen geográfica coherente. Por ejemplo, Denys Page utilizó el llamado “Catálogo de las Naves” de la *Iliada* homérica, que indica el número de barcos que envió a la Guerra de Troya cada uno de los centros griegos, para trazar un mapa político aproximado de la época. Resulta interesante compararlo con un mapa elaborado con base, únicamente, en datos arqueológicos de los yacimientos fortificados y los centros palaciales de la Grecia micénica: las perspectivas histórica y arqueológica coinciden perfectamente.

Sin embargo, por lo general, se ha de deducir la jerarquía de yacimientos con métodos arqueológicos más directos, sin confiar en los textos escritos. Se puede inferir mejor la presencia de un centro “de primer orden”, como la capital de un estado independiente, a partir de indicios claros de organización centralizada, a una escala no superada en otra parte y comparable a la de otros centros de primer orden de estados equivalentes.

Uno de estos indicios es la existencia de un archivo (aunque no entendamos nada de lo que dice) o de otros indicadores de una organización centralizada. Por ejemplo, muchas economías controladas utilizaron sellos para imprimir sobre arcilla, como señaladores de propiedad, origen o destino. El hallazgo de algunos de estos materiales puede indicar la existencia de una actividad organizadora. En efecto, la misma práctica de la escritura y la expresión simbólica son tan importantes para la organización que esta clase de indicios son de gran relevancia.

Otro indicador de *status* central es la presencia de edificios de forma regular cuya vinculación a funciones centrales de alto nivel sea conocida. Por ejemplo, en la Creta minoica se interpreta de este modo el plano “palacial” en torno a un patio central. Por lo tanto, a un palacio relativamente pequeño (p. ej., Zakros) se le atribuirá un *status* que no tiene un asentamiento mayor que carezca de esas construcciones (p. ej., Palaikastro).

La misma observación es aplicable a los edificios de función ritual porque, en la mayoría de las sociedades primitivas, el control de la administración y el de la práctica religiosa estaban estrechamente vinculados. De esta forma, un

enorme zigurat de Mesopotamia de la época sumeria o una gran plaza con templos-pirámide en las tierras bajas de los mayas indican un *status* elevado.

A falta de estos signos evidentes, el arqueólogo debe recurrir a los artefactos que sugieran la función de un centro importante. Es necesario, sobre todo, en las prospecciones superficiales, en las que puedan no estar claras las plantas de los edificios. Así, en las prospecciones de Irak, los investigadores que estudian el período Dinástico Inicial, como Robert Adams y Gregory Johnson, han utilizado los pináculos de terracota de los muros como indicadores de un *status* "mayor de lo esperado" en los yacimientos pequeños en los que aparecen. Los pináculos, que se sabe forman parte de la decoración de templos y otros edificios públicos de la región, hacen pensar que estos yacimientos menores pudieron haber sido centros administrativos especializados.

Entre otros criterios arqueológicos utilizados a menudo para señalar el *status*, se encuentran las fortificaciones, así como la existencia de cecas en los territorios en que se utilizaba la moneda.

Sin duda, cuando se estudia la jerarquía de los asentamientos, no se pueden analizar los yacimientos aisladamente sino en relación a otros. Ésta es una de las prácticas elementales de la geografía política.

Funciones del Centro

En una sociedad organizada jerárquicamente, conviene estudiar en profundidad las funciones del centro, teniendo en cuenta la posible existencia de factores como la monarquía, la organización burocrática, la redistribución y almacenaje de bienes, la organización del ritual, la especialización artesanal y el comercio exterior. Todos ellos ofrecen perspectivas nuevas del funcionamiento de la sociedad.

Ahora, como antes, el enfoque más adecuado es la prospección intensiva del territorio ocupado por el centro y sus proximidades, junto con una excavación a la mayor escala posible. De nuevo, éste es un problema de muestreo, donde la consecución del objetivo debe estar equilibrada con los limitados recursos de tiempo y dinero. En el caso de centros pequeños, de sólo unas pocas hectáreas de extensión, será adecuada una prospección intensiva del área. Pero en los yacimientos muy amplios es necesario un planteamiento diferente.

Yacimientos Abandonados. Muchos de los proyectos urbanos más ambiciosos han sido llevados a cabo en yacimientos abandonados o en otros donde la ocupación actual no tiene carácter urbano y no dificulta seriamente la investigación. (Los problemas de los yacimientos de ocupación continua, es decir, aquellos que siguen siendo en la actualidad centros importantes serán examinados más adelante.) Lo

primero que se necesita, y que puede presentar dificultades si el yacimiento está cubierto de vegetación, es un buen mapa topográfico a una escala en torno al 1:1000, aunque puede que no resulte conveniente en yacimientos con una extensión de varios kilómetros. Este mapa señalará la localización de las construcciones importantes visibles en la superficie y algunas de ellas serán seleccionadas para un topografiado más preciso. En los yacimientos donde ya se hayan realizado excavaciones intensivas se pueden incluir sus resultados.

Estos mapas topográficos son uno de los logros más beneficiosos de la arqueología moderna; uno de los ejemplos más interesantes es el estudio de Salvatore Garfie en el yacimiento de Tell-el-Amarna, la capital del faraón egipcio Akhenatón, que forma parte del proyecto británico de prospección y excavación de la zona. El yacimiento fue ocupado sólo durante 13 años en el siglo XIV AC y luego fue abandonado. Los edificios eran de adobe y no se conservan como estructuras superficiales, de forma que el mapa se ha trazado con dificultad en el curso de las excavaciones de todo un siglo. En el Nuevo Mundo, ha habido varios trabajos de escala similar, siendo uno de los más notables el gran proyecto de la Universidad de Pennsylvania para la elaboración del mapa de la ciudad maya de Tikal, estando en marcha en la actualidad trabajos semejantes en varios yacimientos mayas. Sin embargo, puede que el proyecto más ambicioso de todos haya sido la prospección del centro urbano más grande de México, Teotihuacán (ver Capítulo 3).

La elaboración de un mapa topográfico es sólo la primera fase. Interpretar la evidencia en términos sociales significa que se debe establecer inmediatamente la función de las construcciones descubiertas, lo cual supone el estudio de los principales edificios ceremoniales y públicos —los templos desempeñan una función tanto social como religiosa— y de otros elementos de la ciudad, como las áreas de manufactura artesanal especializada y las construcciones residenciales. Las diferencias en los tipos de viviendas revelarán desigualdades entre ricos y pobres y, por tanto, un aspecto de la jerarquía social. Sin embargo, muchas veces resulta difícil establecer la función de los edificios grandes y supuestamente públicos y es una tentación atribuirles finalidades con base en conjeturas. Por ejemplo, el excavador de Cnosos, Creta, sir Arthur Evans, dio nombre, como "el Megarón de la Reina", a algunas de sus salas sin poseer ninguna justificación para la aplicación de ese término.

Un medio de comenzar a estudiar detalladamente la ciudad es la prospección intensiva de los materiales de superficie. En Teotihuacán se utilizó el mapa topográfico (a escala 1:2000) como base de un muestreo superficial a pie: prospectores cualificados cubrieron todo el yacimiento, caminando separados por unos pocos metros, y recogieron todos los bordes, fondos, asas y otros fragmentos y objetos especiales que veían. George Cowgill ha procesado los datos de

Teotihuacán en un ambicioso proyecto informático. De este modo, se puede realizar un mapa de la distribución espacial de tipos específicos de artefactos y hacer deducciones sobre los patrones de ocupación en épocas distintas.

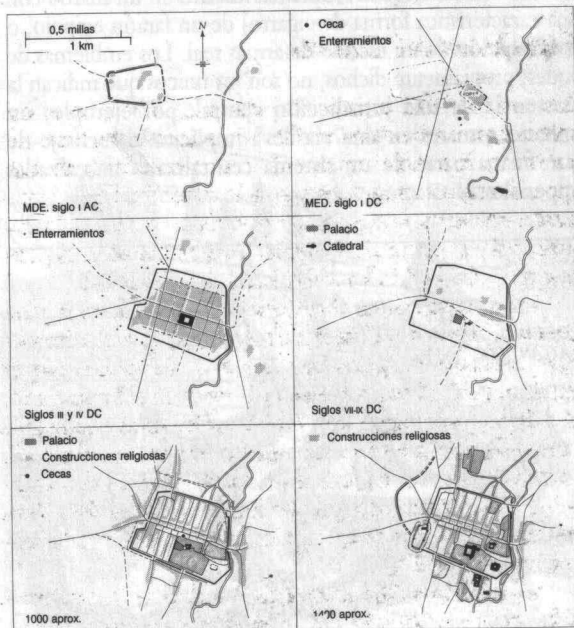
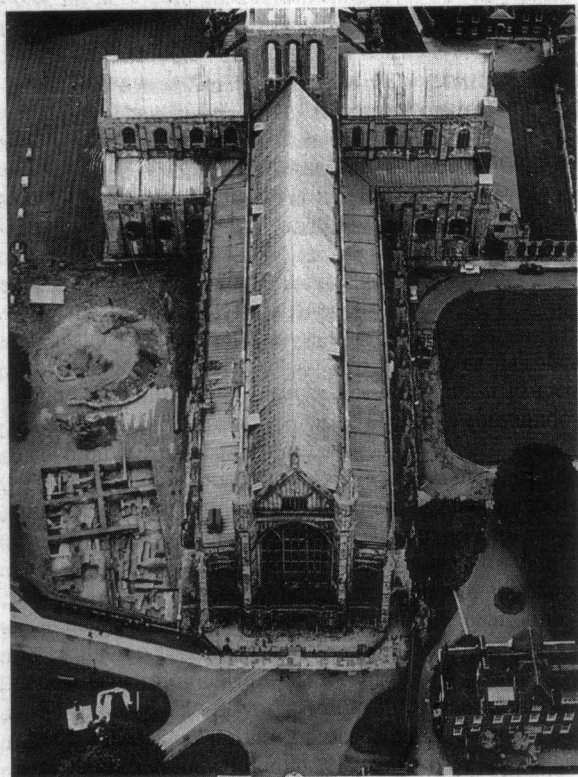
Un nivel superior de prospección intensiva puede ser la combinación de un examen superficial y una excavación selectiva realizada en Tell Abū Salabikh, descrita en el Capítulo 3, que dio a conocer la mayor área de viviendas conocida en ningún yacimiento del tercer milenio AC del sur de Irak.

Sin embargo, una excavación a gran escala requerirá, por lo general, de un centro importante, como una ciudad. Algunas de las excavaciones más famosas y fructíferas de principios de siglo han sido de este tipo, desde Mohenjodaro, en el Valle del Indo, lo que hoy es Pakistán, hasta la ciudad bíblica de Ur, en el Irak actual.

Con suerte, el estado de conservación del último período ocupacional será bueno. Si el yacimiento está situado en las proximidades de un volcán, esta última fase muy bien puede estar magníficamente conservada por ceniza y lava volcánicas. Pompeya, en el sur de Italia, y Akrotiri, en la isla volcánica griega de Thera (Santorín), han sido mencionadas en capítulos anteriores como ejemplos de ciudades sepultadas y conservadas para la posteridad, pero hay otras: por ejemplo, Cuicuilco era la gran rival de Teotihuacán en el

Valle de México hasta que las erupciones volcánicas la destruyeron hace unos 2.000 años. Sin embargo, en estas circunstancias extremas puede que no resulte posible realizar un mapa topográfico preliminar, ya que las construcciones estarán sepultadas a demasiada profundidad como para destacar en la superficie.

Yacimientos Ocupados. Los problemas son similares, aunque mucho más difíciles en la práctica, en los lugares con una ocupación continua: los antiguos centros que siguen siendo ciudades hoy en día y que poseen, por tanto, no sólo una serie estratigráfica compleja, sino también edificios modernos sobre o en torno al yacimiento. En estos casos, el planteamiento ha de ser a largo plazo, aprovechando todas las oportunidades ofrecidas por la limpieza de un solar para una nueva construcción y perfilando un patrón de hallazgos que pueda adquirir una forma coherente en su día. Esta ha sido más o menos la historia de la arqueología urbana en Gran Bretaña y Europa, donde las ciudades romanas y medievales suelen estar sepultadas bajo los restos de las modernas. En cierto modo, es una especie de muestreo, pero uno en el que el lugar donde se toma la muestra no es elegido por el investigador, sino que es determinado por su disponibilidad. La labor de la "Winchester Research Unit" en el sur de Inglaterra, entre 1961 y 1971,



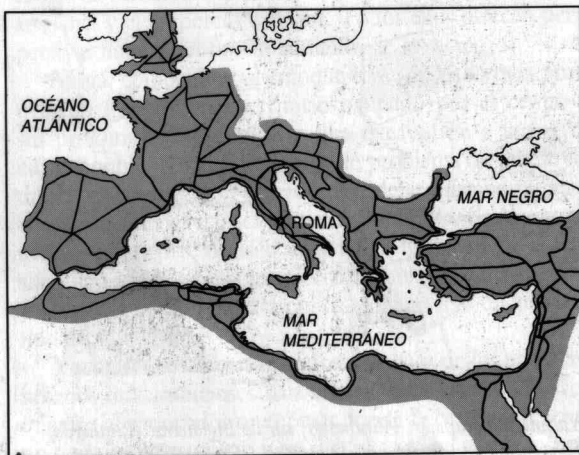
Yacimiento ocupado: Winchester, sur de Inglaterra. (Izquierda) Excavación en marcha bajo la catedral. (Encima) El complejo desarrollo de la ciudad hasta el 1400 DC, basado en una década de excavaciones y en muchos años de análisis posterior. El área habitada aparece en marrón.

constituye un buen ejemplo. Fue posible rastrear la historia de las antiguas construcciones excavando bajo la catedral actual. Los datos de trabajos arqueológicos anteriores, junto con las excavaciones más recientes, han proporcionado una buena perspectiva de las ciudades romana, sajona y medieval que se ocultan bajo la actual ciudad de Winchester.

En el Capítulo 14 se discutirá el tema de la arqueología de urgencia o de rescate en los yacimientos urbanos y otros lugares amenazados de destrucción.

La Administración Fuera del Centro Primario

La investigación de los mecanismos de organización no tienen por qué limitarse a las capitales: fuera de estos centros principales puede haber muchos indicios que apunten a una administración centralizada. Por ejemplo, resulta útil la búsqueda de evidencias de administración. Quizá las más obvias sean los sellos de arcilla hallados en centros secundarios donde se concentra el sistema de redistribución. También son útiles otros signos de la autoridad central, como el sello imperial en cualquier imperio, o emblemas reales como el cartucho (el nombre del monarca inscrito en un marco con una característica forma de cigarro) de un faraón egipcio, o la exhibición de un escudo de armas real. Los emblemas de poder, propiamente dichos, no son los únicos que indican la existencia de una jurisdicción central: por ejemplo, un miliario romano en una vía lleva implícito el mensaje de que forma parte de un sistema centralizado de calzadas imperiales.



La administración fuera del centro primario: la compleja red viaria del Imperio Romano (en torno al 150 DC) proporciona indicios claros de la existencia de una administración centralizada.

Una segunda aproximación consiste en observar la *uniformización de los pesos y medidas* (ver el apartado Medir el Mundo del Capítulo 10). Esta uniformización se encuentra en los sistemas económicos más centralizados. En muchos casos, las unidades tipo también llegar a ser utilizadas fuera de las fronteras de ese estado concreto.

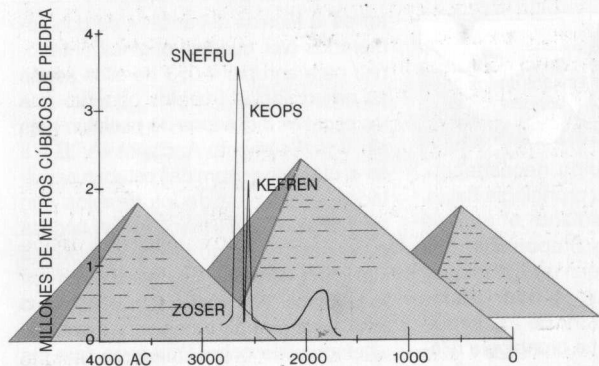
La existencia de un buen *sistema viario* es fundamental para la administración de cualquier imperio con una base territorial, aunque es menos significativo para una nación más pequeña que pueda ser recorrida a pie por un ejército en el transcurso de un par de días. El sistema viario del Imperio Romano proporciona los indicios más claros de una administración central y los seguiría proporcionando aunque no se dispusiese de textos escritos. (La red de carreteras inca indica la centralización de una sociedad sin este tipo de registros.)

Los indicios claros del ejercicio del poder militar pueden dar la perspectiva más directa posible de la realidad de la administración: muchas veces, el control del territorio depende en gran medida del poderío militar. Las obras defensivas a gran escala ofrecen evidencias similares y señalan fronteras decisivas. La Gran Muralla China, iniciada a finales del siglo III AC, es quizá el ejemplo más conocido.

La Investigación de la Jerarquización Social

Los contrastes entre ricos y pobres en cuanto a propiedad, acceso a recursos u otras ventajas y *status* son la esencia de una sociedad y un gobierno centralizados. Por lo tanto, el estudio de la organización social de las sociedades complejas es, en gran medida, el de la jerarquización social.

Residencias de la Elite. Las construcciones residenciales pueden indicar notorias diferencias de *status*. Las edificaciones vastas y grandiosas, o "palacios", son un rasgo distintivo de muchas sociedades complejas, y pueden haber alojado a miembros de la elite social. La dificultad surge al tratar de demostrar si era así en realidad. Por ejemplo, entre los mayas, recientes investigaciones han demostrado que el término "palacio" es demasiado amplio, abarcando una serie de construcciones que tenían funciones diferentes. Tal vez, la mejor solución sea combinar el estudio detallado de la propia construcción (su arquitectura, la localización de los distintos artefactos) con la investigación etnoarqueológica o etnohistórica. David Freidel y Jeremy Sabloff lo hicieron con éxito en su análisis de la isla de Cozumel, cerca de la costa este de la península mexicana del Yucatán. Utilizando descripciones españolas del siglo XVI de las residencias de la elite, pudieron identificar construcciones con una arquitectura similar en el registro arqueológico precolombino y que databan de un par de siglos antes. Las excavaciones de comprobación ayudaron a aclarar las funciones de los edificios.



El colosal esfuerzo constructivo requerido para erigir las pirámides refleja la centralización del poder en manos de faraones como Zóser, Snefru, Keops y Kefren.

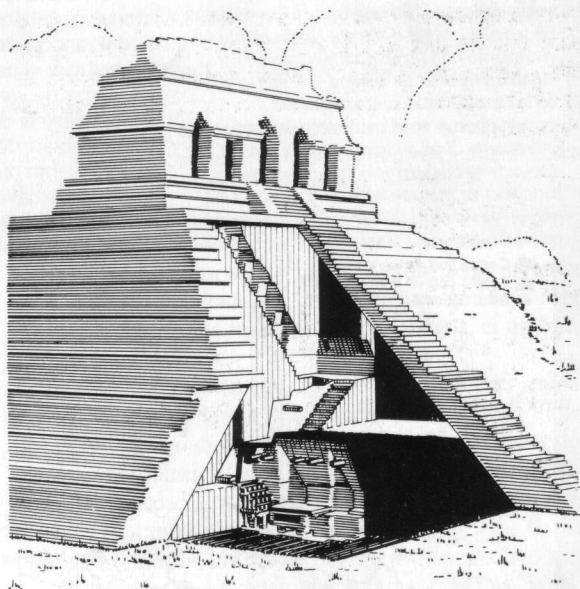
Gran Riqueza. La misma existencia de grandes riquezas, si se puede deducir que estaban asociadas a individuos concretos, es un indicio claro de *status* elevado. Por ejemplo, los tesoros de la segunda ciudad de Troya, desenterrados (o al menos eso afirmó) por Heinrich Schliemann en 1873, indicarán una diferenciación considerable en la propiedad de la riqueza. El tesoro incluía joyas de oro y plata, así como vasos que, casi sin ninguna duda, estaban destinados al uso personal, quizá en acontecimientos públicos.

Representaciones de la Elite. Sin embargo, quizá más impresionantes que las riquezas sean las propias representaciones de individuos de *status* elevado, bien sean esculturas, relieves, decoraciones murales o de cualquier otro tipo. La iconografía del poder se estudiará más a fondo en el Capítulo 10, pero en gran medida, es nuestra aproximación más inmediata a las cuestiones sociales. Aunque estas imágenes no aparecen con frecuencia, no es raro encontrar emblemas simbólicos de la autoridad, como los cartuchos egipcios, a los que se podrían añadir artefactos como cetros reales o espadas.

Enterramientos. Sin duda, la mayor cantidad de datos relativos a la jerarquización en las sociedades centralizadas, así como en las no centralizadas, procede del enterramiento y del ajuar que lo acompaña. Como hemos explicado en el apartado sobre sociedades segmentarias, es un buen planteamiento examinar la inversión de trabajo realizada en la construcción de los monumentos funerarios y sus implicaciones sociales. Las construcciones de este tipo más grandes y famosas son las pirámides de Egipto, de las que aún existen más de 80. A un nivel de análisis más simple, representan un alarde de riqueza y poder por parte de los miembros de mayor rango de la sociedad egipcia: los faraones. Pero los trabajos del arqueólogo británico Barry Kemp y del americano Mark Lehner, entre otros, comienzan a arrojar luz

sobre las implicaciones sociales y políticas de este derroche de esfuerzo —que supuso, en el caso de la gran pirámide de Gizeh, el transporte de unos 2,3 millones de bloques de caliza, de entre 2,5 y 15 toneladas de peso cada uno, durante los 23 años de reinado del faraón Keops (2589-2566 AC)—. Como muestra el diagrama adjunto, hubo un período breve de máxima actividad constructiva de pirámides, superior a los momentos inmediatamente anteriores y posteriores. El período cumbre de esta actividad señala el máximo aprovechamiento de los recursos por un estado muy centralizado. ¿Qué pasó después? Kemp ha afirmado que la reducción en la construcción de pirámides coincide de forma significativa con una transferencia de recursos sociales y económicos a las provincias.

Las pirámides y otros monumentos funerarios no son las únicas fuentes de información respecto a la organización y jerarquización sociales en el antiguo Egipto. A menudo se han recuperado ajuares funerarios, siendo los más espectaculares los pertenecientes al faraón-niño Tutankamon (cuadro, Capítulo 2). Ni, por supuesto, fueron los antiguos egipcios los únicos en construir monumentos para sus soberanos muertos y en enterrar con ellos los artefactos más valiosos. En el Nuevo Mundo tenemos, por ejemplo, el Templo de las Inscripciones de Palenque, que escondía en su interior la tumba del dirigente de la ciudad



Sección del Templo de las Inscripciones de Palenque, México, que muestra en su base la oculta cámara sepulcral del Señor Pacal, soberano de esta ciudad maya, que murió en el año 683 DC, como sabemos por las inscripciones del yacimiento.

ANÁLISIS SOCIAL EN MOUNDVILLE



Durante su apogeo, en los siglos XIV y XV DC, Moundville era uno de los mayores centros ceremoniales de la cultura norteamericana del Mississippi. El yacimiento toma su nombre de un impresionante conjunto de 20 túmulos construidos en un área vallada con una extensión de 150 ha, en los bancos del río Black Warrior, en el área centro-occidental de Alabama. Moundville fue excavado por primera vez ya en 1840, pero las excavaciones principales no tuvieron lugar hasta este siglo, concretamente las de C.B. Moore en 1905 y 1906 y las de D.L. DeJarnette en los años 30. Más recientemente, Christopher Peebles y sus colegas han combinado la prospección sistemática con la excavación puntual y la revisión de los trabajos anteriores para realizar un estudio social del yacimiento.

Transformación del patrón de asentamiento en la región de Moundville. En la Fase I, Moundville era simplemente un yacimiento con un solo túmulo, como otros lugares similares de la zona. Sin embargo, en la Fase II, había crecido mucho, convirtiéndose en el centro regional más importante. Tras su apogeo en la Fase III, Moundville desapareció como yacimiento significativo durante la Fase IV, cuando la región ya no tenía un centro hegemónico.

Peebles y su equipo necesitaban, antes que nada, una cronología fiable. La consiguieron mediante el análisis cerámico de Vincas Steponaitis, que realizó en primer lugar un estudio de seriación (ver Capítulo 4) de todas las vasijas de una muestra de los sepulcros del yacimiento. La cronología relativa resultante fue comparada entonces con las cerámicas excavadas de contextos estratigráficos conocidos,

Paleta de pizarra (Moundville) con un motivo inciso de una mano con un ojo entre dos serpientes de cascabel entrelazadas y con cuernos. Diámetro, 32 cm.



cuyas fechas radiocarbónicas ayudaron a transformar el esquema en una cronología absoluta.

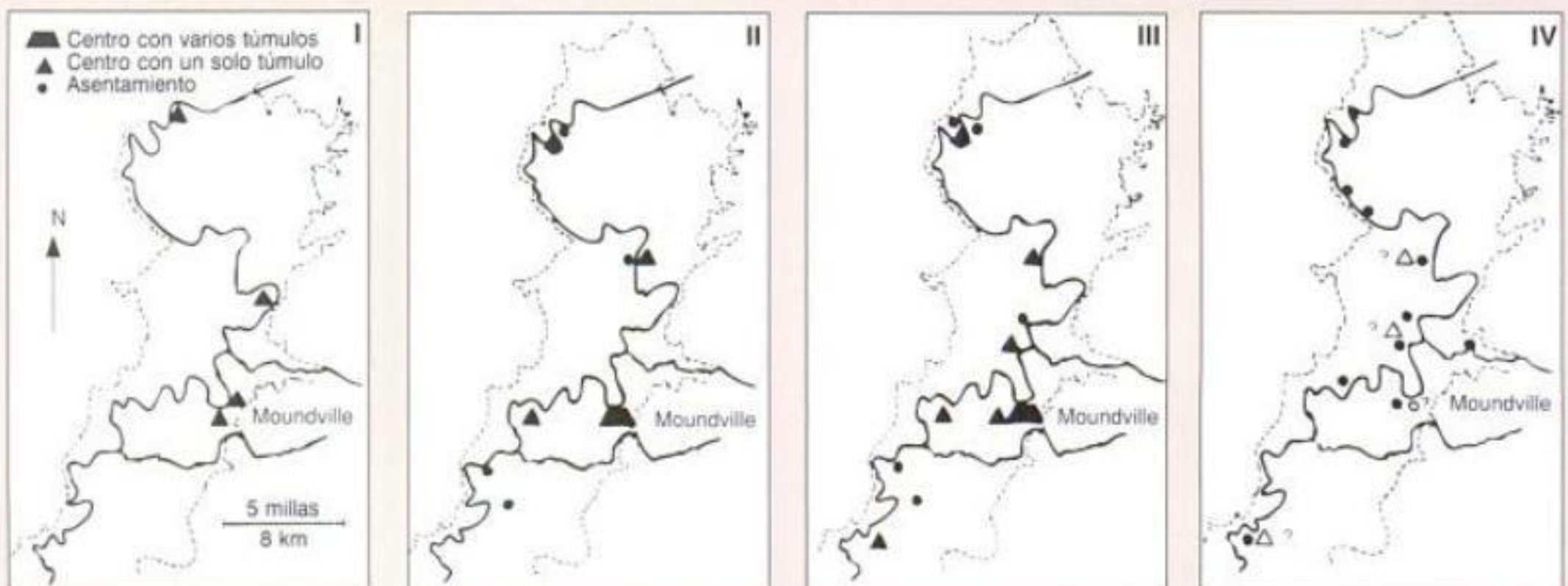
Utilizando este mapa, resultaba posible estudiar el desarrollo del yacimiento a lo largo de varias fases. La prospección preliminar de los yacimientos vecinos también determinó el patrón de asentamiento regional de cada etapa.

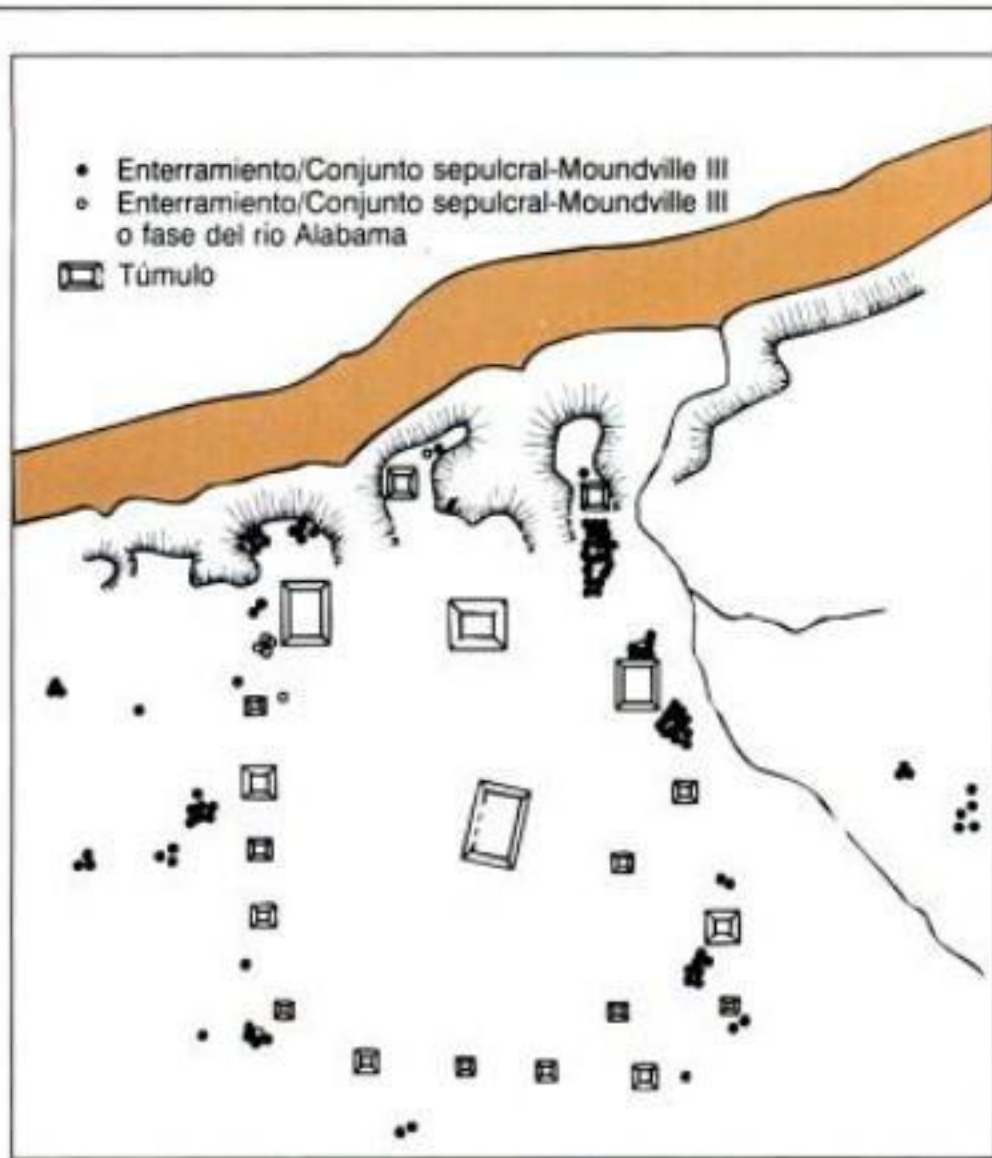
Se han excavado más de 3.000 enterramientos en Moundville, y Peebles

aplicó la técnica del análisis de conglomerados (ver cuadro, páginas anteriores) para agrupar 2.053 de ellos según su rango social. Peebles observó que los escasos individuos de posición más elevada (Segmento A: clases IA, IB y II en el diagrama piramidal) estaban sepultados en o cerca de los túmulos con artefactos exclusivos, como las hachas o los pendientes de aro de cobre. Los individuos de rango inferior del Segmento B (Clases III y IV) tenían sepulcros no tumulares con algún ajuar, aunque sin artefactos de cobre, mientras que los del Segmento C, sepultados en la periferia, poseían un ajuar escaso o nulo.

Peebles encontró diferencias interesantes según el sexo y la edad: los siete individuos de la Clase IA, el vértice de la pirámide social, eran todos ellos adultos, probablemente varones, los de la Clase IB eran hombres adultos y niños, mientras que la Clase II se componía de individuos de ambos sexos y de todas las edades. Parece evidente que los hombres adultos poseían el *status* más elevado. La presencia de niños en la Clase IB hace pensar que habían heredado su alto *status* por nacimiento.

Todavía queda mucho que decir sobre el trabajo de Moundville. Pero queda claro cómo se dan cita las diversas dimensiones de información, ya examinadas, para sugerir una organización regional con una jerarquía muy notable de yacimientos, controlada por una comunidad muy jerarquizada en el propio Moundville —y a la que Peebles denomina jefatura.





Fase III de Moundville, 1400-1500 DC, cuando el centro ceremonial estaba en su apogeo.



Jerarquización social de Moundville representada en forma de pirámide y basada en un análisis de conglomerados de 2.053 enterramientos. Los artefactos catalogados junto a cada grupo (Clases I-X) pertenecen a ajuares funerarios.

maya, el Señor Pacal, que murió en el año 683 DC y fue sepultado con su soberbia máscara de mosaico de jade. A su vez, las importantes excavaciones de Copán, Honduras, han puesto recientemente al descubierto la espléndida tumba de un noble maya bajo la famosa Escalinata de los Jeroglíficos.

En muchas civilizaciones antiguas, el poder último y el rango del soberano fallecido eran acentuados por el sacrificio ritual de los sirvientes reales, que eran sepultados con el monarca. Se han puesto de manifiesto estos ritos funerarios en las Tumbas Reales sumerias de Ur, en el Irak actual, y en los enterramientos de la dinastía Shang en Anyang, China. El gran ejército de guerreros de terracota sepultado cerca de la tumba del primer emperador chino Qin Shi Huangdi, representa una evolución de esta práctica, en la que representaciones sustituyen a los miembros del verdadero ejército imperial.

También hay muchos ejemplos de enterramientos de la elite en las sociedades estatales de menor escala y en las jefaturas. Una de las excavaciones mejor dirigidas en la Alemania occidental durante los últimos años, ha sido la de la tumba de un jefe celta en Hochdorf, fechada en el siglo VI AC, en la que Jorg Biel recuperó minuciosamente los restos desmontados de un carro, vasos y otros muchos artículos funerarios, incluyendo un diván de bronce con ruedas sobre el que yacía el jefe muerto, cubierto con joyas de oro de la cabeza a los pies. Las Tumbas de Pozo de la Grecia micénica y el enterramiento anglosajón en barco de Sutton Hoo, en Inglaterra (cuadro, Capítulo 3) son descubrimientos similares de la primeras generaciones de arqueólogos.

Sin embargo, todos estos enterramientos notables son de individuos especialmente poderosos dentro de sus sociedades. Para conseguir una imagen más comprensible de una sociedad jerarquizada es necesario tener en cuenta las costumbres funerarias de toda ella. En muchos casos ha resultado posible descubrir algo sobre la elite que tenía un rango inferior al del soberano. La investigación llevada a cabo durante muchos años en Moundville, Alabama, es un buen ejemplo (ver cuadro).

Indudablemente, hay un campo más amplio para realizar investigaciones de la estructura social en el análisis de las necrópolis de las sociedades jerárquicas. Hasta ahora, los estudios más sofisticados de cementerios se han concentrado en las sociedades menos centralizadas, como ya vimos en un apartado anterior. Los datos de las necrópolis de los primeros períodos históricos del Viejo Mundo han sido estudiados convencionalmente con miras a ilustrar los textos históricos existentes o a completar los esquemas tipológicos, como ayuda a la cronología y al estudio de la historia del arte. Sólo ahora constituyen el centro de atención para los estudios relativos a las diferencias de *status* social.

La Investigación de la Especialización Económica

Las sociedades centralizadas se diferencian de las no centralizadas en varios aspectos. Una estructura más centralizada permite una especialización económica mayor, que supone, a su vez, un aumento en la eficacia productiva. La centralización suele estar asociada a una mayor intensificación agrícola, que no sólo permite a la sociedad centralizada tener una mayor densidad de población, sino que también da lugar a un excedente suficiente para sostener a unos artesanos especializados a tiempo completo (frente al tiempo parcial). Un mayor grado de especialización artesanal sólo resulta posible gracias a la capacidad organizadora de una sociedad más centralizada, administrando y promoviendo un incremento en la productividad agrícola.

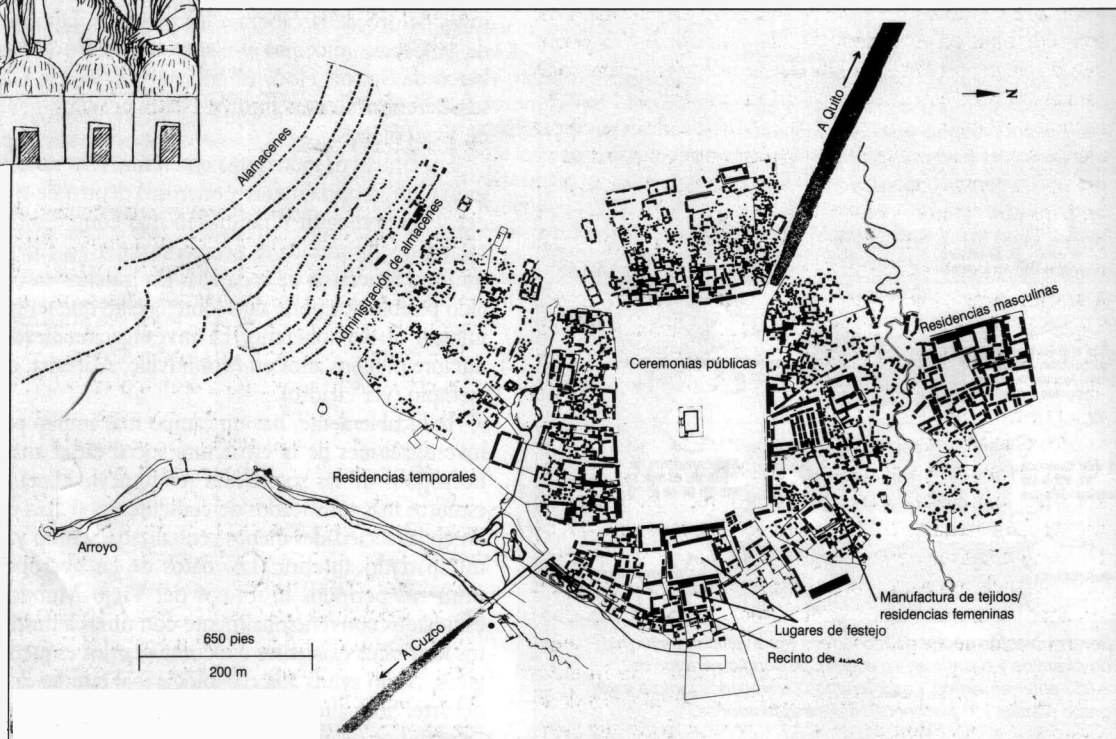
Agricultura Intensiva. En el apartado dedicado a las sociedades segmentarias ya se ha abordado el desarrollo ini-

cial de los nuevos métodos agrícolas para una producción alimentaria más intensiva. En las sociedades centralizadas, se experimenta el proceso en un grado superior, con un interés aún mayor por las técnicas de intensificación del trabajo, como el arado. Además, suelen realizarse por primera vez trabajos públicos importantes, como canales de riego, posibles gracias al poder coercitivo y organizador de una autoridad central. Otro indicador de la creciente intensificación podría ser la reorganización del paisaje rural en unidades más pequeñas, a medida que aumenta la población y disminuye la cantidad de tierra disponible para cada familia.

Impuestos, Almacenaje y Redistribución. Un indicador importante de control centralizado en una sociedad es la existencia de un almacenaje permanente de alimentos y bienes a los que recurrirá periódicamente la autoridad central para alimentar, recompensar y, por tanto, controlar indirectamente a sus guerreros y a la población local. Esto supone que también habrá impuestos, por ejemplo en forma de productos con los que llenar los



Huánuco Pampa, Perú: una capital provincial del Imperio Inca. Los almacenes del yacimiento (a la izquierda, el emperador inca comprueba las cuentas de los almacenes con un funcionario) eran utilizados para atesorar los bienes estatales que más tarde serán distribuidos entre el pueblos en ceremonias públicas celebradas en la plaza central. El análisis del yacimiento por Craig Morris identificó también áreas diferenciadas de artesanos especializados, como un recinto donde las mujeres fabricaban tejidos y cerveza.



almacenes estatales en las sociedades centralizadas: sin ellos, la autoridad dirigente no poseerá riquezas que distribuir. En las jefaturas, los “impuestos” pueden adoptar la forma de ofrendas al jefe, pero en las sociedades más complejas se formaliza por lo general esta obligación. Gran parte de la burocracia estatal se dedicará a la administración de los tributos, y así lo documentan, normalmente, los indicios directos de la existencia aquélla, como los sistemas de registro y contabilidad.

Un buen ejemplo de un proyecto de investigación que ha ayudado a aclarar la interacción entre impuestos, almacenamiento y redistribución en una región del mundo, lo constituye el trabajo del arqueólogo americano Craig Morris en la ciudad de Huánuco Pampa, una capital provincial del Imperio Inca, situada en los Andes a gran altura. Esta ciudad, habitada en la antigüedad por unos 10.000-15.000 individuos, había sido construida de la nada por los incas, como un centro administrativo en el camino real de Cuzco, la capital imperial. Sabemos, a través de las narraciones escritas por los primeros cronistas españoles, que los soberanos incas exigían impuestos en forma de prestaciones de trabajo en la tierra y en proyectos constructivos del estado, incluyendo la edificación de la propia Huánuco Pampa. Muchos de los bienes producidos de este modo se guardaban en almacenes estatales —pero, ¿con qué propósito?—. El minucioso análisis por Morris de una muestra de en torno al 20 % de los más de 500 almacenes de Huánuco, así como de otras construcciones de la ciudad, le llevó a pensar que las patatas y el maíz atesorados se utilizaban sobre todo para abastecer a esta ciudad de altitud tan elevada en la que resultaba difícil la producción de alimentos. Pero la propia ciudad servía para realizar ceremonias muy complejas en su gran plaza central, durante las que tenía lugar un banquete y un consumo ritual de cerveza de maíz, redistribuyéndose así buena parte de la riqueza almacenada entre la plebe local. Como afirma Morris, este aspecto ceremonial de la administración parece haber sido muy importante en las primeras sociedades estatales. El reparto de comida y bebida reforzaba la idea de que la participación en el imperio consistía en algo más que en trabajar las tierras estatales o en luchar en una guerra lejana.

Artesanos Especializados. La importancia creciente de los artesanos especializados es otro indicador de una sociedad centralizada que se puede identificar arqueológicamente. Los artesanos de dedicación plena dejan huellas muy claras, ya que cada oficio tiene su propia tecnología particular y se suele practicar en un lugar diferente de cada área urbana. De nuevo tomaremos como ejemplo a Huánuco Pampa: aunque su producción artesanal era mucho menos avanzada que la de otras ciudades antiguas del mundo, Morris identificó con éxito un núcleo de 50 edificios dedicados a la fabricación de cerveza y tejidos. Miles de jarras

especiales de cerámica y docenas de fusayolas y artículos de tejeduría proporcionaron las pistas arqueológicas; el registro etnohistórico los vinculó a la producción de cerveza y paños y, más concretamente, con una clase social especial de mujeres incas conocidas como *aklla*, que se mantenían segregadas del resto de la población. Morris pudo demostrar que la arquitectura específica del núcleo —cerrado por un muro circundante con una sola entrada— y la densidad de los desechos de ocupación indicaban la presencia de artesanas especializadas *aklla* permanentemente recluidas.

En muchas partes del mundo se están llevando a cabo investigaciones arqueológicas detalladas de este tipo, en particular sobre la producción especializada de cerámica, metal, vidrio y materiales líticos, como la obsidiana (todo ello se explicará con más detalle en el Capítulo 8). La labor del arqueólogo italiano Maurizio Tosi en el yacimiento de Shahr-i-Sokhta, en el actual Irán, es un ejemplo oportuno, dado que ofrece una perspectiva de la escala de la especialización artesanal y de su relación con la administración central en la meseta de Irán, durante el tercer milenio AC. Estudiando los datos de la producción artesanal en partes distintas del yacimiento, Tosi demostró que algunas actividades (sobre todo la fabricación de tejidos y el trabajo del cuero) estaban restringidas a las zonas residenciales, mientras que otras (como la fabricación de artículos de piedra, lapislázuli y calcedonia) se centraban principalmente en áreas de talleres especializados.

Las Relaciones Entre Sociedades Centralizadas

Los contactos exteriores entre sociedades centralizadas no se pueden entender simplemente en función del intercambio de bienes: también son relaciones sociales. Tradicionalmente, éstas han sido examinadas, casi siempre, dentro del marco de modelos de dominio, en los que se contempla la “influencia” de un centro primario sobre las áreas secundarias externas, denominada a menudo como “difusión” cultural (ver Capítulo 12). Sin embargo, la mayoría de las interacciones de las sociedades tienen lugar entre vecinos de escala y poder más o menos paritarios. Se las ha llamado interacciones entre entidades políticas iguales y han de ser examinadas con más cuidado del que se ha tenido hasta ahora en la arqueología. Podemos mencionar aquí uno o dos apartados generales.

El papel de la *actividad bélica* en las sociedades primitivas exige de una investigación más profunda. Una guerra no se lleva a cabo necesariamente con el objetivo de ocupar de modo permanente las tierras de los vencidos, en un proceso de expansión territorial. El arqueólogo americano David

Freidel señaló este punto en su estudio de la actividad guerrera maya, basado en las pinturas murales del yacimiento de Bonampak y en deducciones hechas a partir de antiguas fuentes escritas. Según su análisis, un tanto controvertido, la función de la guerra maya no era la de conquistar territorios nuevos ni, por tanto, ensanchar las fronteras del estado, sino la de proporcionar a los soberanos mayas la oportunidad de capturar reyes y príncipes de estados vecinos, muchos de los cuáles eran ofrecidos más tarde en sacrificio a los dioses. La actividad bélica permitía que los dirigentes reafirmasen su *status* social: desempeñaba un papel fundamental en el sostenimiento del sistema de gobierno, pero no implicaba una expansión territorial.

La rivalidad es una actividad frecuente entre las sociedades, en ocasiones dentro de un marco ritual. El análisis de los lugares donde se practicaban juegos o de ciertas áreas

ceremoniales puede poner de manifiesto que muchas de las interacciones entre sociedades adoptaban una forma competitiva. Éste parece ser el caso de las canchas de pelota de Mesoamérica y, sin duda, de los grandes juegos panhelénicos de la antigua Grecia, de los cuáles los más famosos fueron los Juegos Olímpicos.

Uno de los rasgos más frecuentes que acompañan a la rivalidad es la *emulación*, en la que las costumbres, edificios y artefactos utilizados en una sociedad llegan a adoptar la forma de los que se emplean en las vecinas. Esto se confirma en casi todas las regiones, pero los arqueólogos todavía manejan escasamente estos aspectos del estilo y las formas simbólicas. Serán examinadas más a fondo en el Capítulo 10, en tanto que suponen la utilización de símbolos y, por tanto, una reflexión no sólo de lo que piensa el hombre sino también de lo que hace.

RESUMEN

Este capítulo ha mostrado que los arqueólogos que desean investigar la organización social de las sociedades primitivas disponen de un formidable conjunto de técnicas. Sólo se han tocado los temas principales, pero éstos habrán permitido aclarar que el potencial de comprensión sobre las sociedades más complejas y altamente organizadas, representadas por estados y jefaturas, es particularmente grande. Podemos investigar estas sociedades a través de la jerarquía de sus yacimientos y, en el caso de los estados, a través de sus centros urbanos. Sería posible identificar un centro dirigente, así como la extensión del área sobre la que ejerce su jurisdicción, recurriendo sólo a métodos arqueológicos. El estudio de los edificios y de otras evidencias sobre la administración del centro nos ofrece una información valiosa acerca de la organización social, política y económica de esa sociedad, además de una visión de la vida de la elite dirigente. Podemos identificar y analizar sus palacios y tumbas, y las huellas dejadas por los artesanos especializados que trabajaron bajo su control. Los sistemas viarios y los centros

administrativos de menor nivel proporcionan importante información sobre la estructura social y política. El estudio de las diferencias en el tratamiento dado a los distintos individuos a su muerte, tanto en el tamaño como en la riqueza de las ofrendas funerarias, puede dar a conocer toda la variedad de diferenciaciones del *status* en una sociedad.

Como hemos visto, se pueden aplicar enfoques similares a las sociedades segmentarias: el estudio de asentamientos concretos, la evidencia de jerarquización social manifestada por los enterramientos y la existencia de mecanismos de cooperación comunal para la construcción de monumentos importantes. Los campamentos a pequeña escala de las sociedades de banda y el movimiento estacional entre distintos yacimientos también pueden ser analizados con base en los métodos mencionados en este capítulo, sobre todo cuando se recurre a la perspectiva proporcionada por la investigación etnoarqueológica en sociedades actuales junto con el análisis directo del registro arqueológico.

Lecturas Adicionales

Las obras siguientes nos ilustran sobre algunos de los modos mediante los que el arqueólogo trata de reconstruir la organización social:

Binford, L.R. 1983. *In Pursuit of the Past*. Thames & Hudson: London & New York. (Hay traducción castellana: *En busca del pasado*. Barcelona. 1988)

Hodder, I. 1982. *Symbols in Action*. Cambridge University Press: Cambridge & New York.

O'Shea, J. 1984. *Mortuary Variability. An Archaeological Investigation*. Academic Press: New York & London.

Renfrew, C. 1984. *Approaches to Social Archaeology*. Edinburgh University Press: Edinburgh.

Renfrew, C. & Cherry, J.F. (eds.). 1986. *Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change*. Cambridge University Press: Cambridge & New York.